

ALFAGUARA

Olga Merino

La forastera

Narrativa Hispánica

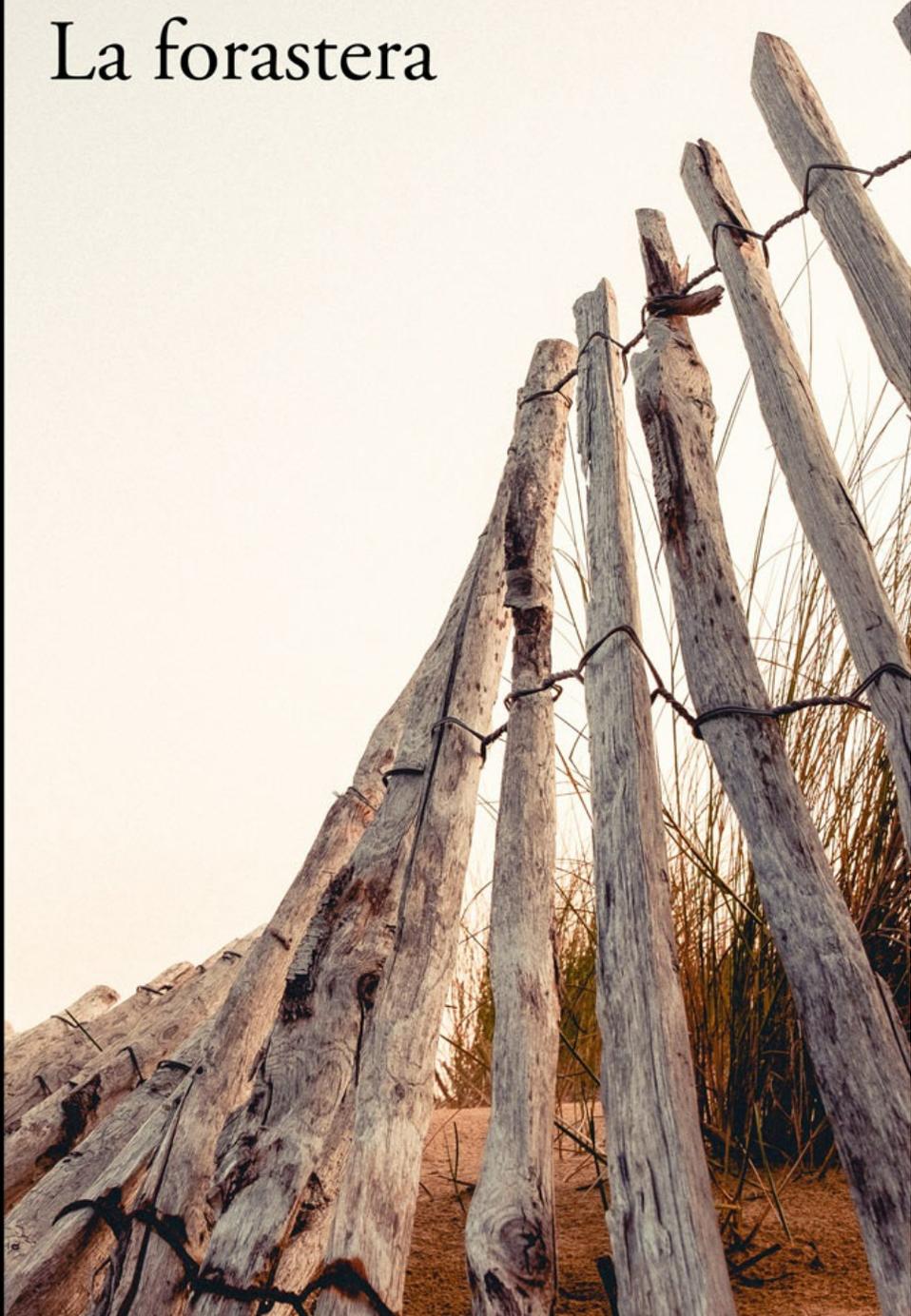


ALFAGUARA

Olga Merino

La forastera

Narrativa Hispánica



Olga Merino

La forastera

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Brian Gahagan. A Enrique de Hériz

In memoriam

*Cortaram os trigos. Agora
A minha solidão vê-se melhor*

Segaron el trigo: ahora
Se contempla mejor mi soledad

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN, «Sor Mariana – Beja»

*Alguien aquí
tenía que quedarse y rendir cuentas
de momentos tan frágiles,
alguien también que cuando llegue el día
de salir al encuentro del invierno
y rendirle la plaza de la vida,
le diga con voz firme:
«Nada de cuanto vengas a llevarte
es en verdad valioso;
la alegría la dimos a los pájaros,
y está a salvo».*

ANDRÉS TRAPIELLO, «Final del verano»

El nogal

Ellos no lo saben pero aquí estoy bien, con el huerto y los perros, las trochas y mis piernas. La cancela siempre está abierta. No les tengo miedo. Chismorrean. Saben que escondo una escopeta en la cámara del grano, una vieja Sarasqueta del calibre doce. Creen que estoy loca porque frecuento el cementerio, hablo en voz alta frente a la tumba de mi madre, bebo, me río sola y apenas tengo trato con nadie. Tampoco me corto el pelo desde que murió mi vieja. Que estoy mal de la cabeza, dicen. Si acaso estoy loca de puro cuerda. Yo conozco mi sombra y mi verdad.

Aquí no toman afecto a los extraños como no se lo tomes tú primero a ellos, y a mí nunca me convino el esfuerzo. Prefiero tenerlos a raya. Ellos no saben nada pero hablan, hablan, hablan. Cuchichean. Yo, en cambio, he visto cosas y me las callo. Me han puesto motes. Lo sé porque me lo cuenta Ibrahima, mi mejor amigo, el único; solo él me llama Angie, como me puso el pintor inglés. La de los Marotos, me dicen, por el apellido de mi familia paterna. En estas serranías llaman maroto al carnero padre que ha servido para la propagación. También me llaman la chalada de la casona. La guillada de El Hachuelo, porque así se conocían estas tierras que habían sido nuestras hace años, muchos años. También me dicen la puta inglesa.

No tengo tele y ya no leo los periódicos; a veces, por la noche, pongo la radio por escuchar canciones y otras voces que no sean la mía. Ellos creen que saben, pero están equivocados. Los veo cuando bajo al pueblo, algún viernes, el día en que llega la camioneta del pescado, y los domingos. Si se cruzan conmigo, la mayoría aparta la mirada; otros sonríen como los gatos, se dan codazos, me acechan por el rabillo del ojo, me miran los zapatos de cordones que usaba mi madre; no me gusta que me miren los pies. La sacristana se santigua. Algunos me saludan y me preguntan qué tal, si necesito algo, como si nada, como si yo no supiese lo que cominean a mis espaldas. Otros corren los visillos. Unos pocos me aprecian. Aquí, aunque prefieran no echar cuentas, todos somos medio parientes. Hijos del incesto. Primos con primos, tíos con sobrinas deslavazadas.

Puedo imaginar lo que dicen. En el bar. En la almazara. En los corros de sillas que las comadres sacan a la fresca, frente a la casa de la sacristana. En la iglesia. Que deberían encerrarme. Que desde que falta mi madre estoy peor. Que fueron las drogas, como pasó con mi hermano. Que habría que derribar la casa porque está hecha una ruina. Que si fulanito me vio bañándose desnuda en la poza del río.

También inventan cosas sucias.

Murmuran que me entiendo con el cura y que por eso sube tan a menudo a traerme paquetes de la beneficencia. Que nos apareamos como lo hacen los perros, sobre las matas y a la luz del día, bajo el ciruelo que mandó plantar la tía Emeteria a su muerte o allí donde nos coge el ansia de las bestias, vestidos o medio en cueros, con la prisa de los que huyen y sin mediar palabra. Eso solo sucedió una vez. Y fue dentro de la casa, sin sábanas ni cama, pero dentro de la casa, la noche en que supe que mi madre ya no amanecería y lo mandé llamar. La Jacoba, una prima lejana de mi

madre, estaba abajo, velando el cadáver en la habitación, mientras nosotros dos nos abrazábamos en el desván, junto al arcón de nogal donde duerme la escopeta de cazar liebres, tordos y perdices, la repetidora de mis tíos que mi madre me enseñó a cargar por si algún malhechor se nos colaba en la casa.

Todo me trajo hasta aquí, y aquí estoy bien si no fuera por los días en que el viento atosiga la casa, cuando caen puñados de tierra entre las vigas y tabletean los postigos de las estancias vacías. Al principio de quedarme sola, cuando murió mi madre, me aterraban de noche los chirridos de la veleta sin engrasar, los gemidos casi humanos del gallo loco movido a merced de las ráfagas, sin encontrar su norte. Solo me da miedo el viento que todo lo confunde.

Entre el huerto, la limosna del Estado y los garbanzos del cura tengo cuanto necesito. Los cartones de leche los cambio por lo mío donde el Chano; a mí no me gusta el sabor de la leche ni cuando enfermo. El padre Andrés, como le llaman ellos, lo sabe y al Chano no le importa. Tiene de todo en su almacén: clavos, hilo de coser, bombillas, zotal, café, gomas de borrar. Los crucigramas los hago con goma y lápiz por si me equivoco; el Chano me guarda la página de los domingos. En invierno suele contratarme Dionisio, el capataz de la finca de Las Breñas, para el salteo de la aceituna. Me paga en negro y la mitad que a los braceros. Es una cuestión de fuerza bruta; Dionisio dice que las mujeres no somos buenas para tirar de los mantones. Los hombres vanean los olivos y acarrean los fardos; nosotras, las tres que acudimos a sus tajos, nos agachamos a recoger el fruto caído fuera de las redes hasta que se nos inflaman los dedos con el frío de la amanecida; no te dejan llevar guantes porque atrasan la faena. Contaba mi madre que en tiempos las viejas y los niños se orinaban en las manos para curarse los sabañones del helor. A veces el capataz también me pide para la recogida de las piñas y los niscalos; para el corcho Dionisio no me quiere. El predio de Las Breñas es inmenso, y dicen que hace un siglo o más se tragó un bosque entero que había sido comunal. Eso dicen. Así ha sido esta tierra desde que el tiempo es tiempo, espinazos rotos y jornales de miseria.

De vez en cuando le saco una propina a la Jacoba. Ella habría querido ser mi madre, la madre de algo, y de hecho me amadrinó durante un tiempo, cuando llegó el año en que sucedió todo lo malo y mi madre quiso regresar a la aldea con las cenizas de mi padre para quedarse. Cuando voy a verla al patronato de los viejos, le digo que no me dé dinero, que voy bien, le sigo la comedia, pero al final cojo el billete de veinte euros que me tiende la Jacoba, lo doblo en cuatro y me lo meto en el bolsillo trasero del pantalón. Luego la acuesto y le doy el beso esquivo, sin que mis labios le rocen la piel.

Me basta con la compañía de los perros, con el lebel y la mestiza de pelo amarillo, que llegó a la casa hará unos cinco años. La encontramos una noche merodeando entre la cerca podrida que había levantado mi padre y el cobertizo donde guardo cachivaches, cuatro trebejos para el campo y el arcón congelador. Recuerdo que era verano porque el aire inmóvil olía a lombrices y parva recalentada; el trigo ajeno llegaba entonces hasta nuestros mismos muros. Mi madre la aventó porque era hembra, pero la perra volvió al día siguiente y al tercero, hasta que la convencí para quedárnosla cuando nos dimos cuenta de que venía malherida, con tres perdigonazos bajo el pellejo. Fui yo quien la curó. Le afeitó el lomo con mucho tiento, las tres pústulas infectadas ya verdeaban en los bordes. Mi vieja puso a hervir un trapo de hilo, el de envolver el pan, y yo restregué las heridas con el paño húmedo y caliente hasta llevarme las costras. Saqué los perdigones, drené apretando con suavidad y al fin brotó la sangre limpia, con un brillo distinto, como de agallas o cerezas nuevas.

La sangre es roja porque tiene que avisar. De que duele. Del peligro. De que no estabas

preñada.

Limpié las heridas con azul de metileno, lo que teníamos para curar a las gallinas, y fue tanta la entereza con que la perra aguantó el suplicio que en ese instante la llamé Capitana. Mi madre hizo tiras de una sábana vieja para vendarla y dijo: «Le tenían mucha fe a tu tía Emeteria. Las gentes caminaban cinco leguas y más para que las curase y preguntarle esto o lo otro. Hasta de las alquerías del valle se llegaban. Y las sirvientas de Las Breñas también venían, a escondidas, preguntando por tu tía». Como de costumbre, mi madre puso el «tu» por delante. Tu tía Emeteria, tu padre, tu hermano, para distanciarse de todos nosotros. Le tendrían mucha fe a la tía Emeteria, pero también decían que se había vuelto loca.

Con la atardecida, la Capitana ha querido trepar conmigo por la costanilla; el lebrél es más suyo, más huidizo, y se ha quedado zarceando en el patio. A veces, cuando acabo con las tareas del huerto o se me embota la cabeza de leer, subo hasta la curva a contemplar cómo la luz cambia las tonalidades de la maleza y achino los ojos para intentar descubrir el engaño de los colores. Tengo buen ojo y me gusta inventarles nombres nuevos. El pintor inglés me enseñó el truco. Recuerdo muchas de sus frases, palabra por palabra, en el tono de voz exacto en que las pronunció: «Nadie como Rembrandt pintó el color de la sangre». Roja es la sangre, rojos son el vino, la carne, la tierra y el fuego. Se llamaba Nigel Tanner.

Desde aquí arriba, desde la curva de la carretera que sube al puerto y empalma luego con la comarcal que lleva a Córdoba, se ve bien mi casa, el muro lateral cubierto de hiedra roja y los brotes de uva de gato que crecen en la techumbre. En el trozo donde mi madre había plantado salvia, perejil y hierbabuena se emparejan ahora las amapolas y las coles espigadas. A mí me gusta así, algo olvidada, como una concha entre las piedras, como una isla plantada en medio de la tierra baldía. Hace cuatro años quizá, al poco de morir mi madre, los Jaldones dejaron de cultivar las fanegas que rodean mi casa y que habían sido nuestras, y donde hubo trigo medran ahora el brezo, las jaras y los cardos hasta la misma orilla del camino que, tras pasados los chaparros, se ahorquilla luego en un sendero que conduce hacia el río y la casa de Las Breñas.

Justamente por el sendero, alguien se acerca a la carrera hacia mi casa.

Qué raro. No he visto subir a nadie, y son pocos los vecinos que se aventuran hasta aquí. Ya lo distingo. Es varón y negro, Ibrahima sin duda. Empiezo a bajar la pendiente despacio, la perra delante de mí. Aunque ya ha terminado la tala de los olivos y no hay tanta faena en la finca de Las Breñas, me extraña que venga otra vez cuando ayer mismo estuvimos juntos. Me alarman las trazas, sobre todo, los puños apretados, la urgencia de las piernas zancudas. Ibrahima traspone la cancela y grita mi nombre al aire, Angie, Angie... La distancia no atenúa el deje de angustia. El lebrél le sale al encuentro pero, cuando alcanza sus piernas, él no se agacha a acariciarle la cabeza. Lo llamo. Se da la vuelta. Trae mal semblante. La Capitana se le echa encima y él sigue sin inmutarse. Los últimos metros los salvo corriendo.

—¡He visto un muerto! —grita.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Ibrahima se encorva sobre la tierra. Tiene las piernas abiertas, las manos sobre los muslos.

—¿Lo conocemos?

Ibra se encoge de hombros y sacude la cabeza. Apoya la espalda sobre el murete de la cancela, junto a la higuera, donde suele dejar la bici.

—Es un hombre. Se ha ahorcado en el cerro.

Uno más. Otro suicidio. Es lo primero que me viene a la cabeza, pero prefiero no decirlo.

Lo convengo de que me acompañe a ver el cadáver y echamos a andar dejando atrás la casa,

camino del encinar. La Capitana y Pluto, el lebrél, se nos adelantan intuyendo adónde vamos. Sabrían llegar con los ojos vendados. Van ligeros al principio, porque el sendero que se abre entre los chaparros es llano. Avanzamos a paso largo y sin hablar.

Marzo es la mejor época del año para subir al cerro. Eso decía mi padre. Antes de que emigraran al norte, a Barcelona, mi padre solía subir al picacho a contemplar la primavera. Me hablaba del campo sentado a la mesa con el hule puesto, cuando volvía del bar y seguía bebiendo mientras aguardaba a que mi madre terminara de preparar la comida. Recuerdo caras, recuerdo algunos hechos, recuerdo frases exactas: «Cuando llegaba este tiempo, subía a ver los pujares, la naciencia de las sementeras desde lo alto del cerro». Frases que se van enredando en la cabeza.

La trocha comienza a enriscarse. Ibrahima me tiende su brazo fibroso, y con la mano libre me voy sujetando a lo que puedo, ahora al saliente de un cancho, ahora a un tomillo, luego a la rama de un lentisco. También el lebrél aventaja a la perra, que sigue en su empeño cuesta arriba clavando las patas traseras en la pendiente con mucho esfuerzo y un ligero tembleque. Se aferra con pasión a las caminatas la vieja Capitana.

Recuperamos el resuello en el altozano. Me siento en una roca que aboca a la otra falda del monte. Ibrahima permanece de pie; parece haberse desorientado del lugar exacto donde ha visto lo que ha visto. Con una mano en el cuadril y la otra en visera sobre las cejas, busca indicios en derredor. El paisaje áspero se extiende a mis pies. A la derecha, hacia poniente, la vista se pierde sin encontrar final en las hileras sinuosas de olivos, en los retales de tierra roturada, en la cadencia de las lomas encaballadas en una escala de azules, más oscuros cuanto más distantes; hacia oriente, la sierra se escarpa feroz con la fronda y los barrancos oscuros. Ibrahima y yo nos miramos y nos entendemos sin necesidad de palabras; nos abrumba el contrasentido de que la muerte quiera anidar en medio de tanta belleza, pero una melancolía sutil flota en el aire a pesar de la furia del verde nuevo. La primavera es violenta. Un temblor en el aire, el crujido de una semilla que germina, el hervor de los insectos, la avidez de la mariposa negra que revolotea sobre las espinas de una aulaga. Desde aquí arriba no se ve un alma en la vastedad de la campiña.

De pronto, Pluto y la Capitana, de cuya presencia casi me he olvidado, arrancan a ladrar. Hace un rato que merodean por ahí, a su aire. Los gruñidos son cada vez más agudos, y algo se esconde en el quejido seco de la perra, en la insistencia de los aullidos encadenados, que asegura que se nos han adelantado en la búsqueda. Ibra me mira con ojos como ascuas y dice:

—Estarán a unos trescientos metros.

Guiándonos por el oído, bajamos de lado por un canchal, Ibrahima delante para hacerme de parapeto por si resbalo con las lajas de caliza. Los perros se oyen cada vez más cerca, cada vez más exasperados. Levantamos una nube de polvo en el último tramo mientras nos dejamos deslizar hasta una especie de calvijar donde el terreno se allana. A unos pocos pasos más, aparece de golpe el espanto: el lebrél, más joven y ágil, con el costillar afilado por el esfuerzo, brinca sobre sus patas traseras y de tanto en tanto roza con el hocico los pies del ahorcado, que se balancea sin norte ni propósito. La Capitana, en cambio, permanece clavada en el suelo. Ha debido de agotarse en el olisqueo del cuerpo, pero mantiene los músculos tensos y no deja de ladrar angustiada.

Me acerco con cautela. El hombre, porque en efecto es un hombre, debió de subirse a la rama más baja del nogal y, una vez sentado en ella, ató la cuerda al camal de encima, aseguró el nudo y se dejó caer. El peso y la altura suficientes. La Capitana me mira a intervalos, fascinada por el imán de la muerte, pero no se mueve del círculo de sombra. Pluto parece cada vez más excitado por su propia excitación. El ahorcado tiene la culera del pantalón manchada de mierda.

Me aproximo lentamente e Ibrahima, que se ha quedado atrás, en cuanto me adivina la intención

de abrazarle las piernas para tratar de descolgarlo, de aliviarle la gravedad, me acuchilla los oídos con un grito:

—¡No lo toques! ¡Ya tiene las manos moradas, no lo toques!

Sin dejar de mirar al hombre que bascula en el aire, digo:

—Es el patrón.

Doy un paso hacia atrás, dos, tres. Mis piernas retroceden solas, ajenas a la voluntad. Es él, no hay duda: don Julián, el propietario de Las Breñas, con los ojos inmensamente abiertos. Y las manos, del color del vino.

La ahogada del pozo

Esta noche tampoco duermo. Después de otra cabezada huidiza, me despierto de golpe, empañada en sudor, sin aliento, como si me despegara del fondo cenagoso del Támesis en el segundo exacto antes de ahogarme. Aparto las mantas. Me levanto. Salgo del cuarto. La perra me sigue. Bajo las escaleras a tientas, arrancando quejidos a la madera con los pies descalzos, me echo la pelliza sobre los hombros, abro el portón, que ya baila en los goznes, y me asomo a la noche, a los campos negros. La Capitana no se despegaba de mi lado desde anteayer, desde que bajamos del cerro, como si intuyera que dentro de mi cabeza aún se balancean el cuerpo, el pantalón beige cagado, la camisa de cuadros impecable, tal como se visten los ricos en el campo, la soga de pleita anudada al cuello, la lengua inflamada entre los dientes y las botas absurdamente lustradas en busca del suelo. Una brisa leve le revolvía el flequillo entre rubio y cano. Don Julián Jaldón-Maldonado, dueño y señor de Las Breñas, ahorcado en un nogal.

En cuanto localizamos el cadáver en el claro, emprendimos el camino de regreso enseguida, ladera abajo y del tirón hasta que alcanzamos la poza y nos refrescamos la cara con el agua helada. Sin hablarnos, aunque yo sabía perfectamente qué andaba rondando por la cabeza de Ibrahima. Hizo cabizbajo el último trecho hasta mi casa; lo invité a entrar para persuadirlo de que debíamos avisar a la guardia civil.

—Tú estás loca.

—No pongas esa puta palabra en tu boca.

—Perdona, no quise decir eso —Ibrahima se pasó una mano por la quijada, incómodo por el estorbo de mi reacción—. Pero no vamos a ir a ninguna parte.

—¿Y si nos han visto? —lo solté sin demasiada convicción.

—¿Quién? No nos hemos cruzado con nadie.

Tal vez era mejor guardar silencio, quedarnos quietos, pero el recelo me impelía a actuar. La verdad siempre acaba por salir a flote. Insistí.

—Será mucho peor si voy y les digo que al negrito de Las Breñas no le ha apetecido acercarse al cuartel a dar la cara. Además, es el patrón, joder.

—Y cuando me pidan la documentación, les saco la jodida fotocopia, ¿verdad? —Ibrahima apartó una silla, se sentó a la mesa de la cocina y encajó la cabeza entre las manos.

El moreno trabaja con los papeles de otro senegalés, un tal Mamadou, y puede que ni Dionisio, el capataz, ni don Julián conocieran su verdadera identidad. Aquí, en estos pueblos extraviados en mitad de ninguna parte, nadie pregunta demasiado. Todos los temporeros africanos se parecen; todos los blanquitos somos también la misma escoria blandengue para ellos. ¿Qué debíamos hacer? ¿Callar, como si no hubiéramos visto nada? ¿Me estaba equivocando? No podía pensar claro, y el tiempo permanecía sujeto con alfileres en el cerro, en el preciso instante en que los perros arrancaron a aullar cuando olieron el cadáver.

—A nosotros dos, tenía que pasarnos precisamente a nosotros dos —musitó Ibrahima.

Podía imaginar las preguntas de la guardia civil en el cuartelillo. ¿Adónde iban ustedes?, ¿qué hacían los dos juntos?, ¿cuándo vieron por última vez a don Julián?, ¿algo extraño en su comportamiento?, ¿tuvo alguna visita la víspera en la propiedad?, ¿algún indicio de que pudiera estar pensando en el suicidio? A pesar de mis prevenciones, porfié:

—De acuerdo, ponle que cerramos el pico y que alguien encuentra el cadáver del señorito, porque tarde o temprano darán con él. Bien. ¿Y adónde crees que acudirán a indagar? Lo primero, a Las Breñas. Querrán hablar con Blancanieves, con el capataz y contigo.

A Vitali, el ucraniano, le han puesto en el pueblo Blancanieves por esa piel suya tan clara, que nunca había catado nuestros veranos carniceros. Él e Ibrahima trabajan en las tierras de los Jaldones, y Dionisio, el capataz, con la conformidad del dueño, les permite vivir en una cochera de la finca, separada de la casa y de las viejas caballerías por las bardas del huerto. Para ellos dos, tanto como para mí, el cobijo es el último surco que nos separa del despeñadero. Tampoco don Julián precisaba tanto el galpón donde duermen, puesto que la hacienda es grande y ya hace tiempo que se vendieron la cosechadora y las máquinas de ensacar el cereal. Lo sé porque Ibrahima me lo cuenta; yo nunca he entrado en la casa de los señores, ni creo que lo haga jamás. En la casa de Las Breñas, no. Sus tierras sí las piso cada día, cuando subo al cerro, cuando bajo al pueblo, cuando me agacho a recogerles las aceitunas caídas sobre la escarcha, brillantes como cuentas de azabache. La Jacoba dice que si mi padre estuviera en este mundo, si se enterase de que me arrodillo en los tajos de los Jaldones, me cruzaría la cara de un bofetón. Lo habría hecho sin decir palabra. Mi padre no era de conversaciones ni cuando estaba entre los vivos.

Ibrahima me pidió agua. Cuando le tendí el vaso, apenas podía sostenerlo en la mano del tembleque, y parecía que le costase respirar. Quería decir algo, pero tardó en despegar los labios.

—¿Y si no sale bien? Dime, Angie, dime qué hacemos si la cosa se tuerce.

«*Angie, Angie, you can't say we never tried.*» Las viejas canciones me remueven recuerdos que no querría tocar.

Le metí una pastilla para los nervios debajo de la lengua, como te enseñan los médicos que hagas cuando te come la ansiedad, y logré convencerle de que saliéramos hacia el puesto de la guardia civil en El Salobral antes de que se nos echara la noche encima. En nuestra aldea no hay cuartelillo ni médico ni veterinario, y el cura viene cuando viene porque lleva siete parroquias al retortero a uno y otro lado de la sierra. Echamos a andar tal y como habíamos llegado del cerro, cubiertos de polvo, con los brazos acribillados por los abrojos. Bajamos la cuesta y recorrimos los cinco buenos kilómetros que separan mi casa de la aldea. Atravesamos el viejo ejido y la alameda, dejamos atrás el taller de chapa de Magaña y el bar de Tomás, y doblamos la curva de la gasolinera a buen paso, casi al trote, para no tener que dar explicaciones que tampoco se habrían atrevido a pedirnos. La prisa nos delataba. La hora a pie hasta El Salobral la hicimos también en silencio. Yo iba con cierto remusgo porque no sabía adónde iba a conducirnos aquello. Tampoco lo sé ahora.

Tan pronto traspusimos el tranco de la puerta, con el *Todo por la patria* pintado en arco sobre el dintel, comencé a sentir las náuseas, los sudores fríos, el cosquilleo como una hilera de hormigas asustadas, como un calambre desde el antebrazo hasta las yemas de los dedos, desde el vientre hasta las tetas. Suele sucederme en determinados lugares, cuando entro en espacios cerrados donde el tiempo ha sedimentado una pátina de angustia. Siento algo. Una energía. Una vibración. Susurros. Ruidos vagos. El desconcierto acumulado de los espíritus. El eco de la muerte. El peso de lo acontecido, como si las paredes se hubiesen impregnado de la congoja. Algo malo ocurrió dentro de ese cuartel. No sé nombrarlo, pero es inconfundible. En Londres, cuando

Nigel y yo paseábamos juntos por las orillas del Támesis, o después, cuando me acercaba ya sola hasta los viejos tinglados de los muelles, me parecía percibir el ruido de las cadenas, el olor de la herrumbre, el chapoteo desesperado de los ahogados, el sudor viejo de los cuerpos que descargaban de la barriga de los buques toneles de azúcar, balas de algodón, reses abiertas en canal. Son cosas mías, solo mías. A la Emeteria, la hermana soltera de mi padre, le sucedía lo mismo. Mi madre decía que era por la sangre espesa de los Marotos.

Los tres guardias civiles nos interrogaron del derecho y del revés, primero juntos y después por separado, para detectar si incurriamos en contradicciones o quizá para despistar el aburrimiento. A mí me preguntaron más bien poco y tuteándome: ¿Conocías al finado?, ¿es cierto que vives sola en la casa de El Hachuelo? Cuando terminó lo mío, uno de ellos me llevó del brazo hasta el cuarto contiguo, donde habían metido a Ibrahima, e hicimos el cambio. Obedecí sin rechistar; no me interesa dar problemas. En el cuarto solo había archivadores, un calendario con redondeles y un catre cubierto con una manta potreada que olía a macho; supuse que ahí se acostaban en los turnos de las guardias. Me senté en el filo del camastro e intenté distinguir la voz de Ibrahima a través de la pared, el timbre asustado y titubeante por la flojera en que lo había sumido la pastilla. Contestó a cuantas preguntas le formularon, entre las que escuché muy claro qué diablos hacía merodeando por esos andurriales y dónde estaban los espárragos si aseguraba que había subido a las lomas a coger espárragos. Lo imaginé tragando saliva, de pie, una pierna adelantada para ocultar con la pantorrilla la cuchillada en la tibia de la otra, una aparatosa cicatriz que le dejó una pelea con un compatriota. Luego se oyeron risas, un ruido de sillas arrastradas sobre el piso, una llamada de teléfono. Pasó un rato, no sabría decir cuánto, hasta que se hizo el silencio y abrieron la puerta.

Nos creyeron. Nos compraron bocadillos. Como el monte es impracticable en noche cerrada, hubo que esperar a que clareara para acompañarlos hasta el nogal del calvero y aguardar luego a que llegara el juez para descolgar el cadáver. Hay bastantes nogales diseminados por la comarca. Son árboles que prefieren crecer sin compañía, solos, enseñoreados, para abrir bien los brazos. Eran ya las once largas de la mañana cuando asomaron el juez y su ayudante desde la cabeza de partido, y para entonces los civiles ya habían encontrado el Land Rover de don Julián, abierto y con las llaves puestas, junto al molino viejo, en el camino que baja siguiendo el curso del río por la umbría de la casa de los Jaldones. Mi padre había trabajado en ese molino y por eso, cuando tuvieron que marcharse a Barcelona, no quisieron contratarlo en la fábrica de coches, que era la buena, por viejo y por la bronquitis. El polvillo de harina le había tejido telarañas en la gasa de los pulmones.

Ya viene llegando el alba otra vez. Subo las escaleras con la Capitana y entro en mi cuarto, el que había sido de la tía Emeteria. Mientras mi madre vivió, dormíamos juntas en su habitación, la que está justo encima de la cocina, en dos camas con los cabeceros pegados a la pared, al tiro de la chimenea, para aprovechar los rescoldos en invierno. Pero ya no puedo acostarme ahí. La sigo limpiando, eso sí. Es la única estancia que limpio de las que ya no uso. Los lunes. Baldeo la casa los lunes. Empiezo por la cocina, sigo por el alpende bajo la parra donde está la ducha, la letrina, mi cuarto y por último la alcoba de mi madre y el estante donde reposa la porcelana con las cenizas de mi viejo.

En el recuerdo, mi padre sigue junto a la ventana, desde donde observaba las calles del barrio sin asfaltar, buscando algún rastro del cerro y la campiña entre los bloques de pisos a medio construir, como un campesino fuera de lugar que aguarda la escampada para salir a desvaretar los chupones. En el fondo, aunque nos hubiéramos alejado tanto, nunca salimos de la aldea. Allí, donde la ciudad perdía el nombre, seguíamos pegados al barro de las veredas. Desde nuestra

ventana se oían trinos alegres, el canto de los jilgueros que trepaba por la fachada sin revoque, donde una placa decía Obra Sindical del Hogar junto a un yugo y un racimo de flechas. Los pájaros, la Jacoba y su marido vivían en el primero, en una jaula muy pequeña, como la nuestra, detrás de una ventana enrejada para que no les entraran los quinquis.

Mi padre hablaba poco, con monosílabos, con palabras muy amasadas, como de arcilla cocida. No era un hombre demasiado sociable. Aunque bajaba al bar de la gallega como los demás, los albañiles y los peones de las fábricas, las malas y la buena, que era la de los coches, se acodaba en la barra o se sentaba a la mesa con ellos, aunque les riese las gracias o musitara alguna frase con su timbre grave, parecía casi siempre abstraído, muy lejos, en el cerro tal vez, dejándose envolver en el blablablá y el humo de los cigarrillos. Cuando le cambiaron el turno, al salir de la escuela lo observaba a través de la cristalera con la expresión ausente. Un hombre demasiado mayor para tener una hija tan pequeña. Yo fui un desliz, y lo miraba con recelo, embebido en sí mismo, remugando alguna cuita, observando la hora en su reloj de pulsera con la mano lacia. ¿Qué esperaba mi padre? Cuando mi vieja me mandaba a buscarlo, me intimidaban las voces de los hombres y el crujido bajo los pies de las conchas de los caracoles mezcladas con el serrín. En el bar de la gallega agujereaban las cucharillas del café con una troqueladora para que los yonquis no pudieran calentarse el caballo, y había que pedir la llave para entrar en el váter, una llave atada a una cuerda sucia y deshilachada. No había bombilla y tenías que mear a oscuras.

Aquí sigo tumbada, con los ojos clavados en las vigas del techo, dilatando el tiempo hasta que abra la mañana. Dos noches seguidas sin dormir. Me aterra que vuelva el tiempo malo del insomnio, cuando regresé de Londres a la aldea como una lechuza deslumbrada y mi madre tenía que pegarme los párpados con esparadrapo, y ni aun así. Todavía revolotea entre los muros. El rastro de su olor en las ropas ya no lo percibo, pero sí su voz, el eco de una voz que no era del todo suya con la que volvía a susurrarme las viejas historias que me habían acompañado desde niña, relatos repetidos sin que ni ella misma comprendiera el sentido.

—Cuando se dieron cuenta de que la mujer se había tirado al pozo, aún ardía el candil en el brocal.

—¿Qué es un brocal, mamá? —la interrumpí.

—La paredilla de piedra que rodea lo hondo.

—¿Y para qué necesitaba la luz? Iba a morirse.

—¡Si te sabes el cuento de memoria! —dijo mi madre con el trapo de sacudir el polvo entre las manos.

Nunca la vi sentada salvo para comer, y a veces ni eso. Cuando vivíamos en Barcelona, mi madre limpiaba de noche, cuando había terminado de limpiar las casas de los demás, menos los domingos, que lo hacía por la mañana temprano.

—Me gusta que me lo cuentes tú.

Mi madre sonrió; a ella también le apetecía adentrarse en la neblina de las historias de muertes violentas y aparecidos que se contaban en la aldea, pero se hizo la remolona y yo, que aún no había cumplido los diez años, me pegué a sus faldas siguiéndole los pasos hasta la cocina. Había que ir preparando la cena. Mi padre ya debía de estar metido en el tren de cercanías que lo traía de la fábrica mala, la de porcelana, donde lo habían puesto a sacar piezas del horno refractario y de donde llegaba con las ropas impregnadas de un olor raro, como de medicamentos, de los químicos que le echaban a la mezcla de arena; él decía que era la potasa. Mi hermano Gabi aún

vivía con nosotros, y mi madre tenía que esconder el dinero en la pata metálica de su cama, los billetes enrollados en un canuto con una goma. Atrancado en su cuarto, su música de guitarras y truenos atravesaba los tabiques de papel hasta la cocina. Una canción machacona en el radiocasete que hablaba de ilusiones podridas.

Las canciones pueden amolarte la vida. «*With no lovin' in our souls and no money in our coats. But, Angie, you can't say we never tried.*» Yo también lo intenté, pero tuve miedo.

Quería volver a escuchar la historia. Como en todas las que me contaba, variaba los detalles, los suprimía, los exageraba. Me fascinaban sus pequeñas variaciones. Insistí:

—¿Por qué se tiró la señora, mamá?

—Porque era demasiado melindrosa. La señora bajó las escaleras en camisón, con el candil en la mano, y una vez en el pozo, junto al establo de los caballos, desató el cubo del horcón, soltó la cuerda de la garrucha, metió un cabo en el hueco y, con el otro en la mano, estiró la soga sobre la tierra apuntando hacia la casa de Las Breñas.

—¿Por qué?

—Calla y espera.

Mi madre no sabía escribir apenas. Mi viejo tenía que apuntarle el número de los autobuses para que no se confundiera cuando salía del barrio a limpiar las casas de los demás. Casi no sabía pero, cuando relataba las historias de la aldea, parecía que sus palabras llegaran escritas de otro mundo, como si una voz muy antigua, hecha de otras voces, de viento y de polvo, le saliera en tropel de la boca en lugar de la suya.

—¿Se tiró desnuda?

—En cueros vivos. Y lo dejó todo puestecito junto al candil para que supieran que era ella y dónde estaba. La sacaron a pulso entre cinco gañanes de la hacienda, y uno tuvo que meterse en el pozo atado con una maroma que sostenían los demás.

Mi madre hizo una pausa dramática en el relato. Solo se oía el lento crepitar de la cebolla en la sartén.

—¿Y la muerta? ¿Por qué dejó la cuerda del pozo estirada en el suelo antes de saltar?

—Eso mismo le preguntaron las criadas viejas a la tía Emeteria. Tu tía había entrado a servir en la casa de Las Breñas con once años, porque antes las cosas eran así. Yo aún no había nacido; ni tu padre siquiera.

—¿Y qué pasó luego? ¿Qué hicieron? —quería saber hasta el detalle más insignificante.

—En cuanto los gritos de los mozos atravesaron el zaguán —prosiguió mi madre—, el señorito Jaldón mandó que le ensillaran el caballo y cruzó Las Breñas al galope, en busca del cura, el alguacil y el médico. Dejó a los niños y los campos a cargo de la servidumbre y tardó tres días en regresar a la casa.

Los nombres de las leyendas sonaban antiguos y distantes, ajenos a la realidad.

—Tu tía Emeteria me contó que fueron los Jaldones quienes les habían robado las tierras.

—¿Cómo?

—Porque se aprovecharon de la situación. Tu abuelo no quería ir a la guerra de Cuba, y tu bisabuelo tuvo que malvender el último pegujal de tierra para comprarle un sustituto. Al final desbarataron la hacienda entre todos. Los Marotos llevan los naipes y el vino en la sangre.

—¿Por qué no quería ir a la guerra?

—¡Porque los quintos regresaban locos! Decían que se les había aparecido la Virgen o demonios en cueros, o cosas aún peores —mi madre apagó el fogón y se secó las manos en el delantal—. A los soldados solo les daban de comer arroz y pan negro; ni agua buena tenían, y,

como estaban débiles, los cogían las fiebres en los pantanos de la manigua. Por eso mismo tu abuelo tenía tanto miedo.

Por el hueco de la escalera ambas distinguimos a mi padre, su tos de suburbio y el ruido de sus pisadas en los peldaños. Mi madre calló de golpe y me tendió cuatro platos de vidrio color ámbar para que los llevara a la mesa, cuatro platos, cada noche el mismo gesto, aunque mi hermano Gabi no cenaba porque nunca tenía hambre. Cuando volví sobre mis pasos, en el mismo instante en que se oyó el pellizco metálico de la llave en la cerradura, mi madre se llevó un dedo a los labios para hacerme callar y me susurró al oído:

—La familia de la ahogada os robó las tierras. Todito El Hachuelo, que era vuestro, se lo zamparon los Jaldones.

Y es aquí y ahora, tumbada en la cama de la tía Emeteria con los brazos en cruz, cuando escucho el eco concéntrico del agua en lo profundo y comprendo, entre la neblina de la infancia, que la ahogada del pozo, si existió alguna vez, ha de ser por fuerza pariente de don Julián Jaldón-Maldonado. Los muertos se llaman entre sí.

Las mellizas

Otra vez las campanas a muerto. Doblaron tres veces el martes, al día siguiente de que encontráramos a don Julián en el cerro, y vuelven a sonar ahora, en la tarde del jueves, cuando la comarca entera ya está apercebida de la desgracia. Avisan las campanas de que a las seis empieza el oficio en su memoria, una misa sin difunto porque dicen que al señorito lo enterraron ayer en la capital, los íntimos y medio a escondidas. Un trámite. Teodora, la sacristana, ha esperado a que llegaran las mellizas para tañerlas por hacerles los honores, por respeto, dicen, como si nuestras vidas permanecieran estancadas en el tiempo de las cabezas gachas y descubiertas al paso de los señores. Las hermanas de Julián Jaldón viven en la ciudad. Jamás las he visto, pero en la aldea aseguran que son idénticas, altas y recias, y que tienen los pies muy pequeños, diminutos en comparación con el resto del cuerpo. Aquí las llaman las Mellizas de Las Breñas o las Jaldonas, y murmuran que son machorras porque no han parido hijos. Ellos hablan, hablan, hablan. Nunca sobre sí mismos, de lo que los roe por dentro.

La verja del cementerio está entornada, pero no alcanzo a ver a Damián entre las tumbas ni en los alrededores de la caseta donde guarda los aperos del jardín; debe de estar en la iglesia, como todos los demás. Empujo. La hoja de barrotes rematados con puntas de lanza cede con un rechino de bienvenida. Silencio, salvo mis pisadas sobre la grava, la brisa entre las ramas y el sonido del bronce, un tañido lento y solemne, primero el de la campana grande y luego el de la menuda, que solo responde cuando se ha extinguido en el aire el eco de la anterior. Al final de cada serie, dos toques seguidos indican que el muerto es varón. Si fuera mujer, serían tres toques a lo último. Tiempo atrás, si quien fallecía era un niño, el tañido se volvía aún más triste y moroso, pero aquí no mueren niños por la sencilla razón de que ya no nace ninguno, porque todo el que estaba en edad de criar se marchó hace años, muchísimos años, como hicieron mis viejos, la Jacoba, su marido y tantos otros. Mi madre me había enseñado el lenguaje de las campanas y otras pequeñas liturgias que aquí asimilé sin darme cuenta, de la misma forma que el ritmo cíclico del campo, la cadencia de las estaciones, me absorbió y acabó diluyendo los restos de lo que fui. Es malo quemar leña de higuera. Los ajos no deben plantarse con luna menguante. La encina es el árbol que más atrae la descarga del rayo. La aceituna del cerro produce más y mucho más fino aceite que la del valle. El cambio de tiempo viene cuando el gallo canta a deshoras. Las nubes aborregadas presagian granizo. La secuencia de año y vez entre labranza y barbecho. El lento aprendizaje.

Sin saber bien por qué, avanzo hacia el fondo del camposanto, hacia la franja de tierra rojiza que llaman el patio de los ahorcados, disimulada ahora con un arriate de dalias, donde antiguamente enterraban apartados del resto a los que osaban quitarse la vida. Antes de antes, ni siquiera les daban sepultura; paseaban sus cadáveres sobre unas andas, como gentes de mal pasar, y los echaban al muladar para que los grajos se les comieran la carne. Esta es tierra de suicidas. Contando a don Julián, ya se han matado tres personas en el último año y medio. Tres varones. El Rafael, que había sido barbero, se ahorcó en la cama, con el cinturón y los barrotes del cabecero;

dieron varios argumentos a su muerte para hacerla masticable, como si el suicidio tuviera alguna explicación: que si no se había acostumbrado a la viudez, que si tenía noventa y dos años, que si estaba enfermo. No llevaba seis meses en la tumba cuando sucedió lo de Juan Carrizo. El hombre era vecino de un pueblo que distará unos veinte kilómetros. Aún recuerdo bien la historia y los comentarios que desató en la aldea, sobre todo por el hecho de que un tío abuelo suyo también se había suicidado. Según parece, Carrizo repechó por la colina de olivos al amanecer con la escopeta al hombro. Se tomó su tiempo para escoger el árbol, el que debió de parecerle más erguido, y se acomodó al pie con la espalda apoyada contra el tronco, igual que estoy yo ahora. Despuntaba una mañana de marzo. Quién sabe si la escarcha le empapó el pantalón cuando se sentó, si se demoró contemplando el paisaje, si pensó en alguien en el segundo antes de matarse o si, por el contrario, actuó diligente, arrastrado por un impulso ciego. Se descalzó un solo zapato, el derecho, se quitó el calcetín, se colocó el arma entre las piernas, sujetó el cañón bajo la barbilla, desplazó el émbolo hacia atrás y gatilló con el dedo gordo del pie. Un único disparo que debió de reverberar monte arriba. Un pastor cuyas cabras rumiaban en la última camada de olivos de El Membrillar encontró el cadáver, y al día siguiente los hermanos del pobre desgraciado subieron con bolsas de plástico a recoger los sesos esparcidos sobre la alfombra amarilla de las margaritas silvestres.

La muerte merodea por aquí desde siempre. La gente de estos predios lo sabe muy bien. Tal vez es la melancolía la que invita a desaparecer. O la calima que empaña las cosas y tanto se le asemeja. He acabado por comprender bien el espíritu de estas tierras, como si me hubieran parido aquí. Conozco la soledad angustiosa del paisaje, la gama completa de los ocre, los verdes que juegan a ser azules allí donde se encabalgan las lomas. Sé cómo se confabulan los murmullos —un rasgueo de chicharras, la escarbadura del topo, el crujido de los cardos peinados por el viento— para espesar aún más el silencio. El tiempo lleva siglos encharcado en un presente eterno en el que cada momento es idéntico al siguiente. Más arriba de mi casa y del risco más alto, al otro lado de los escarpes, se extienden la inmensidad y su instinto caníbal, los mantos superpuestos de sembrados y baldíos, las pedanías desdibujadas en la línea rugosa del horizonte. La campiña te vacía la cabeza. Si sucumbes a su dulce abrazo, te va despojando del cuerpo, tajada a tajada. La tierra hambrienta reclama lo que le pertenece, lo que nunca debió salir de aquí con la diáspora del hambre.

Durante siglos, estas tierras fueron una fortaleza de espaldas al mundo, a las principales carreteras y a la historia, y somos ahora tan pocos y estamos tan emparentados que cualquiera, aunque el tiempo haya difuminado los hechos, sabe quién hizo qué. A poco que aguce los sentidos, oigo susurros y el olor a óxido me entra por las ventanas de la nariz. La sangre es roja y huele a hierro.

—Madre, dime, ¿por qué huyeron los hombres de la aldea?

—Se fueron monte arriba, de noche y a pie, mandados por Diego Ayora, el Manco. Un hermano de la Emeteria también marchó con ellos. Eso dijeron. Muchos no habían vuelto de la guerra. Solo se quedaron los viejos y los tullidos. Y el que creyó que no tenía nada que temer.

Retrocedo. Tuerzo a la derecha y me acerco por la callejuela hasta el nicho de hormigón prefabricado donde reposa mi madre, en la tercera fila bajo el voladizo de teja. A veces le traigo caléndulas y romero de mis caminatas al cerro. Vengo a menudo; no doy tiempo a que las arañas tejan en las esquinas de la hornacina ni a que la tierra y el polvo se asienten en el alféizar. Yo no rezo, porque no soy de rezar, pero le hago compañía. Me siento sobre la hierba, me recuesto en el ciprés —Damián les pinta el tronco con cal hasta media altura para que no se los coma la negrilla

— y le doy conversación.

Dime, madre, qué torturaba al señorito Julián para ahorcarse, qué le faltaba, dímelo tú. Primero se mató el viejo Rafael, luego Juan Carrizo con una escopeta y ahora Julián, el de Las Breñas. Dónde he venido a meterme, yo, que llegué huyendo de la muerte, de las sombras, del río que me llamaba. En ocasiones tengo miedo, madre. ¿Por qué tantos suicidios en estas tierras? Y casi siempre, aunque parezca un contrasentido, en primavera, cuando rebrota la vida. Hoy prefieres callar. Estás recogida, a tus cosas. Cuando niña, me contabas cuentos de aparecidos, de los ahorcados que no descansaban en paz y deambulaban de noche por la aldea buscando consuelo, ¿te acuerdas? Las familias acudían desesperadas hasta El Hachuelo para preguntarle a la Emeteria el porqué. Aún me parece estar observando aquella boca tuya que hablaba y no era del todo tuya, oír tu voz, que me atraía con el hechizo que la superstición y la muerte ejercen en la infancia. Decías: «Eran los nogales; soltaban al aire unos vapores malos que traían enfermedades de los nervios y esas cosas», ¿recuerdas? «Algunos creían que la gente se mataba por el viento, que se les metía en las orejas y los volvía locos, y otros tantos, por la sangre enrancada de primos con primos.» Que si el agua que bebían, que si los olivos, que si la altitud. Algunas noches preferías relatar que la culpa la tuvieron los húngaros que llegaron hace siglos a estas tierras con sus violines y la tristeza escondida en los baúles. Por esa razón, decías, todavía se entreveraban en la comarca tantos rubios con los ojos celestes, verdes y azulgrises. Rubios, como el terrateniente de Las Breñas. Tú decías «húngaros», pero he sabido hace poco que también los hubo alemanes, suizos y flamencos, gentes del norte, demasiado propicias a la melancolía y poco hechas al fuego vivo de esta tierra en verano. El cura me ha contado que, hace doscientos cincuenta años, con las repoblaciones de Carlos III, trajeron colonos a estas serranías con el fin de limpiar los caminos de bandoleros y hacer que florecieran los yermos. Colonos que habían de ser católicos a la fuerza y labriegos, y avenirse a vivir dispersos en casas aisladas, en pedanías de difícil acceso, a hora de caballo y más. Habían prometido cincuenta fanegas a cada familia asentista, pico y azadón, un gallo y una puerca de parir. Pero el contratista urdió bien el engaño y acabó mandando, como en una maldición bíblica, a enanos, viejos y enfermos, mendigos, desertores e indolentes, hombres de poca fuerza que no conocían el campo, cómicos del teatro de sombras, buscavidas y endemoniados que se consumieron en las fiebres, la locura y el vino. Que todos parecían cadáveres, dice el cura que ha leído, y que plantaron la semilla huera del suicidio en estas tierras.

Leyendas que me fascinaron de pequeña hasta que un día dejaste de hablar en seco, rompiste el espejo del váter a martillazos y quisiste regresar a la aldea dejándome atrás, ¿recuerdas, madre?

De nuevo el lamento fúnebre de las campanas; ha debido de acabar el oficio. Adiós, madre, volveré pronto. Atravieso la verja, doblo la esquina en dos zancadas, arrimo el espinazo al muro lateral conteniendo la respiración. No quiero cruzarme con nadie; con el cura tampoco. Avanzo con sigilo, la espalda pegada al revoque, un paso detrás de otro, sin perder de vista la calle que aboca al portalón de la iglesia. Es imposible que me descubran aquí, en la tapia trasera del cementerio, detrás de las zarzamoras, con sus racimos rojos y negros. Volveré a casa en cuanto se despidan, se den los pésames y se hayan dispersado. En una hora, a buen paso, me planto en El Hachuelo.

Me siento a fumar en el suelo, las piernas dobladas como los indios. El sol se está poniendo. Por la vereda de las viejas eras me parece distinguir una figura que se acerca renqueante, apoyada en un bastón y con una bolsa de plástico en la otra mano. Es él, no hay duda: Rodales, el espantapájaros del molino. La facha es inconfundible. Lo llaman justamente Rodales por las manchas en el gabán lustrado de roña que le llega hasta los pies. Nunca se lo quita, ni el abrigo ni

el sombrero de segador, con lluvia o helada, y eso que aquí, perdidos en la serranía, no hay invierno sin nieve. El viejo Rodales me intimida. Me levanto como un resorte, me sacudo el polvo de la culera del pantalón y, cuando me dispongo a dar media vuelta, él alza una mano para saludarme. Tendré que esperarlo; prefiero estar a buenas con el fantoche. Ahí viene, su abrigo de espiga marrón, de solapas anchas, como de los años setenta.

—¿Cómo tú por aquí? —le digo.

—Vengo por las collejas.

Rodales huele a humo de fogata y orines. Sin apenas mirarme, se lanza a recoger las collejas que crecen pegadas a la tapia, apresurado, con ansia, como si yo fuera a robárselas. Sabe que lo estoy mirando, pero él sigue a lo suyo, encorvado, con los faldones del tabardo abiertos como las alas quebradas de un murciélago.

—¿A ti no te gustan las collejas? —me pregunta.

—Paso. Prefiero las lechugas de mi huerto.

—Son muy tiernas y sabrosas. Las del cementerio tienen gusto a carne —dice riéndose con esa risa suya trunca y hacia dentro.

—Bueno, yo me voy yendo.

No sé por qué, pero lo rehúyo. Algo me llama a evitarlo.

—¿Ya te vas, Marota? ¿Has traído tabaco?

Le digo que sí. Lo saco del bolsillo de la pelliza, junto con el papel y los filtros. Rodales se incorpora, libera la cola del abrigo, que se le había acercado a la maraña de zarzas, y se aproxima. No bien empiezo a rularle el pitillo cuando dice:

—¡Míralas, míralas, por ahí van!

—¿Quiénes?

—¿Estás tonta? ¿Quiénes van a ser? Las mellizas, las Jaldonas.

Me doy la vuelta y un taxi cruza la calle en la lejanía. Dos cabezas rubias en el asiento de atrás. No sé si las veo o me lo estoy imaginando. Dos cabezas rubias, dos cuerpos vestidos de medio luto, entre el gris y el pardo, del mismo color que la tierra de Las Breñas.

El bar del Tomás

El domingo es el día de beber. Me pongo los vaqueros limpios, me ato una trenza, bajo la cuesta y emboco el sendero de polvo hacia la aldea, hacia el bar del Tomás. Bebo hasta el hartazgo si la boca me lo pide, sola o con los hombres que allí se me juntan, acostumbrados a mi presencia al cabo de los años. Los imito en los gestos cuando echamos la partida de cartas. Calibran a mi lado las ancas de las hembras que aparecen en el televisor, como si yo fuera uno de ellos. Callo. Me embosco. Allí nadie pregunta demasiado.

Los días vienen alargándose; ya son las seis y aún no cuajan las sombras. Estoy a punto de llegar. Seremos un centenar de vecinos a lo sumo, y cada uno tiene su abrevadero, cada quien en su lugar. En el centro, en la plazoleta de la iglesia, la taberna de las medianías y de los campesinos con un tranzón de tierra. Y a las afueras del pueblo, justo antes de la gasolinera, el nuestro. El bar de los raros, el de la gente loca y terrible, el de los diferentes, el de los solteros viejos, los borrachos, los que no creyeron en el dinero. Los tocados por el viento. No acude ninguna mujer más que yo y, muy de vez en cuando, la viuda que vive con su hermano solterón en la casa del humedal. Nadie se atreve a entrar en parcela ajena.

Me agradan el Tomás y su garito, aunque huelga a humedad y el estuco de las paredes, demasiado grueso, del color de la manteca rancia, tuerza las fotografías en marcos de pinza, una colección de retratos en blanco y negro de viejos roqueros y actores de Hollywood. En realidad, ni es bar ni es nada. Es la vieja tienda de su madre, donde la mujer vendía chacinas, legumbres y el aceite de la cooperativa, más los metros ganados al almacén después de tirar el tabique, y una barra hecha de obra. El Tomás trabajó en la capital de cartero, lo prejubilaron y regresó a la aldea. Vive arriba, con la vieja, y hasta hace poco tuvo una amiga en el pueblo de al lado, una medio novia que hacía cerámica. A veces, el Tomás nos enchufa películas para entretenernos; las del Oeste son las que más nos gustan a todos, y no hay discusiones. *Solo ante el peligro* la habremos visto cuarenta veces. Me sé de memoria la letra de la canción, «*do not forsake me, oh my darling*», y podría reconstruir fotograma a fotograma la escena en que Gary Cooper está redactando su testamento mientras espera la llegada del tren de mediodía.

No es mala gente el Tomás. Otro cachivache como yo en el trastero de la aldea. Pertenece a los dos a la generación que se perdió en la fiesta y la espera. Hoy se ha hecho una coleta rala y canosa. Un hippy viejo y chupado que pone música buena, la música que hay que poner. A los Stones. A los Kinks. A los Smiths. También Pink Floyd y Genesis, según se dé la tarde. A los Clash. «*I fought the law and the law won*», luché contra leyes injustas, pero la ley me derrotó. Mete todas las canciones que aún sonaban cuando llegué a Londres y la bruja de la Thatcher, que ya les había dado duro a los mineros, la emprendía con los trabajadores de artes gráficas. Sin saber nada, el Tomás comprende que algunas canciones podrían matarme. Me sirve fiado, habla poco. A veces le pone reggae a Ibrahima y deja que se líe sus cigarritos. A mí no me gusta fumar la hierba del moreno ni la necesito; me sienta mal, me embota la cabeza, me confunde las voces.

Yo prefiero mi vino.

Desde aquí ya leo el rótulo sobre el dintel del portón: «Bar Tommy». Igual que aquella canción del disco de los Who, *Tommy Can You Hear Me?*, ¿puedes oírme? Alguien tiene amarrado el chucho a la argolla del muro. Es la perra de Rodales, sí; la reconozco por la cuerda roñosa atada al collar y el pelaje idéntico.

Atravieso la cortinilla de tiras de aluminio que habrá de salvarnos del mosquerío que vendrá. De pie, apoyado en la barra, Rodales me mira y sonrío con su boca de hurón. Le devuelvo seca el saludo. No sé cuál es su nombre de pila ni sus apellidos, si los tiene. El Tomás seca vasos con un paño y los coloca en la balda inferior de la vitrina, debajo del muestrario de botellas; me saluda con un golpe de mentón. Le pido un vaso de vino. No escatima el Tomás. Tiene la tele puesta pero sin voz. Suenan los Dire Straits.

El resto del personal, las fuerzas vivas de la demolición, ha preferido sentarse al fondo, alrededor de una mesa baja: Andrés, el cura; Damián, el sepulturero; Sebastián Magaña, el dueño del taller de chapa; y el hermano de la viuda, a quien le dicen Arcadio, el Pellejero, porque su padre se dedicaba a ese menester; sé que tiene una majada de cabras cerca del humedal. Ya estamos todos, al completo, los sultanes del swing.

Me acerco al corrillo. El cura me saluda con dos besos que se acercan demasiado a mi boca, me observa y enseguida desvía la mirada hacia su Jotabé con Coca-Cola. Ha debido de dar misa a mediodía y se ha quedado en la aldea a echar la tarde; cuando sabe que se ausentará, deja el sermón escrito y las hostias consagradas para que Teodora, la sacristana, reparta la comunión a las beatas. A los demás les doy la mano. Corren los taburetes chatos para hacerme sitio. Nos recolocamos.

Me gusta la charla de los hombres, por lo general comedida, serena, llena de propósitos concretos y simples. Pero hoy no. Con la muerte del patrón han vuelto a aflorar los rumores, las habladurías, las viejas leyendas, la superstición, las cuentas pendientes y el terror religioso que les inculcaron; ni yo misma puedo sustraerme del abrazo de la enredadera. Han pasado dos semanas y todavía seguimos dando vueltas a lo mismo, con la insistencia de los tábanos, porque cuando se produce un suicidio en la aldea, en algún recoveco de estas serranías, las gentes temen que desencadene otro enseguida, en los días subsiguientes, rápido, como la peste echa el lazo invisible del contagio.

—Pasa con algunas familias. Lo del suicidio, me refiero. Como si lo llevaran en la sangre — dice Magaña.

El mecánico viene embutido en el mono de trabajo azulón, como siempre; nunca le he visto otro atuendo. Poca faena le dan los coches, ni siquiera los que llegan de paso, pero sobrevive recomponiendo la cacharrería del pueblo, una caldera, el motor de una alberca, la trilladora, las máquinas de picar la carne. A nosotras nos hizo un apaño con el enganche de la luz, y al señorito Julián le pareció bien. Aún la chupamos del poste que sube a Las Breñas.

—Pero el Rafael, el barbero, también se ahorcó, y que sepamos nadie de los suyos lo había hecho antes — replica Damián, el sepulturero.

—El Rafael fue caso aparte. La mayoría de los que se matan llevan otro muerto de la familia a cuestas, como los rabos de las cerezas se enredan unos con otros.

—Los suicidios vienen siempre de dos en dos.

—Se lo contagian.

—Lo llevan en los genes.

—Paparruchas. Es la desesperación, la miseria. ¿Cuánta gente tuvo que marcharse de aquí en

los cincuenta? ¿Ya no os acordáis? Los Marotos tuvieron que irse.

Magaña me mira. Asiento con la cabeza, pero no digo nada. Sí, mis padres se largaron de aquí sin saber que tendríamos que volver, aunque tal vez mi viejo sí intuyó el regreso porque nunca quiso vender la casa del pueblo, lo único que teníamos.

—Pues a los Covalada, los que vivían en la bajada del Jaramillo, no les faltaban los cuartos, y bien que la Catalina se colgó de un garfio del corral.

La sola palabra garfio me estremece. ¿Con qué desesperación ató la soga al saliente de metal? La tal Catalina es la primera mujer ahorcada de la que oigo hablar.

—La Catalina se mató porque la había plantado el novio. Tres días antes de la boda.

—Se ahorcó vestida de novia. Yo estuve en el velatorio. Le metieron en el ataúd las sábanas del ajuar, bordadas con su inicial y la del marido que desapareció.

El vestido de novia, qué espanto. Cierro los ojos y veo a esa mujer colgada del gancho. Sola. Repudiada. Los tules y organdíes blancos le llegan hasta los tobillos. Las gallinas picotean indiferentes a sus pies.

—Hasta las mujeres se ahorcan aquí.

—Eso son pollas en vinagre.

—Y de la familia de los Pulidos, ¿qué me dices? Primero lo hizo el padre y, con el pasar de los años, se fueron matando los tres hijos varones, todos colgados. Los agarró el apocamiento y se ahorcaron uno a uno de los árboles de la finca.

—Nadie ha querido irse a vivir adonde los Pulidos, y eso que el cura de entonces fue con el hisopo y los rezos a bendecir la casa.

—Aquello está muy aislado. Demasiado.

—Dicen que uno de El Salobral se rebanó el pescuezo con un cuchillo de la matanza.

La muerte les fascina. Abordan el suicidio con una naturalidad pasmosa, como si nada, como quien se arranca a hablar de la lluvia que no llega, como si no hubiera parapeto entre la vida y la muerte. Quien más quien menos está emparentado o conoce a la familia de alguien que se quitó la vida aquí, en la pedanía de al lado o en la siguiente. Los que se matan están arropados por otros muertos, por la tradición agónica de quienes los precedieron. Hablan de los suicidas con respeto, con cierta veneración, como si un halo de misterio los situase por encima de los vivos.

—Don Ignacio me contó que hace unos cuantos años, a mediados de los ochenta sería, vino un psiquiatra a la aldea. Fui a verlo —comenta el cura como de pasada.

—¿Al psiquiatra? —un resorte hace que clave mis ojos en los de Andrés.

—Pidió permiso para indagar en los archivos parroquiales, en el libro de defunciones. Se conoce que rondó por varios pueblos de la comarca.

—¿Por qué? —insisto.

—Por las estadísticas. Aquí la media de suicidios se dispara, casi se triplica. Y la mayoría son muertos por ahorcadura.

—Lo que no me explico es cómo pudo don Julián arrastrar eso consigo durante tanto tiempo —quiero escuchar más sobre la visita del psiquiatra a la aldea, sobre sus indagaciones, pero Magaña regresa al patrón, a lo nuestro.

—La muerte tiene su paciencia —dice el sepulturero con la seguridad que le brinda el oficio. Incluso en lo más duro del invierno, cuando hiela, Damián calza sandalias con calcetines de lana que se le ahuecan en la punta; tuvieron que cortarle los dedos de un pie por la diabetes, y no debe de querer que lo olvidemos. Él riega los cipreses, escarda los hierbajos y cierra la verja del cementerio en cuanto oscurece. Fue Damián quien encementó el nicho de mi vieja.

—Se les mete eso en la cabeza y entran en barrena.

Ahora quien habla es el Tomás. En realidad, poco importa quien hable ni lo que aporte a las conjeturas. Yo sobre todo escucho, intentando separar los diamantes de las medias verdades.

—Dicen que ha sido por las deudas.

—¿Deudas? Los Jaldones tienen dinero a espuestas.

—La cosecha de aceituna ha sido mala.

—Tanto da.

—Las tierras no son dinero. Son solo disgustos y quebraderos de cabeza.

El tintineo metálico de la cortina anuncia la llegada de nuevos parroquianos: Ibrahima y Vitali, en ropa de faena. El ucraniano se pide un aguardiente seco de la tierra, lo más parecido al vodka. Ibrahima, un licor dulce, de manzana, con hielo y en vaso de tubo. Me extraña. Nunca le he visto beber más allá de una cerveza. No habla de religión, pero sé que cumple con el ayuno del ramadán y celebra a su manera la fiesta del cordero.

Se acercan. Ocupan la mesita contigua. El círculo se ensancha.

—¿Traéis noticias? —les pregunto a bocajarro—. ¿Han venido las mellizas?

Vitali Blancanieves niega con la cabeza. Ibrahima, que se ha sentado junto a mí, tampoco dice palabra, con la vista clavada en los pies. La muerte del patrón le tiene desconcertado. Aunque no ha llegado el calor todavía, viene con las piernas al aire otra vez, con un pantalón de chándal cortado por la rodilla. Tiene mala encarnadura el muchacho; la cicatriz de la canilla aún parece tierna, y eso que ya han pasado tres años desde que le pegaron la cuchillada. Parece un festón de gelatina de un tono más claro, igual que el de las palmas de sus manos.

—¿Nada? —insisto.

—Estaba regando el huerto cuando han llegado, pero ellas no me han visto —Vitali, de espaldas a la barra, se da la vuelta y le hace un gesto a Tomás para que se acerque con la botella—. Las mellizas estaban demasiado lejos como para que me saludaran. Dionisio salió a recibirlas y cargó con las maletas. El taxi que las trajo se marchó enseguida. No se han dejado ver en toda la tarde; todavía estaban dentro de la casa grande cuando hemos salido.

Las mellizas traen maletas a la casa de Las Breñas. No sé si llenas de viento malo o vacías.

—Esas dos no vienen para quedarse. Habrán venido a revolver papeles y a rapiñar lo que puedan —Magaña me ha leído el pensamiento.

—Y tú, moreno, ¿qué dices? —pregunta el Damián.

Ibra se encoge de hombros y pega un trago.

Arcadio, el Pellejero, que ha permanecido en silencio hasta el momento, me mira y suelta:

—Marota, véndeles el chalé a las mellizas.

Estallan las risas de los hombres, salvo las de Vitali e Ibra; sonríen los dos, pero no han debido de entender el sarcasmo. El Pellejero se carcajea con la boca muy abierta, mostrando las encías encarnadas y los dientes cortados a serrucho. Sé que está pensando en la cerca podrida, en el revoque renegrido del alpende, en los hierbajos del tejado. En mis tetas lacias. Yo también me río, finjo reírme. Pego un sorbo. Chasco el vino contra el paladar. Aguanto la mirada del gañán hasta forzarlo a retirarla. Ten cuidado, despojo; las lobas sabemos dónde hay que morder.

Rodales mira de hito el rincón de nuestra tertulia, pero no interviene. Tomás le rellena el vaso de clarete, un vino desvaído, como de aguada para la acuarela, de haber lavado trapos empapuzados de sangre. Se lo sirve de balde, quizá porque no le hace falta beber mucho para achisparse y se planta en cuanto enrasa su medida. Alguna vez, cuando se le va la mano, el viejo Rodales recorre las calles de la aldea tambaleándose, con su barba sucia de profeta, lanzando al

aire anatemas e imprecaciones alcohólicas: «No os escondáis, grandísimos hijos de puta. Los gusanos se os comerán la lengua dentro de la caja. Hatajo de cobardes, cornudos... Os conozco bien y sé lo que hicisteis y todo lo que hizo vuestra gente. ¿Ya no os acordáis de Diego Ayora, el Manco? Se os quemaría el culo en las ascuas del infierno antes de reconocer la verdad. Estáis muertos». Lo mienta mucho al tal Diego Ayora, que también salía en los cuentos de mi infancia. Mi madre contaba que él fue de los que se echaron al monte; no era manco el hombre, pero trabajaba de herrero y el calor de la fragua le había achicado la carne de un brazo. Cuando Rodales se cansa de dar voces y se le pasa la tajada, regresa al molino. Sé que el cura Andrés también le lleva lentejas y alguna lata de atún; si no, pone trampas, sale a robar higos o a pescar cangrejos en el río.

—Don Julián vivía muy solo en Las Breñas —dice el sepulturero cuando las risas se amansan.

—¿Solo? ¿Y estos dos jenízaros? —el cura se refiere a Ibra y a Blancanieves—. Además, está Dionisio, el capataz, que también tiene casa allí, ¿o no?

—Por lo que dicen, Julián estaba a matar con las mellizas.

—Él ya ni iba a la capital; a las gestiones mandaba al Dionisio.

—Pobre infeliz. Está que no da pie con bola.

Dionisio debe de estar destrozado. Sé lo que sé, pero prefiero guardármelo.

—Vino el otro día —apunta el Tomás— y se ajumó a base de bien. Al final tuve que echarlo; de buenas maneras, pero lo eché. Se quedó ahí fuera un rato largo, en el empedrado, gritando barbaridades, que se nos ha echado encima la desgracia, que si nos vamos a enterar, cosas así. Dionisio subió bien tostado a Las Breñas.

—Lo que ha pasado es que el señorito se chalo.

—¿Chalarse? Eso nosotros. Estamos locos porque somos pobres —las diminutas sensateces de Ibrahima me desarman.

—Julián Jaldón estaba obsesionado con lo de su padre.

—¡Pero si ha pasado una porrada de años!

—Da igual. Lo tenía grabado en la mollera: «Mi abuela se tiró al pozo, mi padre se ahorcó y yo también voy a ahorcarme».

—Fue la bisabuela quien se mató.

—No, la abuela.

—¿Y qué más da para el caso?

—La estirpe tiene la cagada de la moscarda.

Escucho y no doy crédito. La abuela o lo que fuera de los Jaldones se suicidó. Era la ahogada del pozo de mi infancia. Pero ¿su hijo?, ¿el padre de don Julián también se mató? Los cuentos de mi madre nunca lo mencionaron. ¿O no lo recuerdo? ¿Acaso ella lo supo? Quizá ya se habrían marchado de la aldea cuando el hijo de la ahogada se suicidó.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto.

—Uy, Franco todavía coleaba —Damián, el sepulturero, hace en el aire un gesto con la mano que recorre lo menos cuatro décadas atrás en el tiempo.

De repente, Rodales, a quien ya ninguno prestamos atención, alza la voz y suelta desde la barra:

—Yo fui el último que vio con vida al señorito Julián.

El comentario desata otra vez el corro de risas estridentes.

—Reíd, reíd, cachoperros, que mis ojos saben qué vieron —indignado por la burla, Rodales gesticula como si estuviera braceando en el mar—. Yo lo vi salir del coche. Llevaba la cuerda enrollada en la mano izquierda y las botas altas bien limpias —Ibrahima y yo intercambiamos una

mirada rápida: el viejo no miente—. Don Julián encendió un cigarrillo y echó a andar por el sendero, despacio pero con la vista fija al frente. Iba a lo que iba. A tiro hecho.

—Qué ibas a ver tú, gualtrapa.

—Menuda curda llevarías.

Yo le creo. Rodales tuvo que verlo. De otro modo, el viejo no podría haber imaginado que el señor de Las Breñas calzaba las botas de montar. ¿Qué sentido tenía que las llevara? ¿Por qué se las puso si la temporada no empieza hasta octubre? No resulta tan disparatado que lo viera pasar la mañana en que don Julián fue al encuentro del nogal, porque el espantapájaros vive en las ruinas de la fábrica de harina, cerca de donde la guardia civil encontró el Land Rover.

Rodales se aproxima a nuestro corro aún con paso firme y se sienta en una banqueta entre Ibrahima y Vitali, que se reacomodan para hacerle sitio. Me intimida su cercanía, aunque hoy no huele a roña empercudida o, por lo menos, su olor se me hace soportable. Rodales dice:

—Algunos no lo recordaréis porque no os habían destetado o aún no habíais llegado a la aldea —el viejo me mira con fijeza—, pero Julián Jaldón-Maldonado se ha matado a la misma edad que su padre, la mismita, con los mismos años: sesenta y seis.

El número se estampa en mi frente, de un color rojo oscuro, casi grana, y sale de mi boca una voz que pregunta sin haberlo pensado:

—¿El mismo día?

La cháchara ha ido apagándose hasta concentrarse en una tregua expectante. De fondo se oye a Rod Stewart, *I Was Only Joking*, aunque yo no quisiera escuchar esta canción ahora. «*I wasted all that precious time and blamed it on the wine*», el vino y el tiempo desperdiciado.

—La misma época del año sí era —dice el guardés del cementerio mirándose las uñas.

Echo cuentas imaginarias en el aire, dejando un hueco plausible entre un suicidio y otro: Damián tiene la edad suficiente como para haber enterrado también al padre de Julián, hace cuarenta años o los que sean.

—Era el tiempo de la arada —prosigue Damián con la mirada perdida en algún lugar, hacia dentro—. Me acuerdo perfectamente porque el aire olía a humo.

Más o menos como ahora. En marzo, en cuanto termina la poda de los olivos, los peones queman la ramuja en pequeñas hogueras dispersas por los montes porque las hojas se pican enseguida y las larvas del barrenillo podrían matar los plantones y los árboles buenos. Aquí y allá, el cielo se enturbia con penachos de una humareda blanca, muy densa, y el viento arrastra un olor como de iglesia cerrada, de madera verde que no quiere arder.

Rodales sonrío con su boca mellada. El instinto me dice que habla verdad, que los dos Jaldones, el padre y el hijo, escogieron la misma fecha para matarse. Qué angustia. Me pregunto cómo pudo el patrón encadenar cada día hacia el punto ciego de la muerte, esperando el momento exacto en que su padre se quitó la vida, treinta y cinco, cuarenta años, cuantos quiera que haya entre una muerte y otra, un minuto tras otro de ritual, siguiendo el ritmo de las horas y los días hasta el esplendor de anudar la sogá, meterse el lazo por la cabeza y saltar de la rama del nogal. ¿Qué pasó por su mente en el último segundo? ¿Sintió paz? ¿Liberación? ¿Escuchó las voces de su padre y de la ahogada en el pozo? «Ven, ven, aquí en lo blando se está muy a gusto. Todo se deshace y ya nada pesa.» Todos caminamos hacia el sumidero, solo que Julián eligió el cuándo.

La voz del sepulturero me arranca de mis pensamientos:

—El padre de don Julián no pudo con la culpa. Años y años estuvo rumiándola hasta que se mató.

—¿Culpa de qué? —pregunta Tomás, que se ha servido un trago y se ha sentado en el corro, en

una silla.

—El padre del señorito no se fue de la mui —dice Rodales. Debe de saber qué dice. Es el más viejo de la camarilla.

—¿Quién, pues?

—Tú lo que quieres es más trinquis —tercia Magaña.

—Yo era un zagal, pero me acuerdo de todo. Me tenían por tonto y hablaban como si yo no me enterara. Vi muchas cosas en la casa de Las Breñas. Lo sé todo.

—Pues escupe.

Rodales se bebe el culo de vino que le queda en el vaso. Me mira fijo y dice:

—No sabéis nada, y tú menos que nadie, niña —hace una pausa e insiste—. ¿Sabías que la Emeteria era espiritista? Tenían que amarrarla. Tú no sabes nada, Marota.

Ahora Rodales es el centro de atención. Y aún pronuncia otro desafío:

—Tú no sabes quién es quién en tu casa. A ti te han tenido engañada.

En la calle se oye un ladrido seco de la perra y, a continuación, el susurro de la cortina metálica otra vez. Es el capataz de Las Breñas, aparecido de la nada, como si lo hubiésemos invocado con la conversación. Viene cabizbajo. Dionisio andará por la sesentena. La vida en el campo engaña y parece mayor: recio, no muy alto, aunque mide un buen palmo más que yo, las espaldas anchas, el pellejo surcado de sol e intemperie.

—Buenas tardes nos dé Dios —dice.

Se ha plantado a dos pasos de la puerta, a distancia de nuestro corro, con las manos metidas en los bolsillos de la pelliza. Nueve pares de ojos lo están observando con detenimiento, paralizados, sin articular palabra. El capataz esquiva las miradas, se encamina hacia la barra y se acomoda en uno de los taburetes altos. De inmediato, Tomás se levanta de la silla haciendo ruido al desplazarla y va a su encuentro.

—Hombre, Dionisio... ¿Estás hoy mejor?

Ambos se funden en un abrazo corto que el Tomás remata con un par de palmadas en el hombro.

Un silencio seco y puntiagudo nos delata. ¿De qué otro asunto podríamos haber estado murmurando en su ausencia sino de la muerte del patrón? Hay que llenar el hueco con alguna palabra, la que sea. El cura me caza una mirada al vuelo. Me ha comprendido, y suelta enseguida:

—Pues nada; aquí estamos echando la tarde.

—Ya no tendrás más misas hoy, ¿no? —digo, lanzándole un cable.

El cura contesta que aún tiene que pasar por el patronato a dar la comunión. Rodales se levanta; dice que se va tirando para el molino, que tiene un buen trecho. El ambiente se destensa. El ucraniano se inclina hacia Ibrahima, sobre el hueco que ha dejado Rodales, y le susurra algo en voz baja, casi al oído. Si lamento que el viejo se largue es porque me quedo con las ganas de seguir hurgando, de que me cuente qué diablos sabe de mi casa. Ya encontraré la manera de sonsacárselo en otra ocasión. Miro a Dionisio, solo en la barra, con la copa de aguardiente en la mano y la vista fija en la vitrina de las botellas. Él no sabrá nunca del dolor que nos une. ¿Cuántas noches habrá llorado? Si supiera que yo sé... Si confesara a esta jauría hambrienta lo que vi, si les contara que el capataz follaba con don Julián, que incluso se querían los dos a su manera, lo despellejarían como a una res cuarteada. Las aves carroñeras de la aldea se darían un festín con sus restos.

La vieja fábrica de harina

Cojo dos cartones de vino, meto un par de manzanas en el morral y me echo al sendero con la luz radiante del mediodía, los ladridos de los perros a mis espaldas —no entienden que salga a caminar sin ellos— y el ansia de saber, de llegar hasta el fondo de mi ignorancia. Andar, andar, andar hasta llegar al centro de la luz sintiendo el latido de la sangre en los muslos. Aprendí del pintor inglés que caminar es otra forma de discurrir. La vida en el estudio le resultaba a veces tan opresiva que necesitaba salir a pasear la frustración de no llegar con el pincel adonde ansiaba. Caminaba por las calles de los viejos tinglados junto al Támesis, entre la maraña de excavadoras y grúas, los brazos siniestros de lady Thatcher que nos arruinaron el barrio. Nigel salía a cualquier hora, de madrugada si le apetecía, sin rumbo ni propósito, en un vagar a merced del instinto. «La única forma de sobrevivir es yendo a la deriva.» Él decía *drifting*. Las frases de Nigel Tanner, el curtidor de pieles; yo no sabía entonces que *tanner* en inglés significa justo eso, curtidor. Al principio le acompañaba en sus caminatas como una sombra. Con la marea baja, descendíamos las viejas escaleras de piedra, comidas de légamo, y paseábamos sobre los guijarros, sobre el mismo lecho del río.

Atravieso el baldío donde crecía el trigo del patrón y, a paso ligero, alcanzo enseguida la hilera de almendros que hace una eternidad marcaba la linde de nuestras tierras. Los almendros eran límite y defensa; más allá se extendían las propiedades de los Jaldones. Dejo atrás la dula de las cabras. A este trote no tardaré más de media hora en plantarme en el molino. El aire huele a romero y aceituna molida mientras avanzo entre las jaras peinadas por el viento dando un rodeo para no acercarme demasiado a la casa de Las Breñas, por la parte trasera, en la umbría, donde se afilan los últimos fríos del invierno. Conozco cada pliegue del terreno, los nombres de los espinos y adónde llevan los ramales, aunque para las gentes de la aldea nunca he dejado de ser una extraña que vino de paso y decidió quedarse. Ya no me importa. Aquí he echado el ancla.

Sigo dando vueltas a la tertulia del domingo donde el Tomás. «A ti te han tenido engañada.» Es posible, porque la mentira ayuda a subsistir, pero engañada ¿de qué? «Tú no sabes quién es quién en tu casa», dijo Rodales. Nadie conoce del todo a nadie y, en el fondo, ¿qué sé yo de los míos? En la rama de mi madre abundan los huérfanos sin apellidos ni tierras, mientras que en la familia paterna sí las hubo pero se las bebieron, las dilapidaron en mujeres o se jugaron a los naipes hasta el último terrón. Llevamos sulfmán en la sangre. Por lo que me contaron entre mi madre y su medio prima la Jacoba, buena parte de las fanegas se malvendieron para redimir a mi abuelo de la guerra de Cuba, para comprarle un suplantador por mil quinientas pesetas que se pagaron céntimo a céntimo con la limosna que les dieron los Jaldones. Acabaron usurpándonos la finca entera hasta la cerca podrida del huerto. La carne se paga con carne. De ahí viene el resentimiento, supongo. Viejas historias que, a fuerza de lijarlas en la repetición, de añadir un detalle, un ángulo nuevo, han ido puliéndose en el tiempo como cantos rodados hasta convertirse en leyenda. «¿Tú sabías que la Emeteria era espiritista?» Mi madre decía que curaba el vacío en el pecho con hierba de

santa María. Y que se asomaba desnuda a la luna llena. ¿La amarrarían por eso? ¿Sería verdad que se volvió loca la Emeteria?

Yo solo sé lo que sé, lo que viví en el suburbio. Mis padres hablaban muy poco entre ellos y, si lo hacían, era para discutir. «¿Otra reunión?». «No me gustan nada las pintas de esa gente del sindicato.» A través del tabique de papel solo se oía la queja antigua de mi madre ramificada en el dinero, las horas extra, los jaleos de los obreros, la bebida inútil, la colada que se ponía perdida con el polvo de la cementera, la severidad con que trataba a mi hermano. Y de tanto en cuanto, en el hueco entre los reproches, la respiración de mi padre con los pulmones llenos de harina y recalentados, el pecho contra la boca del horno al rojo vivo y la espalda al relente del mes de enero, con las ventanas de la fábrica abiertas de par en par. Cuando lo despidieron, la última semana se la pagaron con un juego de café, seis tazas de color alcachofa con filos dorados más cafetera, lechera y azucarero. Nunca lo usamos. «Mira, niña, pero sin tocarla; se da un aire a tu tía Emeteria», y mi madre alzaba el culo de la taza ante la ventana para mirarla al trasluz hasta que la porcelana dejaba intuir la cara de una mujer muy seria, con el pelo recogido en un moño. Daba miedo. Mi madre no le perdonó jamás a mi viejo que se quedara sin trabajo ni que echara a mi hermano de la casa, aunque no estuviera nunca. Gabi venía a por dinero o a tirarse dos días enteros durmiendo. Antes de irse, mi hermano era ya el recuerdo de una ausencia. «Aquí solo entran los hombres como es debido.» La voz de trueno de mi padre en el vano de la puerta. Gabi, con la bolsa de deporte cruzada sobre el pecho, Múnich 72, en el rellano sin ascensor. Mi hermano tenía diecisiete años; yo aún no había cumplido los once. Ninguno de nosotros sabía entonces que los dos iban a morir muy seguidos, uno detrás del otro. Cuando nos quedamos sin hombres, mi madre regresó a la aldea y a mí me dejó a cargo de la Jacoba por el colegio, hasta que me harté y me largué de su casa, del barrio, del país. De *au pair*, decían entonces.

Llegué aquí buscando el silencio y, sin embargo, es en medio de esta calma, en los momentos de plenitud en el paisaje, cuando más extraño la vida en Londres, el bullicio de las calles, la energía de la juventud, las oportunidades que dejé pasar, el movimiento incesante que subía y bajaba dejándote siempre en el mismo sitio. ¿En qué malgasté mi vida? ¿De qué iba huyendo? En ningún lugar sentí la libertad como en Londres. ¿Acaso era aquello la libertad? Fuera lo que fuese, no supe qué hacer con ella. Llegué justo cuando se apagaba la huelga de los mineros y aún no había empezado la de los impresores de periódicos en Wapping, con una carta a mi nombre de la familia que me alojaría para limpiar y ocuparme de dos mocosos detestables a cambio de cama, un emplasto de puré con salchichas al que llamaban *bangers and mash* y quince libras a la semana. Los Randle; después de todo tuve suerte, e incluso me pagaron las tres mil pesetas que costaba entonces el trámite de apuntarse a la policía cuando se enteraron de que aún no lo había hecho. ¿Cuánto tiempo conviví con ellos? ¿Un año y medio? Casi dos. Me despedí porque yo había llegado para volar y me aguardaba la excitación de la supervivencia. Aguanté mucho más que la compañera del instituto que había llegado conmigo. Yo no tenía intención de regresar con la Jacoba y mucho menos a la aldea con mi madre, trastornada después de la muerte de mi hermano. Fregué platos, tazas, cucharas, vasos, tenedores y ollas gigantes en un restaurante chipriota en Harrow Road, robé latas de alubias en el Tesco, preparé de madrugada sándwiches de pepino y de atún para las cafeterías de Heathrow, estampé camisetas, cuidé tres semanas de una vieja gorda a la que lavaba con guantes y esponja, dormí una noche en la estación de Paddington con el anorak abrochado hasta arriba, la capucha puesta, las libras en el sostén y el petate de almohada, fui *loo lady*, la chica encargada del retrete, en una discoteca de Ladbroke Grove, un tugurio donde mi tarea primordial consistía no tanto en limpiar vomiteras y orines como en evitar que la gente se

atrancara en los váteres a meterse. « *Please, please*, como os pillen, me echan a la puta calle.» Fue entonces cuando comprendí el significado pleno de la expresión *fuck off*.

El virgo lo quemé con un hombre mayor que yo al que conocí en un garito de Fulham Road, un tipo alto de piel blanquísima y pelo ralo que le caía en guedejas sobre la cara de puro hueso. Pasamos la noche y el fin de semana que siguió en su apartamento, los dos en una cama muy estrecha bajo un edredón de flores. Detrás de la puerta del dormitorio colgaba un mono de piel con rodilleras y coderas reforzadas; imaginé que trabajaría de mensajero con la moto, pero no quise preguntar. Ni hablamos, casi. Llovió toda la noche, llovió el sábado a trechos y llovió todo el domingo una llovizna diminuta y azul, casi violeta, la lluvia de Londres, hilos de agua que oíamos repiquetear contra los cristales de las ventanas de guillotina los ratos que despertábamos para comer algo, tomar una taza de Tetley, escuchar música, volver a acurrucarnos o follar. Lo hice así, sin más, como quien apura el engorro de un trámite, y me marché en una de las treguas sin decirle adiós, con mi ropa encima de la camiseta que me había prestado para dormir. Caminé siguiendo mi instinto, arrecida, los dedos de las manos insensibles, porque con el *tubo* cerrado no conocía otra manera de regresar a casa. Anduve y anduve hasta que alcancé el puente de Wandsworth y, desde allí arriba, me detuve a contemplar las irisaciones que las farolas arrancaban a una mancha de aceite que flotaba sobre las aguas del Támesis, que parecían mercurio de tan densas, y en ese preciso instante, mientras la lluvia seguía cayendo mansa sobre el espejo del río, supe que no querría marcharme de la ciudad. El río, el río, el río... Yo no conocía entonces la fuerza de las mareas ni los colores cambiantes. Verde ceniza, con salpicaduras azafrán, en mitad de la corriente; turbia, de un marrón arcilloso, con la marea baja; azul plomo, bajo los puentes; púrpura ahumado, casi negro, y con la espesura de la tinta cuando caía la noche.

Por entonces ya vivía en Balham, un barrio en la orilla sur atestado de paquistaníes, donde recalé en una habitación pintada de azul celeste con lavamanos, el último cuarto por arrendar en una casa victoriana, vertical y destartada. Para cuando llegué ya me había convertido en un gato experto en el sigilo, en escapar de los *bedsitters* sin hacer ruido ni pagar el alquiler, cambiando de zona para borrar mi rastro casi invisible, de Hackney a Islington, de Camden a Lambeth. Me tocó el nido más alto en el *penthouse* del edificio, justo debajo del tejado, en la habitación contigua a la de una pareja de nigerianos con los que compartía la taza del váter y una cocina minúscula, fogón, mesa y una media nevera que cada tanto debíamos descongelar en cuclillas metiéndole cazos de agua hirviendo para arrancarle las jorobas de hielo. La casa tenía el alma en la escalera, en cuyos tramos se abrían descansillos con otras madrigueras donde vivían más inquilinos, pájaros volanderos, gente de paso y del UB40, el subsidio del paro. La relativa intimidad de que disfrutábamos nosotros, los de arriba, la compensaban los convecinos que meaban y guisaban abajo con una cocina espaciosa, más radiadores y el cuarto de la bañera, donde se formaban colas y gritos a determinadas horas. Igual pasaba con el teléfono comunal del recibidor, un aparato con una ranura para meterle monedas de una libra mientras hablabas. Yo lo usaba en sábados alternos, a las once en punto de la noche, para saber a través de la Jacoba cómo andaba mi madre en la aldea, mientras aquel artilugio del demonio engullía las monedas con un ansia voraz de tragaperras, con una glotonería que dolía en la boca del estómago. El tiempo. La distancia. Las llamadas no tardaron en cargarse de silencios.

La vida en la casa de Balham comenzó a enderezarse cuando los nigerianos se marcharon y Sally ocupó su sitio en el palomar. Ambas nos reconocimos enseguida, como se olisquean las perras. Sally trabajaba en la barra de un pub en pleno Soho, en Dean Street, la misma calle donde dicen que Karl Marx escribió *El capital*, y allí me encontró colocación a lo que me mandaran,

entre la cocina y el almacén. ¿Qué ha sido de ti, Sally? ¿Adónde va la gente que desaparece de tu vida? Hará un par de años llamé a su madre, el único teléfono que conservaba, desde un locutorio de la capital. Sally vive ahora en Weymouth, al sur de Inglaterra, junto al mar, en un dúplex a dos pasos del centro y el puerto. Fue una conversación corta y tensa. La madre me contó que Sally se había casado con un abogado y que tenía una niña preciosa de doce años. «*She's doing very well.*» Oh, sí, la vida le iba fantásticamente bien. No, no tenía necesidad de trabajar; el marido ganaba lo suficiente, y el año anterior habían podido disfrutar de vacaciones en España. Sin pretenderlo, la mujer estaba imprimiendo un tono de reproche a sus palabras, como si quisiera proteger a su hija de sí misma, de lo que había sido, de lo que fuimos. No consintió darme el teléfono de Sally, o tal vez yo no supe insistir lo suficiente. «Sally ya no es la de entonces, *you know.*» ¡Oh, Sally Jones! Estabas poseída por el hambre de placer, ¿recuerdas? Deslenguada, huesuda, tan rubia, puro *white trash*, la misma basura blanca que yo, con el ansia idéntica que se nos comía vivas. Dos mariposas nocturnas cegadas por la luz, de cabeza hacia la llamarada. ¿Eres feliz, Sally? ¿Era esa la vida que soñabas? Qué más da. Los fantasmas del pasado pensamos solo en las cosas que ya no importan.

A medida que me aproximó al lecho del río el monte bajo se espesa un poco con carrascas y, a unos doscientos metros, ya se atisba algún fresno, un sauce. El susurro de los chopos. Ya distingo el cañizar y las tapias de la vieja fábrica, con los azulejos del letrero rotos o arrancados. Cuando llegué al pueblo, aún podía adivinarse el nombre completo a pesar de las baldosas que faltaban, «Viuda de Carreño Luján. Fábrica de harina». Fue por aquí, en este trecho, donde Julián dejó el Land Rover Santana con las llaves puestas; nadie se atrevió a tocarlo. Dionisio, el capataz, tuvo que bajar a por él dos días después del suicidio, cuando el juez dio permiso, y lo devolvió a la casa grande de Las Breñas. Se lo pedirían las mellizas con aire displicente, «vaya usted a buscarlo, haga el favor». Qué golpe tan duro conducir el coche del amante muerto, sentir la huella de sus manos en el volante, su conocido olor pegado al asiento.

—¡Rodaleeee!

Mi grito retumba en el patio.

—¡Rodaleeee! —repito—. Soy yo, Ángela, la de la casa de El Hachuelo, la de los Marotos.

Nada, no recibo más respuesta que los ladridos secos de la perra. La nave del fondo, la más cercana a la tolva del grano, tiene las ventanas tapiadas, como si llevara siglos olvidada del mundo. Cubre los objetos una película finísima que ya no es el polvo de harina en suspensión, sino el velo del abandono. Con los ojos cerrados, trato de distinguir en el aire algún rastro del grano que molió mi padre, la piel blanca de harina, los ojos brillantes de fiebre como un fantasma asmático. Me adentro unos pasos en el recinto amurallado, sin saber por qué almacén empezar a buscarlo. Debajo de los soportales de la cochera, donde debían de colocar los camiones para cargar las sacas, se acumulan cajas de madera de chapa, de las que se usan para la fruta, chatarra, palés apilados, el chasis arruinado de un Ford Escort de color granate y un montón de bolsas de basura. Camino por el piso de cemento cuarteado, por cuyas grietas aflora la mala hierba, tanteando, con la prudencia de quien entra a fisgar en casa ajena. El espantajo debe de tener a la perra amarrada, porque sigue ladrando, pero no sale a mi encuentro. Tampoco Rodales, y es imposible que no me haya oído.

Detrás del porche, a la izquierda, asoma una especie de caseta chata y alargada donde las ventanas que no conservan cristal están tapadas con cartones. Rodales debe de haberse hecho ahí

el nido. Cuelga de un alambre un pantalón húmedo; por lo menos, agua tiene y se lava la ropa de vez en cuando. Arrumbados contra la fachada, el asiento trasero del Ford, con la espuma y los muelles al aire, una persiana enrollada sobre sí misma y los restos oxidados de una lavadora de las de turbina. A dos pasos de la entrada, para que penetre algo de calor en el cuchitril sin dañar la estructura, tiene un bidón de aceite industrial vacío, que debe de usar como estufa exterior, y a los pies, justo al lado, el cerco de tizne y ceniza de una hoguera. Estoy a punto de repetir su nombre antes de traspasar el quicio de la caseta cuando distingo una sombra que se alarga, avanza hacia mí y, de repente, un zarpazo, la oscuridad.

Abro un ojo. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy. Solo la punzada de dolor que boquea en la frente me da un atisbo de lo sucedido. Me palpo la herida con recelo. Las yemas de los dedos reconocen la hinchazón caliente que baja hasta la mejilla, el tacto de la sangre reseca y una desolladura aún húmeda en el arco de la ceja. El muy hijodeputa me la ha partido. ¿Me dio con un palo? ¿O acaso escondía una piedra en la mano que levantó? No sé cuánto rato llevo aquí, tumbada sobre esta colchoneta que huele a ratón, sintiendo la humedad metida entre el anorak y la espalda. Llevo las botas puestas. Con el ojo derecho —no puedo imaginar siquiera el esfuerzo de entreabrir el izquierdo—, calculo el tiempo transcurrido por la luz que entra por los ventanucos, la última luz de la tarde. Los huecos de las paredes los ha tapado con trapos viejos, trozos de porexpán que amarillea y espuma de colchón. Por la puerta entornada del almacén, o lo que leches sea esto, entran hilachas de un humo muy denso, de leña mala. Huele a carne asada. Me incorporo apoyando el peso del tronco en los codos con un ligero mareo, pero asumo que estoy bien, lo suficientemente entera, si no fuera por el pellizco intermitente en la sien y la cargazón de las cervicales. Menudo golpetazo. La escasa claridad todavía permite vislumbrar los clavos en las paredes, de donde cuelgan el sombrero de segador de Rodales, una camisa y una chaqueta raída justo al lado de una estantería con platos desaparejos, vasos y otros enseres que han debido de regalarle en la aldea. En un rincón, patatas esparcidas por el suelo, cubiertas de ceniza para que no se grillen, y más allá, en el otro extremo, el nido donde se acuesta. Se ha fabricado la cama con cuatro bidones de plástico, uno en cada esquina, dos palés encima y un jergón astroso en lo alto. Por lo menos no me ha encamado en su cochambre. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro horas desde que llegué? Tal vez seis.

Me levanto y me aproximo tanteando a la puerta. Justo al lado distingo un viejo generador eléctrico y tres latas de gasolina. Las levanto una a una. Las sopeso. Ni gota; están vacías. No debe de usarlo. Apoyado contra la pared, un rastrillo; lo agarro, por si acaso. Abro la puerta procurando no hacer ruido y observo: ahí está la alimaña, sentado en una silla de plástico de las de jardín, con las piernas abiertas, el abrigo de espiga desabrochado y la perra tendida a su lado. El reflejo de la lumbre le ilumina las arrugas del rostro, enmarcado por las dos crenchas de pelo blanco que le caen sobre las quijadas. Está removiendo las brasas para emparejar el calor bajo las trébedes.

—¡Eh, tú! —aúllo desde el vano de la puerta con el rastrillo bien visible—. ¿Tienes agua?

He debido de asustarlo, porque ha dado un respingo. La perra se aproxima ladrándome pero se planta a unos metros de la puerta, con las patas hacia atrás, como a punto del salto.

—¡Quieta, Curra, quieta! —Rodales me mira fijo, señalándome con la punta del hurgón dos garrafas junto a la lavadora hecha polvo. Tengo un regusto a vinagre en el paladar. Bebo. Agua del río. El cuerpo agradece la materia de la que está hecho. Vierto un poco en el cuenco de la mano

izquierda y me la refriego por la nuca y la mitad intacta de la cara. Duele. La perra se acerca ahora a olisquearme. Doy otro trago mientras percibo la mirada relampagueante del viejo a través de sus gafas empañadas. En cuanto me acerco al fuego, se levanta apresurado, me cede la silla llena de roña y se dirige a la casucha con un renqueo roto, como caminaría una garza cabreada. Me siento y observo las ascuas donde se asa lo que parece una cría de liebre abierta en canal sobre un recorte de somier con los alambres retorcidos. En primavera, casi pueden cogerse con la mano en el monte; los lebratos recién nacidos, cuando aún no han aprendido a huir en zigzag, se ofrecen mansos al caminante, hechos un ovillo, con las orejas pegadas al lomo, inmóviles, convencidos de que en la quietud los predadores confundirán su pelaje con el color pardo de la tierra. Confían tanto en su camuflaje que prefieren no moverse. Como yo.

El viejo sale del chamizo con un balde metálico, una barra de pan y mi macuto, cogido por el asa de cuero, y me lo coloca sobre el regazo sin decir nada. Se sienta en el culo del cubo y sigue estudiándome desde el canto de las gafas, cuya patilla ha reforzado con esparadrapo, sin dejar de mirarme, como si quisiera confesar que conoce el contenido del zurrón, que lo ha revuelto pero no ha cogido nada. Así me gusta. Saco los dos cartones de vino, me quedo con uno y le tiendo el otro, que acepta desconcertado, sin abrir la boca, con una mirada algo demente. Después de todo, traía el vino para él, para engatusarlo, para aceitarle la lengua que tanto ha de contarme.

Lo observo junto al fuego. Voltea la carne y vuelve a colocar el tenedor donde estaba, en un plato, sobre una caja de fruta puesta del revés que hace las veces de mesita. Sus hábitos de solitario, la seguridad de sus gestos lo liberan de la necesidad de hablar. No sabe cómo pedirme disculpas. Quisiera decirme que ha cazado y despellejado la liebre para mí, para que le perdone y recupere el temple después del trancazo, pero calla. Callamos los dos.

La negrura viene echándose sobre los campos. Asido con las tenazas, Rodales me tiende un pedazo de carne montado en pan. Mal no huele, pero no comeré, y se lo doy a entender sacando una manzana del macuto y agitándola en el aire. Tampoco la quiero. Prefiero beber. Arranco la argolla del tetrabrik, pego un trago largo. Él tirenea de la carne, demasiado correosa para tan mala dentadura. Al rato, digo:

—Qué, cabrón, ¿qué te creías? ¿Que entraban a desvalijarte el palacio?

Al hurón se le escapa la risita por el hocico brillante de grasa, se limpia los dedos en la pernera del pantalón y abre enseguida su vino, como si mi comentario liviano le hubiera dado pie. Lo estabas deseando, ¿eh? La barba blanca y la nuez del gaznate suben y bajan con las muecas exageradas de su boca. Con la vista clavada en la lumbre, masculla:

—Creí que venían a por mí. A sacarme de aquí. Hace tiempo que andan rondándome.

Han intentado llevárselo varias veces. Las hablillas del pueblo dicen que durante un tiempo trataron de convencerlo de que abandonase esta ruina y la vida de ermitaño, con la milonga de que en el patronato de los viejos, donde vive la Jacoba, estaría mejor atendido y no le faltaría un plato caliente. Pero él sabe muy bien que lo matarían de encierro; normas y lejía es lo único que pueden ofrecerle. El cura sube a echarle un vistazo de vez en cuando, con el paquete de arroz y la caridad de filfa, mientras que los de la asistencia social, que antes venían de seguido, ahora han espaciado cada vez más los viajes desde la capital. A la mierda con ellos; Rodales no busca la compasión. Yo la detesto.

Las ascuas del asado ya casi se han consumido y la luna, curva y picuda como la hoja de una hoz, apenas arranca sombras en el patio de la fábrica. La perra se entretiene royendo los huesecillos que el viejo le ha arrojado. Es la única hija de la Capitana que sobrevive. La vieja mestiza se nos había escapado y regresó a la casa preñada al cabo de dos meses largos, cuando ya

la dábamos por perdida. Se derrumbó temblando bajo la higuera a parir su prole desmedrada, apartó con el morro a los machos de la camada, que habían nacido muertos, y mi madre se los quitó de al lado para que no se los comiera. No tenía instinto maternal mi Capitana; tampoco yo. Mi madre dijo que ya teníamos bastante con ella y con el lebrél y, aunque se empeñó en regalarlas, nadie en la aldea quiso las hembras por lo que cuesta esterilizarlas. Solo el viejo Rodales aceptó quedarse con esta. Las otras dos se las llevó mi vieja tapadas en un capazo de mimbre para que yo no las viera, pero lo supe. Las ahogó en el río. La odié. Tres días enteros estuve llorando, y dormí en la cámara, lejos de ella.

No debería pensar en esas cosas. No debo.

—¿Cómo dices que le pusiste a la perra?

—Curra —contesta Rodales palmeando el lomo del animal.

—Ven, Curra, bonita —la perra yergue las orejas al oír su nombre en boca extraña; olisquea mi mano tendida y ladea la cabeza, pero no se mueve un centímetro de los pies del amo.

—Es muy asustadiza, la tonta —dice el viejo.

También la Capitana desconfía de los extraños; lo pienso pero callo. Miro el cielo sobre nuestras cabezas, donde una gasa de leche anunciaría tormenta si no fuera porque ya hemos renunciado a creerlo. Apenas ha caído una gota de lluvia desde que empezó el año. Las noches de finales de marzo aún son frías en estas sierras y, como si hubiera intuido que estoy arrecida, el viejo se ha levantado a encender una hoguera en el bidón.

Rodales tiene miedo. Recela incluso de mí. Se lo noto en los movimientos nerviosos, de paraguas con las varillas rotas, en los ademanes acalambrados con que va echando en el tonel de lubricante pedazos de cartón, tablas, támara reseca que habrá recogido en el carrascal y los últimos tizones de la fogata que agoniza a nuestros pies. La pira prende con un fognazo despeinado que aviva el tufo a orina de mi anfitrión y me recalienta enseguida la herida de la frente, obligándome a apartarme de la estufa un par de palmos. Rodales vuelve a sentarse en el cubo y se aferra a su cartón de vino. Me fascinan las llamas. Saltan destellos verdes, chispas moradas, verde charca, verde moho, violeta de petunias mojadas, gris humedad del estudio; me gustaba inventar nombres para los colores que Nigel me hacía mezclar, para los fondos que le pintaba. Negro de huesos, azul tinta, naranja sanguina. Rodales también contempla los brazos del fuego en silencio. La noche viene larga.

El viejo bebe con ansia, escudriñándome de tanto en tanto por el rabillo del ojo. Espero a que el alcohol afloje la desconfianza. El vino traza siempre el mismo recorrido. Comienza por desatar los pies con un ligero cosquilleo, trepa luego hasta el estómago, donde se demora mucho rato, hasta que sus vapores suben a la cabeza. Al final se detiene en la lengua, donde muere transformado en veneno. Lo que más temía de la vida con Nigel era el alcohol. Bebíamos mucho. Nos gustaba beber, a pesar de que el whisky no le ayudaba con la pintura.

—No me reconociste, ¿verdad?

Rodales ni siquiera me mira. Para ganármelo, añado:

—Estate tranquilo; no voy a contarle a nadie lo del garrotazo. Ha pasado y ya está.

—¿Ni al cura? —escupe el viejo, rebulléndose en el culo del balde.

La sabandija se ríe con el hocico hecho un embudo entre los flecos de la barba. Sé que por su cabeza pasan los chismes de la aldea, que el cura sube a El Hachuelo buscando lo que esconde en la entriepierna. Pero callo; no quiero que nos salgamos del surco.

—Tampoco al padre Andrés, no te preocupes.

No me teme tanto a mí y a las represalias del golpe que me ha arreado como al suicidio de don

Julián, a sus consecuencias. Aunque hace mucho tiempo que el molino cerró, después de que los dueños se marcharan a Madrid, el terreno sobre el que se asientan sus ruinas pertenece a don Julián, quien hacía la vista gorda, como en tantas otras cosas, e incluso dicen que le convenía que el guiñapo de Rodales le vigilara el río y la viña. El tiempo ha ido puliendo su trabajo de zapa y dentro de poco, quizá el próximo invierno, el viejo deberá apuntalar la techumbre del almacén donde se cobija, y la hierba devorará las piedras melladas de las demás dependencias, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera existido el molino.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le pregunto.

El viejo contrae los hombros en un espasmo y me mira con desdén, como ofendido por una impertinencia.

—Una montonera de años, yo no echo cuentas —dice—. Por no saber, ni sé el tiempo que tengo, pero rondo los ochenta.

Busco a tientas el tabaco en la talega, saco el librito de papel y, cuando me dispongo a liar un cigarro, Rodales dice:

—Yo sé muchas cosas de la casa grande y de los Jaldones. Muchas.

Ahí te quiero, muchacho. No te me escurras. Vas a desembuchar todo lo que callas.

—Ya lo sé. Por eso estoy aquí —digo.

Me ha salido una voz mansa, casi desconocida. Le tiendo el pitillo y el mechero, que me arrebató de entre los dedos con un gesto huraño porque no sabe hacerlo de otra forma. Chupa bien hondo. Mira la brasa. Suelta el humo por detrás del hombro izquierdo, como si quisiera ahuyentar al diablo. Vamos, pingajo, habla. Voy a arrancarte el pellejo a túrdigas, hasta dejarte en las raspas.

—Cuando la guerra partió la serranía en dos y nadie sabía dónde estaba cada quién, y después, cuando algunos se echaron al monte, las gentes se llegaban hasta El Hachuelo, con una gallina o con algo de matanza, para preguntarle a tu Emeteria. Y ella lo averiguaba a veces leyendo la superficie de un lebrillo con agua.

Finjo que no me interesa lo que acabo de oír y sigo pellizcando hebras de tabaco para rularme mi cigarro.

—A ti te han contado patrañas, muchacha. Tú no sabes nada.

Bien, Rodales, muy bien. Estamos en el punto exacto adonde yo pretendía llegar. El punto de partida.

—He venido para que tú me cuentes la verdad.

—¿La verdad? Tendrás que darme una propina. *Leuros, leuros*.

—No tengo un duro; lo justo para ir tirando. Pero no te faltará el vino.

Rodales revira el cuello, me mira sorprendido y se mete de nuevo en el silencio. Vuelvo a enhebrar la aguja despacio, con la respiración contenida. Insisto:

—Llegué a conocerla en alguno de los veranos que veníamos al pueblo, pero apenas me acuerdo de ella; era muy pequeña cuando murió. Mi madre decía que se había vuelto loca.

—A la Emeteria quisieron volverla loca entre todos, que no es lo mismo —dice Rodales con tal convicción que me lo creo.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

La tortuga se mete otra vez dentro del caparazón. Doy dos o tres caladas al cigarro sin saber qué decir. Es el primero desde el golpazo y me produce una ligera náusea. No sé cómo conducir la conversación, cómo meterlo en el redil sin que se asuste ni descubrirme en exceso.

—Yo vi en cueros a tu Emeteria —dice riéndose, sin mirarme—. Tenía buenas tetas, de las que entran en una mano.

Vira el rumbo. Se resiste a que penetre en esa cabeza para llevarme lo que me pertenece. Digo:
—¿Es verdad que la amarraban a los barrotes del cabecero?

Mal, Angie, pésima jugada. Ve con más tiento, sopesa antes lo que vas a decir, afina la paciencia en vez de entrar a degüello. Nada. Silencio. No contesta. Se ha levantado a avivar el fuego con un palo chamuscado y arroja más chasca al bidón renegrido. Cuando empiezo a creer que he arruinado la aproximación, el viejo suelta una risotada agria y dice:

—¿Amarrarla? Ya lo creo. La amarraban a la cama, con sogas y cinchas de cuero, para que no se escapara a trincar con el hijo de la señora, la que se tiró al pozo. Estaban poseídos los dos.

Rodales se arrea otro trago de vino y suelta:

—Y tú ¿qué? ¿También te gusta la jodienda?

Callo. Finjo no haber escuchado la provocación pero, de repente, me veo a horcajadas sobre la verga de Nigel, rota de placer, la cara bañada en lágrimas de alegría, de felicidad en el acoplamiento de la carne y el espíritu. Al principio podíamos quedarnos días enteros encerrados en el estudio sin que nos importara el reloj, de la cama a la cocina, sin que nuestros cuerpos agotaran su caudal. Sé que, si me concentrara, podría revivir el olor de su cuerpo, incluso el de su saliva. Él me llevaba trece años; en aquel tiempo éramos los dos aún muy jóvenes. «*You are pure sex.*» Días con el mundo detenido, a base de té y huevos cocidos. Días mirándonos a los ojos ridículamente, sin que hubiera diferencia entre amar, posar y pintar. Aprendí a hacerlo; me abstraía del agarrotamiento de los músculos, las ganas de orinar, el picor en la punta de la nariz. No me movía. Unas veces me convertía en piedra; otras, en esponja marina. Nigel llenó las paredes de fragmentos de mi cuerpo, esbozos al carboncillo: el arco del pie, las nalgas, los nudos del espinazo, la curva entonces insolente de los senos. Los ojos, también: «Hay tanta soledad en tu mirada». Comprendí que posar para Nigel significaba disciplina y sumisión, y así lo hice, lo mismo en la vida compartida con él. No me importó dejar de percibirme como algo separado y distinto de él. Yo posaba entregándome y él me permitía adentrarme en los pasadizos más oscuros de su mente. Fui la única, la mujer que llegó más lejos. Tal vez pude ir más allá, pero ¿cómo vas a abrirte en canal para unirte a quien amas? Soy la pasión, la ceniza que permanece después. «*Angie, Angie, they can't say we never tried.*» Oh, sí, claro que lo intentamos.

La voz de Rodales me arranca de Londres, de lo mejor de mi juventud. Dice:

—Tu abuela Emeteria se enamoró hasta las trancas del hijo de la ahogada.

¿Abuela? No sé qué está diciendo. Le corrijo.

—Querrás decir mi tía. La Emeteria era hermana de mi padre, la única hembra de los Marotos.

—Ese es el cuento chino que quisieron hacernos creer.

Rodales me mira ahora muy fijo, como si quisiera taladrarme, ya sin rastro de recelo, con una voz alcohólica segura de su verdad. El vino está haciendo su trabajo.

—Mintieron todos, tu gente y los Jaldones, como si estuviesen conchabados a pesar de lo que se odiaban —dice—. Pero yo los vi, y no una vez ni dos, a tu abuela Emeteria y al hijo de la ahogada. El señorito Casiano, le decían. Los vi jodiendo aquí en el río, siempre escondidos, hasta que se corrió la voz entre los peones y tenían que escaparse a la choza de la majada o a las ruinas del cortijo de La Hondonada para el fornicio. A tu abuela la echaron de la casa grande.

El relato prosigue con una maraña de nombres que apenas conozco de oídas, con una estela de omisiones y muertes violentas a la que trato de poner orden a medida que asimilo, intentando arrancar sentido a las aparentes contradicciones, como quien levanta una pared ladrillo a ladrillo

al mismo tiempo que amasa el cemento. Sabía que los míos se habían tragado la vergüenza de que la Emeteria entrase a servir en Las Breñas, no tanto por la pobreza sobrevenida —a eso se acostumbra uno—, como por tener que hincar las rodillas ante quienes les habían usurpado las tierras de El Hachuelo por cuatro ochavos. Mi madre entretejía la herencia oral que arrastraban desde la aldea con una distancia fantasmal, como si no le perteneciera, como se cuentan las historias de aparecidos, con un escalofrío pero sabiéndose a resguardo. Yo había llegado a imaginarme a la Emeteria cruzando las tierras de los Jaldones, los mismos campos y carrascales que he hollado hasta llegar al molino, sus ropas de criada arrebuajadas en el hatillo, sola y de noche, tal vez humillada pero sin miedo. Rodales jura que hasta tres veces se llegó hasta El Hachuelo con recados del señorito Casiano, el padre del señorito Julián, la primera con las intenciones de frente y por la puerta grande, pero los hermanos de la Emeteria lo echaron de la casa a empujones, y no recuerda cuál de los dos, si Aniceto o Paulino, pegó varios tiros al aire con la escopeta de caza para que el miedo retumbara en el trigal, entre los jarales y aún más allá, donde empieza el sendero de las lomas. En una ocasión, en plena temporada de la aceituna, logró colarse en la casa por las bardas del corral, después de haber hecho guardia escondido en una cárcava, el cuerpo mojado de escarcha, hasta que el sol blanquecino del invierno llegó a lo alto y la madre de la Emeteria, la Josefa, enfiló hacia el tajo con el almuerzo para los hombres. Rodales dice que atravesó el zaguán susurrando el nombre de la Emeteria, subió las escaleras, entró uno a uno en los dormitorios hasta que la encontró en el suyo amarrada a la cama.

—Yo hice lo que me había pedido el señorito: corté las cinchas para que la Emeteria escapara.

En el recuerdo familiar, la Emeteria era la tía solterona que acabó encerrada en sus silencios y sus sahumeros, la cuñada áspera que se alimentaba del aire, atrapada en el mundo de los muertos. Sin embargo, en la versión de Rodales, la Emeteria había vuelto a la casa, la casa donde vivo, pero siguió viendo a Casiano Jaldón, el hijo de la ahogada. Fue el señorito Casiano quien la preñó.

—La Emeteria parió un niño a escondidas en El Hachuelo. Ese niño era tu padre —remacha.

Rodales habla y habla, hechizado por el fuego y el vino, sin burlas ni interrupciones, como si yo no estuviera escuchando que la Emeteria dio a luz a mi viejo en su cama, la misma cama donde duermo, sin partera ni veterinario, con la única ayuda de su madre porque no había otra hembra en la casa, y que la obligaron a destetarlo enseguida, como a un chotillo enfermo, para que nadie, ni siquiera los nuestros, tuviera el valor de confundir los hechos. Fue la madre de la Emeteria, la abuela Josefa en el relato familiar, quien puso más empeño en reconstruir la verdad: mi padre, que era su nieto, iba a ser un hijo de su carne alcanzada ya la cincuentena, un niño nacido a destiempo, el niño que a partir de entonces iba a ser el hermano pequeño de la Emeteria y de los otros dos varones. Eso contó en la aldea para ocultar la deshonra.

—¿Y cómo fingió el embarazo la Josefa?

—Ya ves tú, con un bulto en la faltriquera. Luego se encerró en la casa a esperar a que su hija Emeteria pariera. A las comadres les contó que, a su edad, había estado a punto de perder el niño en las fatigas del campo.

Los años se encargaron de que la invención cuajara.

—Se conoce que las mujeres de tu cepa tenéis la sangre muy caliente —dice.

No entro al trapo, no quiero que se desvíe. Ataco.

—Estás mintiendo.

Rodales se ríe. Replica que no necesita justificarse, que metía el hocico en cada rincón, en comadreos y conversaciones ajenas, sin que a nadie pareciera importarle porque lo tenían por

necio, el tonto del pueblo, un despojo, el niño de incluso que empezó de porquero en Las Breñas y allí siguió haciendo faenas de peón hasta que el vino lo desbarató.

Una pausa repentina. Solo se oye ahora el crepitar de la fogata y, más allá, entre el tapial dentado de vidrios y los chopos que descienden hasta el río, el canto fúnebre de un mochuelo.

—¿Cómo te llamas en verdad? —le pregunto.

—Fermín Expósito Expósito, para servirla a usted —contesta riéndose, como si su relato constituyera una minúscula venganza contra todos, contra los Jaldones, contra la aldea entera, contra mí, por haber querido saber demasiado.

—Así que el hijo de la ahogada preñó a mi tía Emeteria...

—Tu abuela, querrás decir.

—Si la preñó el señorito, entonces mi padre y Julián son medio hermanos. Hermanos de padre.

—Tú verás.

Esperaré a que claree. No tengo fuerzas para volver sobre mis pasos tanteando la embocadura de los senderos en la oscuridad. Aunque sería incapaz de tumbarme otra vez en la colchoneta, ni siquiera de echar una cabezada aquí, en la misma silla, estoy exhausta, partida en dos mitades, entre la que piensa y la que ahora musita:

—¿Cómo sabré que dices la verdad?

El espíritu de la Emeteria

Yo no estoy loca.

Mi cerebro se tensa como el pellejo de un tambor, pero no estoy loca. Tampoco estaba borracha; anoche bebí el vino justo. Y ya estaba despierta cuando pasó lo que pasó. Aunque duermo poco, en lapsos entrecortados, llegué tan derrengada del molino que me acosté antes de mi hora y en algún momento debí de sumergirme en las honduras del letargo a pesar de que el moratón de la frente me molestaba con el roce de la almohada. A eso de las cuatro de la mañana me desvelé, y ya no quise volver a intentarlo. Bajé y avivé la lumbre de la cocina, aprovechando que habían quedado algunas brasas, y aguardé a que abriera el día contemplando la belleza de las llamas y picoteando a ratos el libro del cura, el último que me ha prestado. El curita se descubre en las frases que ha subrayado de forma minuciosa, con lápiz y regla. ¿Pretendía decirme algo? Leo: «Dice que él le mordía los pies diciéndole que eran como pan dorado en el horno. Que dormía acurrucada, metiéndose dentro de él, perdida en la nada al sentir que se quebraba su carne, que se abría como un surco abierto por un clavo ardoroso». Otra: «Hay pueblos que saben a desdicha. Se los conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo». Al oírme trastear, la vieja Capitana bajó conmigo a la cocina y se tumbó a mi lado, entre el butacón y el fuego. Pluto suele dormir fuera, en el cobertizo.

Como no podía concentrarme en la lectura, dejé el libro sobre la repisa de la chimenea, volví a sentarme y cerré los ojos. Enseguida me vino mi padre al pensamiento, mi padre sonriente en el último momento de felicidad que vivimos juntos. Fue un domingo. Una mañana fría de febrero, espléndida, azulísima. Propuso que nos fuéramos caminando los dos solos hasta el castillo de Torre Baró, y me pareció la mejor idea del mundo. Mi madre no protestó ni insistió en que volviéramos puntuales para el almuerzo. Compramos churros por el camino. Como a mi padre le fallaban los pulmones mientras repechábamos por la cuesta, teníamos que detenernos de tanto en tanto para que la respiración se le acompañara. A ninguno de los dos nos importaba. No teníamos prisa. Eran escasas las ocasiones en que podíamos estar solos fuera de la casa y caminar juntos cogidos de la mano. Aunque ya lo habían echado de la fábrica, las manos de mi padre aún parecían arenisca de tan ásperas. A mí me gustaban. Mi padre llevaba una bolsa de rafia, la que usábamos para ir a comprar al economato, y aun cuando debía de pesar no dejó que le ayudara agarrando un asa. «¿Qué llevas ahí?», le pregunté. «Un tesoro que vamos a enterrar», dijo. No le creí, pero me hizo gracia y le seguí el juego. Casi en la cima de la colina escogimos un arbusto, cerca de la torre de alta tensión, para esconder a sus pies lo que llevaba en la bolsa, dentro de un hoyo que excavamos con dos cucharas soperas y una paleta de obra. Nuestro entretenimiento no parecía despertar el mínimo interés de las personas que pasaban por nuestro lado. Mi padre sacó tres paquetes muy bien envueltos en bolsas de basura y los metió en el agujero. «¿Qué hay dentro?» «No preguntes tanto y fijate bien en todo para que nos acordemos cuando volvamos a desenterrarlos — dijo—. Cuando lleguemos a casa, tú, que sabes dibujar, me harás el mapa del

tesoro, de nuestro tesoro.»

Justo en ese instante, cuando estaba esforzándome por recordar sus palabras precisas, empecé a notar una vibración extraña en la casa. Lo que sucedió a continuación no me atemorizó. No soy miedosa. Aprendí de niña a convivir con los muertos, y, como me enseñó mi madre, la noche de difuntos les pongo mariposas de aceite para que cada uno baile en su llama, así que no puedo decir que me devorara el terror, pero el estremecimiento aún me dura. Sigo paralizada, expectante. Tal vez el hecho de haber pensado en mi padre, de haberle evocado de forma tan vívida, favoreció su aparición. La percibí como un temblor en la cocina que terminó condensado en un resplandor tenue al principio, apenas una silueta enmarcada en la embocadura de la escalera que lleva a las habitaciones, como si acabara de bajar los últimos peldaños. También la perra debió de notar su presencia puesto que ahogó un gruñido e irguió las orejas, la parte del cuerpo donde conserva algún rescoldo de curiosidad. La acaricé. Tenía los pelos del espinazo erizados y los músculos en tensión, dispuestos a emprender la huida, pero al sentir mi contacto, las palmadas en el lomo, pareció sosegar. Poco a poco, la figura desvaída tomó la forma de una mujer vestida de luto, ojerosa, con el cabello blanco recogido en un rodete sobre la nuca. La veía como a través de un vidrio esmerilado, como si estuviera sumergida en gelatina, pero podía distinguirle las facciones, la expresión adusta y a la vez angustiada.

Comprendí enseguida que el espíritu de la Emeteria había venido a visitarme, si es que alguna vez salió de El Hachuelo. Habló sin hablar. Me dijo que allí, al otro lado, todo estaba como tenía que estar y, sin embargo, el reconcomio le impedía descansar en paz. No pronunció exactamente reconcomio ni desasosiego ni resentimiento, pero fue lo que quiso transmitir. Los muertos no necesitan articular palabras para hacerse entender.

Empezó por el principio, por la simiente huera, por la abuela del señorito Julián, la gran placenta de la camada. La Emeteria vio cómo la sacaban del pozo y tendían su cadáver mojado sobre la gran mesa de nogal, y cuando las demás sirvientas de Las Breñas le preguntaron por qué había dejado la cuerda colgada del brocal, ella contestó lo que le indicó la muerta: por si el alma se le desesperaba buscando la salida. La señora había dejado un hábito franciscano cuidadosamente extendido sobre su lecho, las mangas de sarga en cruz, antes de salir a encontrarse con la de la guadaña. Los Jaldones saben acomodarse bien a los embustes, precisó la Emeteria, de manera que ni siquiera necesitaron una dispensa del obispo para sepultar a la señora en sagrado, como si nada, como si hubiese muerto en su cama de enfermedad o sobrepeso. Apenas se oía el jadeo de la Capitana, que temblaba entre mis piernas.

Intento unir uno a uno los parches de la revelación, o lo que fuera, pero la historia de la Emeteria venía cosida de una pieza, sin vacilaciones ni meandros, precisa en su desarrollo cronológico, con la urgencia que solo tiene la verdad. Tras el suicidio de la matriarca, la vida recuperó el pulso en la hacienda y, a los pocos años, el viudo Jaldón volvió a casarse con una forastera que no le dio más descendencia. La Emeteria siguió sirviendo en Las Breñas, lavando sábanas con jabón de sosa, planchando mantelerías y los vestidos de organza de las mellizas, y solo bajaba a la casa de El Hachuelo un par de días al año, entre las Navidades y el final de la aceituna. Cumplió los diecisiete sin darse cuenta.

El señorito Casiano no la forzó; las habladurías de la aldea fueron embustes. Tanto la Emeteria como el hijo de la ahogada sabían que estaban contraviniendo el orden natural de las cosas, que tarde o temprano los descubrirían, y aun así no podían dejar de buscarse enredando su rastro como hacen los jabalíes. No era amor ni ternura, sino un ansia voraz, el empeño de estrujar el deseo antes de verlo consumirse. El ardor los espoleaba. Aunque la echaron de Las Breñas, la Emeteria

volvió a ver a Casiano a escondidas con la complicidad de un mozo de la finca —pensé en la noche en vela junto a Rodales—, hasta que en un encuentro convenido, justo el siguiente de haberle confesado que estaba embarazada, después de volar sobre el desfiladero sin notar siquiera los arañazos de las zarzas en las piernas, el señorito ya no se presentó en la choza de la majada. Los Jaldones lo habían confinado a Madrid y él se dejó arrastrar. La Emeteria quiso dejármelo bien claro para que no lo olvidara: fue el señorito Casiano, el padre de don Julián, y no otro, quien la preñó con la semilla de mi padre, y Gabriel Maroto fue el hijo de sus entrañas aunque la obligaran a mentir, a vivir como si fuera su hermano para encubrir la vergüenza.

Siguió hablando sin hablar. Muy pronto llegaron los estragos de la guerra. La violencia que se alimenta a sí misma arrolló a los dos hermanos de la Emeteria, los auténticos: el mayor, Aniceto, falleció en el frente, y Paulino se echó al monte junto con un puñado de hombres cuya enumeración aún me confunde. El Cárabo, Eusebio Aguilera y su hermano, el Campanero, Martín Bermúdez, el Tío Chova, Jarote y así hasta una partida de diez braceros de la aldea y las pedanías del valle, diez muertos de hambre a cargo de Diego Ayora, el Manco de la fragua. A la Emeteria la purgaron, le pelaron la cabeza y la pasearon en andas por las calles del pueblo para que dijera cuanto sabía. No soltó palabra. Las vejaciones ocurrieron en el cuartelillo de la guardia civil de El Salobral. Quise confesarle que allí mismo sentí un estremecimiento cuando fuimos a dar parte del suicidio, pero al final me abstuve por no interrumpir el relato.

El grueso de la partida resistió en la huida dos años largos. En su invierno final se habían atrincherado en el cortijo abandonado de La Hondonada, adonde la Emeteria, en una ocasión, fue a llevarles una saca de garbanzos y un par de mantas tras recorrer seis horas de mal camino desde la aldea, con un puñado de luciérnagas envueltas en un pañuelo para no perder los senderos en la noche. Justo cuando el tedio comenzaba a hacer mella, cuando discutían la necesidad de levantar el campamento por haberse confiado demasiado, les echaron el cerco una mañana de febrero, fría como la hoja de un cuchillo. Les tenían ganas. En cuanto rodearon el perímetro del cortijo, desde los palos de los almiarés hasta la vieja sementera, los asediadores aullaron como perros de presa para amedrentarlos. No se anduvieron con miramientos. Arrojaron dos cartuchos de dinamita contra el portalón, y luego, sin pausa, varias ráfagas de ametralladora percutieron en los muros de mampuesto, en el tronco del ciprés, en la chapa que cegaba las ventanas de la antigua gañanía. Se oyeron gritos en el interior. En el primer embate cayó Tío Chova. Los demás aún resistieron media hora respondiendo con una pistola Star y un fusil de asalto y, aunque al final arrojaron las armas, no tuvieron compasión: uno a uno les descerrajaron sendos tiros en la cabeza, y se ensañaron con los cadáveres de los cabecillas. A Diego Ayora, el Manco, y a Paulino, el hermano menor de la Emeteria, les sacaron los ojos con un machete de monte y les cortaron la lengua y la bolsa de los testículos. Después, los asaltantes arrastraron los cuerpos por los pies, los agruparon en el patio del cortijo, los apilaron, los rociaron con queroseno y les prendieron fuego. Uno de los guerrilleros, a quien el ataque había sorprendido en la letrina y logró reptar hasta esconderse en el comedero de una zahúrda, logró sobrevivir a la matanza y cruzó la sierra a pie para dar cuenta en El Hachuelo de lo sucedido. Al día siguiente, la Emeteria, su padre, el abuelo Manuel, y un sobrino de Tío Chova atravesaron de nuevo el monte con tres mulos para enterrar allí mismo los despojos achicharrados. Nadie los ayudó. Nadie quiso saber. Nadie recordaba que aquellos hombres hubiesen existido siquiera. Unos diez días después de su huida, el correo que había avisado de la masacre apareció deshecho a balazos en el barranco del Olvíjar.

La Emeteria y Casiano, el padre de mi padre, aún volvieron a verse una única vez, cuando ya habían pasado treinta años desde la degollina en La Hondonada. Ella regresaba de coger

tagarninas cerca de la casa del humedal; él iba al volante de un coche por el sendero que enfila hacia Las Breñas. Casiano conducía muy despacio, sin levantar polvo apenas, e hizo ademán de detenerse, pero cuando la Emeteria le clavó los ojos desafiantes en los suyos a través de la ventanilla, él apartó la mirada y reanudó la marcha. Pocos días después de aquel último encuentro, Casiano se colgó de la jácena de la cuadra: ya no pudo seguir rumiando la culpa de la omisión durante más tiempo. No había sido él quien aventó dónde se ocultaban los hombres que se habían echado al monte, pero supo del plan urdido por su padre, los caciques y el dueño de la vieja alquería, quien primero les había dado cobijo. Casiano se enteró también de la delación a la guardia civil y, sin embargo, no movió un dedo. La Emeteria no le reprochaba tanto el silencio sobre la suerte que aguardaba a la partida de guerrilleros —intuía que tarde o temprano Paulino reventaría como una breva madura— cuanto que no acudiera a la cita en la choza de la majada y la abandonara con su semilla en el vientre.

La Emeteria me advirtió también que mantuviera los sentidos alerta. Que llevara cuidado, que resistiera. Pregunté de qué, quise saber por qué había venido a visitarme, pero me encontré hablando sola en voz alta. Fue entonces cuando el espíritu de la Emeteria se desvaneció, dejando tras de sí un olor a humo frío de chimenea. Si había tardado en corporeizarse, su desaparición, en cambio, fue rápida, casi brusca, un fagonazo de luz, una corriente invisible que rotó sobre sí misma, se aproximó hacia mí y ejerció una presión fortísima en ambas muñecas, como si me estuviese agarrando los pulsos con una última súplica. La Capitana dejó de temblar.

Sé que el espíritu de la abuela Emeteria dijo la única verdad y que no volverá a manifestarse, pero no se ha marchado. Ni su espíritu ni el de sus hermanos ni el de sus padres ni el de los padres de sus padres. Tampoco el de mis viejos y sus medias verdades. ¿Hasta dónde supieron? ¿Cuánto me ocultaron? ¿Tenían conocimiento de que la inquina hacia los Jaldones iba más allá de las lindes? Pienso en mi padre y sigo percibiéndolo ausente, extraviado. No sé nada del niño que fue en esta misma casa. ¿Fue un chiquillo alegre? ¿O más bien hacia dentro y algo cruel? ¿Jugaba con las lagartijas? ¿Observaba hipnotizado cómo el rabo seguía moviéndose después de cortado, buscando desesperadamente la otra parte del cuerpo? ¿Acaso supo la verdad? ¿Llegó a saber que era el hijo de la que llamaba hermana? ¿Se lo contaron? ¿Lo averiguó él? ¿Supo que llevaba la simiente negra de los Jaldones? Cualquier secreto, por oscuro que sea, logra con el tiempo separarse del cieno del fondo para aflorar.

El rencor no era solo por la tierra, por los derechos de paso y porque el manijero de Las Breñas le negara siempre las peonadas a mi padre. Ahora comprendo que el odio también está hecho de carne, sangre, huesos y obsesiones. Jaldones y Marotos estamos amasados con el mismo barro, entreverados en una estirpe que mata o se quita la vida. ¿Hasta dónde? ¿Acaso supo mi viejo que Casiano, su verdadero padre, se ahorcó a los sesenta y pico? Algo debió de saber. Puedo imaginar la escena, en algún verano alejado en el tiempo, cuando todavía bajábamos al pueblo desde Barcelona, un corrillo en la taberna, a la hora de la chicharrera. «Fue el herrador el primero en verlo»; «dicen que se había orinado encima, el señorito Casiano, y que la tenía bien tiesa cuando lo descolgaron». Y un chato de clarete, y enseguida otro más para empapuzar la memoria en vino. «Eh, tú, Maroto, ¿no dices nada?» Y las risotadas, el ejercicio colectivo de una mordacidad defensiva. Y mi padre sonámbulo de regreso a la casa, por la calle Mayor desierta, bajo la cal ardiente, calculando la hora en las sombras proyectadas a lo largo del camino hacia El Hachuelo. Por eso se escapaba a la soledad del cerro. Por eso quiso largarse de aquí, para huir de la vaharina invisible.

Acabo de regar el huerto. Después de la aparición de la Emeteria, contemplo desde fuera la

casa, esta casa que me ha salvado la vida. Sentada en el poyo pegado al alpende, miro con los ojos de una extraña la mesa de obra, el ciruelo, la cancela de hierro, el emparrado que, guiado por los alambres, recubre la entrada, el horcón del pozo y las dos cisternas. Es veterana, la parra. Da uvas agraces que solo nos atrevemos a mordisquear las avispas y yo, pero aquí encontró su lugar en el mundo para ensanchar los brazos, y, en cuanto asome el verano, su sombra agradecida se alargará hasta el lavadero. También yo hice de la casa mi refugio, y así la quiero, con sus cicatrices, los caliches en el encalado, las goteras en la cámara y la luz pinchada de un poste del tendido. La casa está rota, como yo. No tengo lazos con casi nada y tampoco temo la soledad: mis muertos me acompañan.

Un tordo arranca a volar desde un mechinal del tejado. La luz se derrama sobre el baldío reseco, arrancando aquí y allá incandescencias en las cabezuelas de los cardos y en los tallos de la avena loca que, mecidos por la brisa, se ondulan hasta las encinas y la orilla del sendero. El sol es ahora un melocotón, y el cielo sobre el que se recorta el cerro, un tumulto de naranjas, rojos y violetas. La luz, la luz, el misterio de la luz... Nigel sabía distinguir la luz del miércoles de la de un domingo. Decía que en Londres la mejor para pintar era la de primera hora, y se levantaba a las seis a trabajar aunque nos hubiésemos acostado borrachos. Tenía la resistencia física de un mozo de cuadra y las manos de un carnicero.

Lo conocí gracias a una combinación de azar, arbitrariedad e inconsciencia después de que Sally hubiera conseguido un sobresueldo aparte de lo que ganábamos en el pub posando desnuda en la academia de Saint Martin's. Una tarde de octubre, mientras la aguardaba en el vestíbulo entre el revuelo de profesores y estudiantes, me entretuve leyendo el tablón de anuncios y me fijé en el de un pintor llamado Nigel Tanner que pedía una modelo de cabellos oscuros para su estudio particular, una mujer de entre veinte y treinta años. «Pues claro que vas a ir, no seas tonta. Lo peor es el momento de desvestirte, lo que tardes en quitarte las bragas y el *bra*; luego ya no importa. El truco para no moverte es pensar en tus cosas.» *Lay down, Sally*. Le encantaba la canción; decía que Eric Clapton la había escrito para ella. Yo entonces no usaba sostén.

La primera vez, cuando llegué a la puerta del estudio, volví a sacar el papelito del bolsillo del abrigo, como hacía mi madre con las señas de las casas donde limpiaba, para comprobar la dirección, aunque ya me la sabía de memoria: número siete, Kitchener Street. Nigel vivía por la zona de Bermondsey, después del puente de la Torre, donde el curso del Támesis empieza a dibujar el meandro con forma de lengua y las aguas son más profundas, allí donde comienzan las dársenas del puerto con sus astilleros en ruinas. El paisaje, el recorrido desde la estación de tren hasta la casa, también lo aprendí de memoria: los viejos tinglados, los graznidos de las gaviotas, sus zambullidas en el río en busca de alimento, los embates del agua contra el légamo verde en los diques, el aire de resistencia inútil del barrio que la codicia había puesto en demolición, el olor a canela y pimienta, el edificio chato y anodino, de ladrillo rojo, con más trazas de taller mecánico que de atelier, y la puerta metálica, tal como me había anunciado la voz al otro lado del teléfono: «La dejaré entreabierta; el timbre no funciona». Entré sin saber que me quedaría bajo su poder, como una liebre hipnotizada.

Nigel debió de darse cuenta de que había llegado la visita que esperaba, pero no se movió ni se dignó apartar la vista de la tela. Siguió trabajando, como si yo fuera invisible; entonces lo era. Sus manos, aunque enormes, deslizaban el pincel sobre el lienzo con una delicadeza exquisita bajo la luz que descendía a desgana desde las claraboyas del techo, compensada con la bombilla de un

flexo. El desbarajuste parecía clarearse detrás del biombo, en la zona habitable del estudio. Alrededor, una mesa de caballetes atestada de libros, fotografías y un plato con los restos de un pollo asado; una bañera esmaltada con patas de león; la alfombra de papeles de periódico, una sartén nueva que había usado para mezclar colores; una saca de arena de albañil; pinceles y brochas secos, un calcetín apelmazado de pintura; esponjas, rasquetas, cuchillos, tubos a medio usar de Winsor & Newton, aerosoles de acrílico, latas de albóndigas Fray Bentos vacías, un mortero de mármol, un secador de pelo, una rueda de bicicleta con los radios rotos. Aunque el inventario detallado del caos lo hice en los días que siguieron, me llamó la atención una frase escrita a brochazos rojos sobre la pared del fondo, detrás del rincón donde estaba pintando: «Ser artista es fracasar como nadie se atreve a fracasar». La estancia olía a disolvente, pero no me desagradó. No sé cuánto tiempo tardó en volverse, pero en el recuerdo se me hace una eternidad. Carraspeé. Cuando al fin lo hizo, cuando me miró, hubo una rara atracción entre nosotros, inexplicable. «Vienes por el anuncio, supongo», dijo, y a continuación se secó las manos en un retal de pana, se levantó del taburete y entró en el cuarto contiguo, en lo que parecía la cocina. Volvió al rato con dos copas de cristal bueno y una botella de vino, un tinto francés cuyo nombre no podría recordar. Nos sirvió a los dos, dio un sorbo, lo paladeó y alzó su copa unos centímetros por encima de la cabeza para que incidiera en ella la luz del flexo. «Este vino... Acércate, mira qué tonos de rojo... Rembrandt.» Evitaba mirarme de frente. Inclino la copa suavemente a un lado y hacia el otro observando la lágrima en el cristal, mientras susurraba matices que entonces yo no habría sabido distinguir, rojo oscuro, granate, rojo de Venecia, almagre, hematita, rojo de Falun, púrpura cardenal, herrumbre, carmín granza, bermellón persa, escarlata. Aún no me había preguntado el nombre. «*Welcome to my empire of dirt*», dijo. Su imperio de basura.

No me hizo desnudar ni la primera ni la segunda ni la tercera vez, y fue a la cuarta cuando me atreví a preguntarle por la frase pintada en la pared. Me respondió que era de Samuel Beckett. Aprendí también en esa ocasión que la esencia de trementina produce un efecto euforizante, bien distinto al de aspirar cola de carpintero. Estaba desnuda, pero no me tocó. Sucedió en la quinta. Cuando entré puso la *kettle* y varias ollas de agua sobre la hornilla, y para hacer tiempo hasta que se calentara me ofreció un té. No podía dejar de mirarme. Cuando estuvo lista, me quitó la ropa, me deshizo la trenza, me dijo que me metiera en la bañera y vertió sobre mí el agua templada y tallos de flores, iris azules y gladiolos blancos. Se sentó frente a mí en el taburete. Recuerdo el silbido del hervidor y el susurro del carboncillo sobre el papel. Después me hizo el amor ahí mismo, sobre los periódicos, mojada y fría. Yo entonces ni siquiera sabía que Ofelia era la prometida del príncipe Hamlet ni que se volvió loca. Tampoco sabía que se ahogó en el arroyo.

Seis meses después, estábamos viviendo juntos y ya sabía cuál era la proporción exacta de pigmento para imitar el tono de mi piel, blanco plata, negro marfil, siena natural. Éramos ya dos caníbales tiranizados por la carne, por el sexo hasta la extenuación, el único lugar que parecía seguro entonces.

Los ladridos de los perros me sacan del ensimismamiento. Debían de andar escarbando bajo la hiedra, y ahora atraviesan corriendo el patio y la cancela. Alguien se acerca. Me levanto, voy tras Pluto y la Capitana y atisbo dos figuras en la vereda que conduce hacia el encinar. La luz menguante apaga los colores, pero a medida que me acerco distingo la piel oscura de Ibrahima. Viene arrastrando la bici y cargado de bolsas. El que camina a su lado con dos maletas debe de ser Blancanieves, el ucraniano. No traen buen semblante.

—¿Qué te has hecho en la cara? —pregunta Ibrahima con la vista fija en mi pómulo, donde el cardenal se extiende como una mancha de vino desde la ceja partida.

—Es largo de contar.

No me apetece explicarle ahora la velada con Rodales ni el magnífico recibimiento que me dispensó. Ibrahima aparta la mirada con una mueca que parece desdén. ¿Tú también, Ibra? Sé lo que está pensando, la caída de borrachuza que imagina, pero cambio rápidamente de asunto:

—Y a vosotros ¿qué se os ha perdido por aquí? ¿Adónde vais con tantos bultos?

—Yo solo me quedaré una semana o así —dice Vitali—. Si a ti no te importa, Ángela.

—Pero ¿qué pasa?

—Nos han echado —anuncia Ibrahima—. Las mellizas ya no nos necesitan ni quieren que sigamos viviendo en Las Breñas. El Dionisio nos ha acercado en coche hasta la punta del sendero.

Una ciénaga de tiempo encharcado

El ciruelo de la Emeteria ha florecido con un blanco tan puro que lastima la vista. Ahora que el sol le da de pleno, las flores arden de blancura y las hojas me dibujan su sombra en la piel de los párpados. Con los ojos achinados, la corteza es verdiazul. Tumbada sobre la manta vieja, debajo del ramaje, me concentro en el zumbido de una abeja borracha de néctar y en el susurro de la navaja. Chas, chas, chas. Ibrahima está cortando una vara de olivo al estilo pastor, sentado junto a mí, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el tronco. La cicatriz de la canilla resalta con esta luz; le arrearon un buen tajo. Me contó que, cuando ocurrió la pelea, trabajaba en el turno de noche de un matadero donde le habían hecho un contrato con los papeles de otro. De otro negro. Seiscientos euros al mes y un camastro en una nave contigua a la fábrica, donde resultaba imposible dormir de día por el calor, las moscas y el continuo trasiego de camiones. Sangre, vísceras, cuchillos, hombres solos... Hace ya tres años que nos conocemos y, aunque le he dado muestras de que puede confiar en mí, sigue escurriéndose con la habilidad de una culebra de agua. ¿Fue una deuda de dinero?, ¿una mujer?, ¿el embrollo mismo de los papeles? ¿O las tres cosas a la vez? Lo malo tiende a juntarse. Fuera lo que fuera, se enzarzó en una reyerta fea y tuvo que huir con una herida abierta que se le encarnó con un costurón burdo, como si le hubiesen cosido el pellejo a la tibia con cuerda de bramante. Seis días a pie por el monte, al acecho, esperando a que el sol se pusiera para reanudar el camino. A veces me da por pensar que el compatriota que lo acuchilló se llevó la peor parte. De ahí la huida de película. Nadie sabe nada de nadie. Ibrahima venía de lejos, desde la otra vertiente de la sierra sur, de un lugar que se resiste a especificar, hasta que vino a parar a la aldea. Como es bien dispuesto, Julián Jaldón-Maldonado, el señor de nuestro pequeño mundo, no tuvo reparos en acogerlo en la finca, donde no le han faltado el trabajo ni un plato en la mesa. Tampoco se ha metido en líos el muchacho. Aquí nadie pregunta demasiado. Este lugar se traga a los que vinimos huyendo.

Ibra trabaja su palo despacio, alisando los nudos con dificultad. La madera del olivo es dura, como esta tierra de cielos avaros, de campos abrasados por unas solanas brutales durante siglos; aquí el sol es pródigo con los pobres y nos achicharrará vivos. Sigue sin llover. Me fascina el movimiento de sus manos, recias y a la vez elásticas. El anillo del anular, el brillo de la plata, se opaca en contraste con el de su carne. Ahora mismo, bajo la luz que filtran las hojas del ciruelo, habría que mezclar siena tostada, verde viridián y tal vez una pizca de naranja de cadmio para conseguir una aproximación vaga al tono de su piel. La luz tornadiza, los colores cambiantes del río... Nigel vería algún pigmento más en la sombra de la barbilla que mis ojos no perciben. A medida que la navaja arranca virutas finísimas, aparecen entreveradas vetas amarillas y negras en el corazón de la madera que luego pulirá con la gubia y el papel de lija hasta arrancarles alguna forma remota. Con las mejores ramas que reservó de la poda, Ibrahima talla jirafas, elefantes de patas desiguales, tortugas con el caparazón chato, pájaros con las alas pegadas a la carcasa, animales toscos que luego venderá en los mercadillos. Es un decir; no vende una mierda. Muchos

domingos vuelve de vacío, y hoy no tiene visos de salir de El Hachuelo. Ibrahima nunca se aleja demasiado. Ni de casa ni de la aldea ni de la comarca. Por si acaso.

Son las cinco de la tarde, aún no hemos comido y el ucraniano sigue durmiendo la tajada de anoche. Ha pasado un mes desde que se instalaron en la casa, y, después de todo, la convivencia ha sido mejor de lo que había imaginado. Llegaron tan de improviso desde Las Breñas, tan desprotegidos con sus fardos y maletas, tan frágiles sobre el alambre, que no supe reaccionar y, sin ánimo de limpiar alguna de las habitaciones vacías, los acomodé juntos en el cuarto de las dos camas, donde solíamos dormir mi madre y yo. Eso sí, saqué antes la porcelana con las cenizas de mi padre; ahora está donde debe estar, encima de la cómoda, en mi alcoba, conmigo y con la Emeteria.

Los muchachos enseguida encontraron ocupación y se pusieron a trabajar con ahínco, como si quisieran pagar a base de sudor el hospedaje y los cuatro guisos que les preparo. Retesaron los alambres del tendedero, me ayudaron a dar una lechada de cal a las paredes del cobertizo y el gallinero y me encabalgaron las tejas de la cubierta. No sé de dónde sacaron las tejas nuevas, media docena; pensé que las habrían robado de alguna de las casas medio abandonadas de la aldea, pero no he querido averiguar. También repusieron entre los dos el trozo de cerca podrida, que ya tenía hueco en la parte del huerto. Dos hombres encaramados en el tejado. Dos hombres, a golpe de maza sobre las estacas para clavarlas en la tierra. Ha bía olvidado la belleza de un torso desnudo, el engranaje de los tendones, la anatomía perfecta de un cuádriceps en tensión. Vitali es un mulo de carga; se le notan las hechuras de campesino eslavo. Ibrahima, en cambio, es un animal en su apogeo, un ejemplar magnífico de esqueleto elegante y musculatura compacta y a la vez flexible. Ya no debería sentir deseo, pero lo hice. Me masturbé.

Ahora comprendo que el verdadero tesoro reside en la ilusión y la paciencia, pero cuando era joven envidiaba en los hombres la fuerza física, la resistencia del cuerpo hasta el límite de la extenuación. Lo vi en Nigel. Jamás encontré en sus ojos otra expresión que no fuera la del cansancio. Para pintar, para perseverar en la pintura, se necesita el aguante de un caballo. En una ocasión, agotado, mientras luchaba por acabar un cuadro que ocupaba entera la mesa de caballetes, se cortó con la espátula, una espátula de acero, de las de rascar, y, aunque la sangre salpicó la tela, él no se detuvo, siguió embadurnándola con movimientos de muñeca seguros, mezclando el rojo de sus venas con los colores del empaste, poseído, sin permitirse sentir el dolor, a pesar de que la incisión fue bastante profunda. *«It's only pain! It's only pain!»* Era solo eso, dolor. Se necesita fuerza incluso para matarse, para subir al pretíl, para tomar impulso antes de saltar del puente, para hendir la hoja del cuchillo en la carne, para trepar al nogal y amarrar la soga en la rama más resistente. Si decidiera matarme, desaparecer, ¿qué instrumento resultaría más dócil en mis manos? ¿La soga? ¿La goma del butano? ¿Las pastillas de dormir? ¿Una cuchilla de afeitar?

No debes pensar en esas cosas. No debes.

Las chapuzas en la casa les llevaron un par de semanas. Durante ese tiempo, la contención que impuso el trabajo y la cadencia ordenada de los días proyectaron sobre nosotros cierto entusiasmo, un simulacro de amistad, y, aunque no necesito a nadie, agradecí hora a hora la presencia de los dos, su compañía. Desde hace unos días, sin embargo, vivimos en una ciénaga de tiempo encharcado, de una calma solo aparente cargada de amenazas. Me incomoda algo que no acierto a nombrar. La advertencia de la Emeteria y las voces, las voces, su timbre tan dulce. «Ven, ven, aquí en la blandura se está muy a gusto.» A los hombres los engulle la desidia, y no quiero que me arrastren. Aguardiente, comidas a deshoras, madrugadas que se convierten en mañanas

inútiles y broncas absurdas como la de anoche. Empezamos a especular sobre los motivos que pudo haber tenido el patrón para matarse, y de golpe, como si nada, como si se tratase de un asunto menor, Ibrahima confesó que la tarde previa al suicidio presenció una pelea entre Julián y Dionisio en las cuadras. Me quedé helada. ¿Por qué no me lo había contado antes? Vitali, en cambio, no le creyó. Se echó a reír, y luego torció el gesto acusando a Ibrahima de inventar historias para hacerse notar y de haberle cogido en varios embustes en las cosas de la faena. Se enzarzaron. Ibra llamó chivato al ucraniano por no sé qué viejo asunto en los tajos. Puse paz como pude y subí al cuarto pretextando cansancio antes de que la noche acabara de agriarse. Ellos no tardaron en acostarse.

—¿Por qué reaccionó tan mal Blancanieves? —pregunta ahora Ibrahima sin levantar los ojos de su rama.

Hoy, en lugar de tallar un animal, mata el rato labrando minuciosas incisiones geométricas en su palo, un pedazo como de un palmo. Tiene el ceño fruncido.

—Yo no miento —el moreno vuelve a la carga.

—Bah, fue un malentendido, las trampas del idioma —finjo desinterés diciendo lo primero que se me ocurre para restar importancia a lo de anoche—. Que consigamos entendernos entre los tres ya es un milagro.

—No lo defiendas —lo ha dicho con enojo; le he notado la furia en la punta de la lengua contra los dientes.

—El ucraniano tiene mal vino, ya lo conoces. Lo desconcertaste —hago ahora una pausa estudiada—. Y también a mí. Tendrías que haberme hablado antes de la pelea. Y a solas.

Acabo de tenderle una frase tramposa. No esperaba la historia que contó, desde luego, pero quiero sonsacarle información sin tener que confesar lo que sé, lo que he sabido durante todos estos años.

—No me acordé más de eso —Ibra evita mirarme—. Solo me vino a la cabeza con el paso de los días.

—¿No será una ocurrencia tuya, como dice el otro? —lo aguijoneo adrede para que suelte cuanto sabe.

—¿Cómo iba a inventarme una cosa así? —Ibrahima gesticula, agitando la navaja en el aire—. Te lo juro, Angie, los oí. ¡Yo los oí! —ahora me mira fijo a los ojos—. Estaban discutiendo dentro de la cuadra, mientras yo guadañaba la hierba de fuera; desde la reja se oye todo.

—Que Julián se peleara con el capataz la víspera del suicidio no significa nada. Nada —estoy arriesgando demasiado por querer saber—. ¿Adónde pretendes llegar? ¿O acaso estás culpando de algo a Dionisio?

—Yo no he dicho eso.

Ibrahima suelta su palo y clava la navaja en la tierra atravesando la manta campera.

—El patrón le pegó un puñetazo —añade—. Dionisio se echó a llorar, pero de rabia. Y luego también lloró don Julián. Lloraban los dos abrazados.

No tendríamos que haber llegado hasta aquí y, aun así, digo sin querer decirlo:

—Por qué no me habías contado nada hasta ahora, ¿eh? No es justo. Yo me he mojado bastante por ti.

La pregunta le obliga a desviar la mirada. Guarda silencio. Respira hondo y suelta el aire por la boca, haciendo ruido. Vuelve a coger la navaja. La cierra. El clic del muelle se queda quieto en el aire. Juguetea con ella; se da golpecitos con las cachas en el muslo. Traga saliva. No me ha contado nada porque vive con miedo, el miedo de dar un paso en falso. Con el patrón, con

Dionisio, con los vecinos, conmigo.

—Angie —su voz tiene ahora un dejo de súplica—. Angie, mírame.

Obedezco. Lo estoy mirando; el sol oblicuo de la tarde me molesta en los ojos. Traga saliva otra vez.

—Tú también sabías algo, ¿verdad? —susurra.

Touché. Me duele el hueso del entrecejo. Me lo froto con la palma de la mano. Me incorporo y enseguida vuelvo a tumbarme sobre la manta con los brazos de almohada, bajo la nuca. Mi silencio es asentimiento. Sí, claro que lo sabía, y por casualidad. Lo sabía, pero respetaré la memoria de Julián y la libertad del capataz tanto como defiendo la mía. Lo sabía, pero no he querido compartirlo con nadie. Los descubrí, hace años, cuando bajaba de una de mis caminatas por el cerro, un poco antes de llegar a la poza siguiendo el curso del río. Ellos habían subido a caballo, y las monturas aguardaban atadas al tronco de un roble. Allí los vi, en la complicidad de la espesura, al señorito Julián y a Dionisio, amándose los dos a su tosca y desesperada manera. Lo sabía, sí. Me quedé escondida, espiándolos, y me excité. Lo sabía, bien que lo sabía. Los vi cruzarse miradas en los tajos, aprendí migajas de su lenguaje secreto, hecho de masculinidad y gestos secos, y muchas veces pensé sin querer pensarlo en cómo serían las noches de los dos amantes, si esperaban algo, si se recelaban, si guardaban alguna verdad para sí. ¿Quién soy yo para juzgar? ¿Quiénes sois todos vosotros? ¿Qué sabéis de la pasión? Yo aún vivo en su estela. Habláis, habláis, habláis, y no sabéis nada. ¿Qué sabe nadie de las razones de un suicida? No os equivoquéis: el dueño de Las Breñas se mató porque llevaba la simiente mala en la sangre, porque tenía los ojos azulgrises de los húngaros.

—Solo pude escuchar frases sueltas. La finca, las cuentas del banco... Me pareció que se reprochaban promesas incumplidas, y el patrón dijo: «Eres un desagradecido».

El dinero, el maldito dinero. ¿Lo estaba extorsionando Dionisio? No, no tiene sentido. Llevaban demasiado tiempo juntos, y creo que se querían. Tal vez el capataz temía por su vejez. ¿Qué sucedería cuando ya no pudiera trabajar en los campos ni gobernar a las cuadrillas? ¿Lo invitaría Julián a convivir bajo el mismo techo? Tan católico, el señorito Jaldón-Maldonado.

—¿Se lo has contado al ucraniano? —le pregunto—. Lo que hablaban, me refiero.

—No. A nadie.

Le creo. Si me gusta la compañía de Ibrahima es porque sabe callar; los dos sabemos achantarnos cuando conviene.

—Míralo, por ahí asoma —dice Ibrahima.

Me incorporo y miro hacia donde me indican sus ojos y su barbilla, hacia el portón de la casa. Vitali sale al mundo; despeinado, con la camisa desabrochada sobre los pantalones vaqueros. Parece inquieto. Da barzones por el patio y el cercado, como si no supiera adónde acudir.

—Buenos días —alzo el brazo y la voz.

Se aproxima hacia nosotros. Cabizbajo, las manos en los bolsillos. Llega hasta el ciruelo, agarra una rama y se queda mirándonos desde sus alturas. Sonríe.

—¿Tienes hambre? —le digo.

Vitali niega con la cabeza y, en un movimiento ágil, se sienta a mi lado, con las rodillas altas y recogidas entre los brazos. Ibrahima se desplaza unos centímetros sobre la manta. El ucraniano huele a café.

—¿Vais a bajar adonde el Tomás? —pregunta.

Es domingo. Es lo que toca; seguir bebiendo y enterarnos en la aldea de las últimas noticias.

—Iremos un poco más tarde —contesta Ibrahima—. Yo sí tengo hambre.

Nos quedamos un rato embebidos en el silencio. No tenemos demasiado que decirnos. Una, dos, tres. Me sacudo la pereza y me levanto. Nos vendría bien comer algo antes de bajar a la aldea. Estiro el espinazo y los brazos hacia el sol de la tarde, de color albaricoque con vetas casi púrpura. ¿Acaso contempló Julián este espectáculo la tarde antes de matarse? La rueca de mi cabeza viene hilando desde hace días, atando nudos, los suicidios encadenados: primero la ahogada del pozo; luego su hijo, el señorito Casiano; luego Julián. Y si mi padre era su medio hermano, si llevaba la sangre mala de los Jaldones, ¿cabe la posibilidad de que también se matara? ¿Escuchó él las voces? Algunas conjeturas encajan demasiado bien: estuve tres días en casa del señor Mateu sin saber de mi madre, no me dejaron ver a mi padre muerto ni acudir al entierro, y la casa se impregnó de una tristeza que tiznaba. Pero ¿por qué me pidió que le comprara un paquete de tabaco cuando volviera si se disponía a matarse en cuanto bajara las escaleras? ¿Y yo? ¿Quieren arrastrarme también a mí? No, no debo pensar en ello. Pensar sin finalidad no es bueno.

La brisa juega entre las hojas del ciruelo. Algunas se le han secado; se retuercen hacia dentro, como garras de pájaro. Mañana cogeré la escalera y las arrancaré una a una. Aguzo el oído; ahora, a lo lejos, me parece distinguir un rumor. Sí, es el zumbido de un coche. Viene bajando por el empalme de la comarcal. Los chicos se levantan. Ibrahima sacude la manta. Es el coche azul del notario, un buen carro, de los que usan en la capital. Lo reconozco de otras veces. De cuando en cuando, cada vez que se muere alguno de los viejos a los que todavía no se han llevado al patronato, donde la Jacoba, él y su cuadrilla asoman como las carroñeras al hedor agridulce de la cadaverina; recuerdo bien ese tufo en el estudio del pintor. Hacen amago de detenerse frente a la cancela, pero tan pronto advierten que me aproximo reanudan la marcha. Aunque no he podido distinguir rostros, al menos van tres personas dentro. Tres o cuatro. Salgo al camino. Se desvían por el sendero, trazado a fuerza de roderas, que se mete en los campos de Las Breñas. Aminoran la marcha. Ahora van despacio, a hurtadillas, como si temieran dañar los guardabarros y los bajos del automóvil, o mejor dicho, como si hociquearan cada palmo de tierra.

No soy profetisa ni adivina, pero una vibración me indica que algo va a precipitarse sobre nosotros.

Que no se me acerquen.

Teodora, la sacristana

Ya ni siquiera me molesta el tufo a iglesia. Las tumbas deben de oler parecido por dentro, a una mezcla de arcilla, incienso frío y papel viejo con ronchas de moho. Podría pasarme semanas enteras hojeando los libros parroquiales, pero acabo de encontrar lo que andaba buscando: mi padre figura en el registro de bautismo como hijo de quien yo creía mi abuela. Me he entretenido hojeando los dos tomos correspondientes a los años veinte, por si mi madre y su memoria equivocaron la fecha exacta, pero estaba donde debía estar, anotado con la caligrafía pulcra del sacerdote de entonces: «Gabriel Maroto Lucena, nacido el siete de febrero de 1924, hijo de Emeteria Maroto Lucena, soltera. Queda legitimado y digno de bautismo como vástago de los progenitores de la madre, Gabriel Maroto Alcaraz y Josefa Lucena Borbalás». Mi padre escrito a lápiz, casi prescindible, a punto de no haber existido jamás.

Me tuvieron engañada. Me mintieron a conciencia. He estado haciendo cuentas con las fechas de nacimiento y muerte de mis tíos, y el relato de Rodales coincide con la versión que quiso transmitirme la Emeteria de entre los muertos. Las piezas encajan: entre Paulino, el menor de los hermanos reales de la Emeteria, y mi padre había una diferencia de veinte años y, por si fuera poco, la bisabuela Josefa, la abuela que me había asignado la reconstrucción familiar de los hechos, tendría que haber parido a mi padre a los cincuenta y dos años; un embarazo posible, pero poco probable. Al cura le he contado hasta donde se puede contar; a los curas solo les gusta que hablen sus muertos, los de las Escrituras. «Así que Rodales dice que tu tía no era tu tía, sino tu abuela... Pero, mujer, ¿cómo vas a hacer caso de la palabra de un borrachín? ¿Tanto te importa? Tú misma; si ese es tu deseo, adelante; revuelve en los libros cuanto quieras.» Al final le interesaron mis sospechas. Le interesaron porque el cura, el padrecito Andrés, sigue buscando mi cercanía, y ahora he de conseguir como sea que me lleve en coche a la capital, a los juzgados, al registro civil de la provincia. Iré a donde haga falta para conseguir que nos manden el documento desde Barcelona. El cura me ayudará; él tiene internet. A un cura no le dirán que no. Quiero leer letra por letra el certificado de defunción de mi padre.

Llevo una semana larga hurgando en la sacristía, y regresaría mañana y al otro y al otro si no fuera porque ya no soporto más la estela de la sacristana. Me vigila para que no fume dentro de la pieza ni le birle la quincalla. Ha quitado el fluorescente del techo para fastidiarme la lectura. Y le cuesta soltar la llave del armario, donde se guardan los legajos más antiguos. No se fía, y eso que el padre Andrés, como le llama ella, la ha advertido de que tengo su permiso para venir a consultar cuantas veces necesite. Pero, a pesar del acoso de la Teodora, no me ha ido mal con las pesquisas. He trabajado como una hormiga roja. Soy tenaz. Tengo paciencia para machacar, igual que cuando Nigel se empeñó en regresar a los rojos puros de los antiguos y me enseñó a hacerle las mezclas de pigmento en el mortero, como los pintores medievales, calculando el porcentaje exacto de óxido de hierro, de aceite de linaza, de trementina y cera virgen. Espátula y muñeca hasta dar con la tonalidad que deseaba. Lo mismo aquí, nombre a nombre, cribando las distintas

caligrafías de los párrocos a través de las décadas. En esta minuciosidad que ha ocupado los últimos días, he descubierto que alguien me ha precedido en la búsqueda. Alguien excavó en los libros de defunción con la obstinación ciega de un topo. Alguien anduvo persiguiendo el mismo señuelo que yo, el tábano que revolotea insistente dentro de mi cabeza para llevarme hasta la muerte de mi padre. Alguien marcó algunos nombres con una cruz a lápiz en los márgenes del libro, aquellas entradas que hablan de suicidio o invitan a sospecharlo aunque la palabra en sí jamás se utilice. Como la chica a la que el novio dejó plantada en vísperas de la boda y a quien amortajaron con el velo y los tules y le metieron las sábanas bordadas del ajuar dentro del ataúd. Deduzco que es ella porque las palabras «garfio» y «corral» se me quedaron clavadas desde la charla aquella en el bar del Tomás. Leo: «Catalina Covaleda Martos. Fecha del óbito: 8 de agosto de 1957. Ahorcada en un garfio del corral del predio de Las Fraguas. No pudo recibir los sacramentos». La enterraron en el patio de los ahorcados. También tienen aspas los desgraciados de los Pulidos, los tres hijos varones que, con el pasar de los años, se colgaron uno a uno de los árboles del cortijo después de que el padre lo hubiera hecho. Lo infiero por los apellidos idénticos. El último, el más joven: «Agustín Pulido Pedroche. Fecha del óbito: 3 de noviembre de 1970. Sin pompa funeral y sin exequias por haberlo dispuesto así el obispo».

Sin pretenderlo, el autor de las cruces me lo ha puesto muy fácil. Seguro que fue el médico que mencionó el cura, el psiquiatra que hace años visitó la aldea y todas las demás parroquias de la comarca, fascinado por la estela recurrente de los suicidios; se lo preguntaré a Andrés, pero no me cabe duda. El psiquiatra también revisó los tomos correspondientes al siglo XVIII, los del armario, marcando aquí y allí las muertes que permiten conjeturar un suicidio, puesto que las acotaciones del sacerdote de turno suelen ser vagas y la mayoría prefiere pasar de puntillas sobre la desesperación de quien se quita la vida. Es una excepción, un regalo, el párroco pródigo en explicaciones. Curiosamente, quienquiera que enterrara al señorito Casiano Jaldón, el padre del patrón, el padre de mi padre, se extendió en los comentarios, como si hubiera querido lavarse las manos de cuanto hubiera ocurrido en la cuadra donde se ahorcó. Leo: «Domingo, 12 de marzo de 1973. Di sepultura eclesiástica al cadáver de Casiano Jaldón-Maldonado, que falleció el día anterior a las nueve de la mañana causándose a sí mismo la muerte por medios violentos de suspensión. Precedió al acto el correspondiente mandato eclesiástico y judicial». De manera que, aunque el ahorcamiento lo expulsaba de la paz del cementerio católico, a Casiano lo enterraron en sagrado por ser quien era, por obra y gracia de la eterna tríada: los curas, los terratenientes y los militares. Casiano, mi supuesto abuelo paterno, el que preñó a la Emeteria y se desentendió. Y Rodales tenía razón una vez más: el señorito Julián se ahorcó el mismo día que su padre, solo que cuarenta y dos años después.

He dedicado bastantes días a la saga suicida de los Jaldones, absorbidos al menos tres de sus miembros por el mismo sumidero negro. A la ahogada del pozo le dedicaron incluso un expediente completo. El cura que tenía a su cargo la aldea en los primeros años del siglo XX debía de ser muy puntilloso, puesto que se dedicó a recoger testimonios sobre la tragedia en Las Breñas, así como opiniones sobre las costumbres y el carácter de la señora. Habló también con el médico. Imagino que la privación de sepultura eclesiástica al suicida era un castigo tan grave, tan demoledor y vergonzoso para las familias, que los curas rurales no se atrevían a imponerlo sin la dispensa de la curia superior. O puede que de oficio se consagraran al amaño de los hechos en el caso de las familias con reputación. Junto al nombre de doña Brígida, la ahogada, el cura escribió con tinta azul desvaída: «Enterrada con solemnidad por tener perturbadas sus facultades mentales

desde hace mucho tiempo». La pobre infeliz estaba enajenada. En cambio, los jornaleros, la purrela, los suicidas sin patrimonio, al estercolero, pegados a la tapia del cementerio, donde las dalias.

—Va a dar la una, ¿tienes para mucho? —pregunta la sacristana, que acaba de irrumpir en el camarín pertrechada con una escoba. Ha entrado sin llamar; siempre lo hace.

—Estoy recogiendo ya.

Ahora le entra la urgencia de limpiar. Barre haciendo todo el ruido que puede dar de sí una escoba. Dale, dale, vieja cotilla, limpia toda la cochambre que esconde tu iglesia. No me ha dejado ni un solo día en paz. Ha limpiado el polvo de las baldas que no quitó en años solo para figonear, y en cuanto podía estirazaba el pescuezo sobre la página que estuviera repasando. Seguro que a estas alturas ya sabrá qué busco. Lo que habrá discurrido su cabeza.

—Teodora, me marchó —la he llamado por su nombre. Ella nunca se digna hacerlo.

—Hasta mañana, pues —dice sin mirarme. La cáscara de su cuerpo encierra una amargura que me repele.

—Ya no volveré; he terminado.

Le complace lo que acaba de oír. Ha dejado de dar escobazos y me observa con ojos golosos.

—Llama al cura, por favor —le digo.

—¿Al padre Andrés? ¿Ahora?

Aparta la mirada y continúa con su barrido teatral.

—Las llamadas al móvil son muy caras —dice.

—Llama —se lo estoy pidiendo bien, con el tono más relajado que puedo impostar.

—¿Para qué?

Quiere saber, quiere saber, quiere saber.

—Que le llames, te digo. No tengo teléfono ni móvil, y el padre Andrés me pidió que le llamara en cuanto terminase. No hay nada, nada, sobre mi padre. ¿Lo entiendes? Nada.

Es pendenciera, la vieja. Me enseña los colmillos, pero al fin enfila hacia el despacho parroquial. Voy tras ella por el pasillo estrecho, a oscuras, y más que decir susurra, como si hablara consigo misma:

—Siempre habéis sido iguales los Marotos; vosotros, a lo vuestro.

Finjo no haber oído. La vieja abre la puerta. Se coloca el auricular en la oreja, mira el papel clavado al corcho con una chincheta, marca y me repasa de los pies a la cabeza. ¿Qué te ocurre?, ¿no te gusta lo que ves? Tú tampoco me gustas.

—No lo coge —dice—. Estará conduciendo.

—Vuelve a marcar.

Me mira los pies. No soporto que me miren los pies. Dice:

—Pero si el padre Andrés viene el domingo, ¿a qué tanta prisa? Esta semana le toca decir misa a las doce.

—He de quedar antes con él —intento mantener la serenidad—. Tiene que llevarme a la capital. Se le dibuja una mueca de desdén en la boca.

—Mucho vas tú detrás del cura.

Ya basta. Me aproximo a ella. Le apesta el aliento a leche. La acorralo. Da un paso atrás. Se recoge las manos en el pecho y apoya el culo en el filo de la mesa.

—¿Quieres saber qué hago con el cura? —su cara a dos centímetros de la mía—. ¿De verdad quieres saberlo?

Me mira con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. Ahora calla. Le cuesta sostenerme la

mirada.

—Pues voy a decírtelo. Necesito que me lleve a la capital para conseguir el certificado de defunción de mi padre.

Me aparto de ella. Me acerco a la puerta.

—¿Y sabes por qué? Porque tengo el pálpito de que él también se mató.

No sé lo que he dicho, no sé de qué pliegue de mi cerebro ha surgido. Me echo a la calle Mayor dando un portazo y aprieto el paso. Respira, Angie, respira. ¿Por qué ha salido eso de mi boca? Enfilo la costanilla deprisa, arrimada a la pared de cal, por el lado de la sombra. Con un poco de suerte, no me cruzaré con nadie; solo deseo llegar a casa y arrancar de mi cabeza el reflujó del río con su luz cambiante, los chillidos de las gaviotas y este hilo de plata finísimo que me lleva al día en que mi padre se fue de este mundo. Cayó en viernes. Él tenía cincuenta y un años; yo, once, y se puso a llover. Cincuenta y un años, la misma edad que ahora tengo yo.

Supe que algo malo había pasado porque la señorita me sacó de clase y me acompañó hasta la puerta del barracón, donde la tía Jacoba estaba esperándome bajo un paraguón de hombre; entonces aún la llamaba tía Jacoba. Se me hizo raro verla, porque serían las cuatro de la tarde y ya hacía tiempo que yo regresaba sola del colegio aunque no hubiera semáforos, a veces dando un rodeo por los descampados. Diluviaba como en las historias de aparecidos que me contaba mi madre, y pensé que la Jacoba se había acercado a recogerme con un paraguas porque, de otra forma, habría llegado a casa chorreando. Me pasó el brazo por encima de los hombros y me apretó contra su olor, tan parecido al de mamá, mientras sus dedos pellizcaban el cuello de mi trenca, una trenca que se abrochaba con presillas y unos pasadores que parecían cuernos de chivo. Me iba grande porque se la habían dado a mamá en la parroquia.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tu padre, Ángela, que se ha puesto muy malito.

—¿Cómo de malo?

Pero la Jacoba ya no contestó. Debió de salir muy deprisa de casa, porque iba en zapatillas de felpa y no se había puesto medias. Como las suelas de goma le resbalaban cuesta abajo, se apoyaba en mi hombro y, sin darse cuenta, me clavaba el mango del paraguas en la clavícula. Me dolía, pero yo trataba de pensar en otra cosa acariciando las cáscaras de pipas reblandecidas y la moneda de cinco duros en el bolsillo de la trenca.

El chaparrón arreció cuando alcanzamos la explanada de las barracas de Santa Engracia, y la Jacoba apretó el paso. Ni ella ni mi madre ni las vecinas del bloque sabían que los niños del barrio nos acercábamos hasta allí a pesar de la prohibición. La lluvia golpeaba el techo de uralita de las chabolas, arrancándoles un ruido extraño. Alguien se había dejado una sábana olvidada en el tendal. Cuando llovía en el barrio, en aquel descampado de larvas obreras que no era ciudad ni campo, las calles sin asfalto se convertían en una charca de un cieno rojo, muy pegajoso. Por fin llegamos a nuestra calle. La Jacoba no se acercó a nuestro portal ni metió la llave en la cerradura ni me empujó escaleras arriba con una palmadita en el culo. Me arrastró hasta el bar de la esquina, el de la gallega, y me metió dentro. Yo aún no sabía que a mi madre iba a tardar tres días en verla.

Los hombres callaron de repente, como si los hubiésemos sorprendido en plena fechoría. Tan solo se oían los timbrazos de la máquina del millón y las voces del televisor en blanco y negro colocado en alto, sobre una repisa. Olía a tabaco y torreznos. Me sentaron a una de las mesas del

fondo, al lado del hijo tonto del señor Mateu, desde donde pude ver cómo la gallega le hacía a la Jacoba un gesto con la mano, un revoloteo en el aire para darle a entender que podía marcharse tranquila. Al rato, la mujer me trajo un vaso de leche caliente, que se quedó intacto, y un cubilete con los rotuladores que usaban los clientes para anotar los puntos de las cartas; cogí uno de color sangre y estaba seco. Allí esperé y esperé. Aún no fumaba, claro. Esperé más todavía y llegué a temer que se hubieran olvidado de mí.

Los tipos de la barra compartían susurros, como si yo fuese un espectro invisible, que lo era. Sin que se apercibieran, les cacé varias frases al vuelo: «Se veía venir», «ayer mismo estaba ahí, tomándose su vinito», «pobre Maroto, desde que lo echaron de la fábrica no levantó cabeza». También oí el nombre de mi hermano y que alguien debía acercarse a darle aviso hasta los pisos del gobernador, donde se juntaban los yonquis del barrio. Todavía conservo el oído histérico de una polilla.

Camino, camino, camino tan deprisa como puedo por el sendero que lleva a El Hachuelo. Mis piernas alimentan la dinamo del recuerdo. Entonces no distinguía bien la textura del tiempo y no supe cuánto había transcurrido en el momento en que atravesó la puerta del bar el señor Mateu, el vecino que vivía arriba del todo, en la azotea, con su mujer y su hijo tonto. Venía vestido con el mono azul de la fábrica, la misma serrería donde una caladora le había rebanado dos dedos de la mano izquierda. El señor Mateu se entretuvo con el corro de los hombres; hablaban mirándome de soslayo. Luego se acercó, acarició la cabeza de su hijo y se sentó a mi lado. Sin habérsela pedido, la gallega le trajo una copa de coñac y se quedó a escuchar, abrazada a la rebeca, como si tuviera frío, con ese gesto que les sale de natural a ciertas mujeres cuando vienen mal dadas. El señor Mateu colocó la mano amputada sobre mi brazo para decirme que mi padre estaba muerto, y en aquel momento no supe qué me aterraba más, si las palabras que estaba oyendo o la garra mutilada que apretaba con la codicia de una mordaza aunque le faltaran el índice y el corazón. Dijo: «infarto fulminante». Cuando nos recogimos, caía una lluvia pequeña sobre el barrio y por la pendiente bajaba un reguero de agua sucia que se tragaba la boca inmensa del colector. Esa noche y las dos siguientes dormí en casa del señor Mateu, en la habitación del hijo tonto. Tendría dos o tres años más que yo, y me incomodaba no porque fuera lerdo, sino porque tenía un lado de la cara achicharrado. Sucedió en el barrio. Los chavales estaban jugando en la vía del tren, cerca de la planta química; por alguna razón, echaron a correr, él también, y al tropezar cayó de bruces en el charco de un escape corrosivo. Los vecinos montaron una manifestación para pedir el cierre de la fábrica. Tonto caraquemada.

Entre lo que pasó en realidad y cómo lo recordamos siempre se cuela un algodón empapado en éter. Al tercer día, cuando al fin me dejaron bajar a casa, mi madre me abrazó sin decir nada. Ese día y durante los siguientes solo habló lo estrictamente necesario, y nunca mencionó lo sucedido. Como no teníamos espejos de cuerpo entero, mi madre había cubierto el único de la casa, el del romy del lavabo, con una sábana, y así permanecería durante los cuarenta días siguientes, porque estábamos de luto y en la aldea se hacían las cosas de esa manera. No me llevaron al entierro ni me dejaron verlo, y por eso durante meses creí que de un momento a otro iba a oír los pasos de mi padre por la escalera, la tos, el pellizco en la cerradura y su voz pidiéndome la vuelta de los cinco duros. El marido de la Jacoba se quedó con su pelliza vieja, aunque no le abrochaba, y yo con las veinticinco pesetas que me había dado para que le trajera el paquete de tabaco. También fue como robarle a un muerto.

Un sobre de color garbanzo

Hasta los pájaros se han escondido. Sopla un viento tan salvaje que pretende arrancar las camisas de los chicos colgadas en el tendedero, y las mangas sacuden crispadas el aire como si fueran ahogados a merced de la corriente. Corro a recogerlas; ya están secas. Alguna racha intenta combar el tronco del ciruelo, que resiste los embates con dignidad. Los muchachos no podrán encender las brasas fuera con este vendaval. Al lebrél le divierte jugar con el viento; le despierta la curiosidad, el instinto cazador, y levanta el hocico larguirucho a cada ráfaga. La Capitana, en cambio, se mete a cobijo jadeando los días en que el aire baja en tromba desde el cerro dando latigazos sobre los campos de los Jaldones. Aunque de las cien leches que lleva despunta la del labrador, que es una raza corajuda, las embestidas del viento aún la acobardan. Creí que terminaría por acostumbrarse cuando apareció en la casa. Subo a cerrar los postigos de las habitaciones con la perra enredando entre mis piernas y la colada del tendal hecha un rebujo contra el pecho. Ven, bonita, ven aquí. Agradece entornando los párpados las caricias en las orejas, en la cabeza huesuda y robusta, en la quijada. A mí tampoco me gusta el viento, ¿sabes? Fue lo último que oí en boca de mi padre. Me dio la moneda de veinticinco pesetas para que le trajera un paquete de Celtas a mi regreso y cuando ya estaba en la puerta, cuando me disponía a salir para el colegio, dijo: «Aquel viento loco me tenía el cerco echado». Nunca entendí qué quiso decir. El viento loco. No tengas miedo, Capitana, es solo el murmullo de las voces amigas. Ven, sube. La invito a tumbarse en la cama conmigo, sobre la colcha, y ella se coloca de lado, con las patas delanteras sobre mi cadera. Le acaricio el costado con las yemas de los dedos. Nos estamos haciendo viejas las dos. Habrá que pelarte estas lanas, ¿eh? Quitá, no me des lametazos en la cara. Aquí estamos bien, así, quieta. ¿Sabes?, el cura ha quedado en venir a buscarme el martes. A las nueve. Para entonces ya habrán recibido el certificado de defunción de mi padre. Tengo miedo, Capitana. Yo no quiero que la sangre me arrastre.

Vitali e Ibrahima han empezado a cacharrear en la cocina con la radio a todo meter. Se supone que es un domingo de fiesta y que yo soy la invitada en mi propio refugio: el ucraniano se larga mañana de casa y, en correspondencia por el hospedaje —lo que iban a ser unos pocos días terminó convirtiéndose en casi dos meses—, ha comprado de su bolsillo vino tinto y carne, que se disponían a asar en la parrilla del huerto hasta que arrancó el vendaval. Ahora mismo suena The Police en la radio, con la energía de los viejos tiempos. Por alguna extraña razón, la radio solía oírse mejor después de que hubiera llovido, con el aire húmedo, pero sigue sin caer una sola gota. *Message in a Bottle* me hace sentir bien. «*A hundred billion castaways looking for a home.*» Siempre me gustó la palabra *castaway* en inglés; suena casi tan bien como náufrago. Cien mil millones de náufragos buscando un hogar. En eso me he convertido. También Vitali, que mañana subirá el terraplén arrastrando su maleta hasta la curva de la carretera a esperar el coche de línea. La curva del cuchillo, le dicen. Apurando mayo, como estamos, todavía le dará tiempo de engancharse a la campaña de la fruta de hueso, y luego empalmará con la vendimia, la recogida

del algodón y la aceituna en noviembre. La vida nómada de las peonadas en el campo.

No echaré en falta su presencia. Necesito recuperar los pequeños ruidos dentro del silencio, el crujido de la escalera, la garrucha del pozo, el cubo al caer sobre el espejo del agua, las pisadas en el patio. No lo extrañaré y, sin embargo, nos envuelve hoy la falsa melancolía de las despedidas. Dentro de unas horas, cuando el ucraniano abandone la casa, el pueblo y tal vez la provincia, sabremos que nunca más volveremos a vernos por muchas promesas que nos hagamos en el tránsito. No es afecto lo que sentimos, sino simplemente desazón por el transcurso del tiempo, por lo que vamos dejando atrás de nosotros mismos. No te echaré de menos, Vitali. Ha venido observándome estos días con distancia, con cierta prevención, a través de sus ojos pequeños, de un azul aguanoso, con cierto recelo disfrazado de respeto, como si no acabase de comprender quién soy ni qué hago aquí ni por qué les abrí la puerta a él y a Ibrahima sin preguntar demasiado. Nigel lo llamaba la generosidad masoquista de darse a los demás sin pedir nada a cambio. Entre los dos perfeccionamos el hábito.

Al principio nos bastaba con la sola presencia del otro, aunque yo no dejara de preguntarme por qué un hombre como Nigel podía interesarse por una chica como yo. Él me había deslumbrado. Su generosidad, la energía que irradiaba, la seguridad en sí mismo, sus gestos, su sentido de la libertad. Con los meses, sin darme cuenta de cómo se solapaban, la casa de Bermondsey comenzó a atestarse de gente que prolongaba la cháchara y el trago hasta el amanecer. ¿Había perdido el interés por mí? A él no parecía importarle; Nigel era un caballo capaz de volver al cuadro, de ponerse a diseccionar el motivo en el que estuviese trabajando aun cuando solo hubiese dormido un par de horas y su estómago no hubiera acabado de digerir el whisky. Todo en él era propósito. A mí, en cambio, me desesperaba no saber qué hacer de mi vida, y sentía que me estaba difuminando, que mi única función consistía en poner orden al caos, limpiar los excesos de las fiestas y aventar a la comparsa que nutría su creatividad. Lo que más temía era la lengua que le desataba el alcohol. Sabía que algún día me tocaría a mí probar el látigo de su sarcasmo, como así fue, durante una cena de vino chianti y espaguetis, por defender a Paul, uno de sus amigos pintores. Había más gente en la casa, tal vez media docena de personas, pero solo consigo perfilar la cara de Paul y la de la hermana de Nigel, esa pose distante que tanto detestaba. Ella tampoco me tragaba a mí; supongo que nos veíamos mutuamente como a la intrusa que pretende arrebatarle el lugar. Nigel nunca me presentó a sus padres. Durante la velada me mantuve al margen. No estaba acostumbrada a ese tipo de conversación tan elevada; tan falsaria, también. Entonces no lo percibía. Escuchaba y procuraba aprender. Nigel llevaba la voz cantante: «Tanto en la existencia como en el arte debes llegar hasta el límite de ti mismo. Solo saben apreciar la textura de la vida quienes tienen una obsesión, no me importa cuál». Paul matizó; le echó en cara el estipendio mensual que le mandaba el papá para que milord pudiese dedicarse al arte, y Nigel contraatacó con saña: «Ese es el problema contigo, Paul. No te atreves. A pesar de la miseria que te pagan, sigues maniatado por las clases de pintura, complacido en la mediocridad, en los halagos fáciles de tus estudiantes, y así nunca llegarás a nada. Tus cuadros son malos, ¿y sabes por qué? Porque tu sensibilidad es tosca». Me irritó. Grité que le dejara en paz, y la crueldad se volvió contra mí: «Pero ¿quién eres tú? ¿Qué haces tú en la vida? Con tu sentido del color, podrías... Pero no, a ti no te interesa nada. No tienes ambición ni tenacidad. Eres sombra». A su hermana se le dibujó en la fina línea de los labios un rictus de complacencia que no se molestó en disimular. Sí, tal vez habría podido, pero tuve miedo... Era yo quien convivía con los demonios de Nigel, con sus

borracheras, con los puñetazos contra la pared, con sus largas lamentaciones entreveradas de «mierda, mierda» cuando no llegaba adonde pretendía, con la incapacidad para asumir sus limitaciones. Se agotó en la batalla contra sus propios fantasmas. Cuando la hermana y yo fuimos a vaciar el estudio, cogimos un montón de ropa sucia de Nigel y extrañamente estuvimos de acuerdo en llevarla a la lavandería, no sé por qué. Las dos nos quedamos sentadas mirando cómo daba vueltas en la lavadora. Ya no volvería a ponérsela.

Mi nombre trepa por el hueco de la escalera, el almuerzo está listo. Vamos, Capitana, vamos, que nos llaman a comer. Pluto se acerca a recibirnos en el último tramo de la escalera meneando el rabo. Me agacho. Lo acaricio. A Pluto le encanta jugar con mi pelo; me lo enreda con la zarpa. Bajo el volumen de la radio. Huele bien. Les digo que han preparado comida como para un regimiento. Carne, arroz especiado, patatas con manteca, ensalada, rebanadas de pan tostado y un plato con encurtidos. Pronuncio los halagos que corresponden; aún no he perdido los últimos resortes de la cohabitación. Me siento en mi silla, en la cabecera de la mesa, de espaldas al hueco de la chimenea. La perra se tumba a mis pies. Los chicos también se acomodan, uno a cada lado de la mesa, Ibrahima en una silla y Vitali en el banco largo. El ucraniano descorcha una botella — hoy no beberemos vino de cartón—. Me sirve y, cuando llena su vaso, lo alza en un brindis por la hospitalidad y los bienes que nos deparará el porvenir, como si el futuro no hubiese llegado todavía. Le sigo el juego. Me sirvo una tajada de carne. Está fría. Le tiro a la perra un trozo de sebo, que engulle enseguida. Vitali habla y mastica; dice que le gustaría regresar a Odesa por Navidad para estar una temporada con su madre. Que volverá después. No sabe cuándo. Eres joven y trabajador, le digo; no te costará buscarte la vida fuera de la aldea. Me mira de soslayo, como siempre. ¿Qué hablarán de mí a mis espaldas? No sé qué le habrá contado el otro.

—Y tú ¿cuándo te marchas? —dispara Vitali mirando fijamente a Ibrahima.

Al ucraniano le ha salido la pregunta en un tono demasiado teatral, como si llevara días rumiándola.

—No lo sé —contesta—. Yo no hago planes tan rápido como tú.

Por mí, Ibrahima puede quedarse hasta que se harte, e incluso diría que me agrada su presencia. Es más, creo que vamos a estar mejor los dos solos, sin los picotazos dialécticos de Blancanieves. No pienso apretarle. Todavía no. Pero la pregunta ha incomodado a Ibra. Se lo noto en las comisuras de la boca, ahora crispadas. Se levanta. Se acerca a la nevera. Coge una lata de Coca-Cola. Callamos. Tintineo de platos y tenedores. Miro hacia el trozo de cielo recortado en la mosquitera de la ventana, encima de los fogones. Parece que el viento por fin ha amainado, y ahora las hojas del emparrado suenan en la brisa como arenilla dentro de una lata. Estos son los sonidos que me gusta disfrutar a solas. La brisa. Las cigarras que vendrán. El filo del azadón en la tierra. El cepillo que peina mi pelo frente al espejo de la alcoba.

Los chicos siguen masticando con apetito cuando, de un salto, los perros salen escopetados de la cocina, atraviesan la puerta y saltan al patio alborotando. Vitali va tras ellos. No tardamos nada en distinguir el sonido de un motor, más bien un zumbido impertinente, que se acrecienta hasta detenerse frente a la casa. Al parecer, tenemos visita. Los ladridos se sosiegan. El ucraniano se asoma anunciando:

—Es Dionisio, en su Vespino.

Alarma. Al oír el nombre del capataz, Ibra tensa el espinazo, apoya ambas manos en el filo de la mesa y empuja su peso contra el respaldo de enea hasta que logra apoyar la silla solo en las dos

patas traseras, en una postura que no sé si es defensiva o la pretensión de exhibir un aplomo del que carece. El chirrido de la cancela y los pasos del guardés. Avanza despacio; no tiene prisa ni viene envalentonado. El ucraniano se ha quedado en el vano de la puerta, entre fuera y dentro; parece más azuzado por la intriga que incómodo, a pesar de que fue Dionisio en persona el encargado de echarlos del predio. Me extraña que el mayoral venga a visitarme en domingo, aunque aquí el calendario sigue su propio criterio.

—Buenas tardes y buen provecho —dice.

Un puñado de alfileres clavetean el silencio. Dionisio no muestra asombro por encontrar todavía aquí a los dos peones. Habría sido absurdo fingirlo.

—Pasa, Dionisio, pasa —lo invito a acercarse haciéndole el gesto con la mano en el aire.

Escudriña la mesa, lo que comemos y bebemos, clavado entre el zaguán y la puerta de la cocina. Viste ropa de faena limpia y trae un sobre en la mano. Un sobre grande, de color garbanzo.

—Siéntate, hombre.

—No es menester, Ángela. Solo he venido a traerte un recado.

Intercambio con Ibrahima una mirada rápida. Vitali, que ha vuelto a sentarse en el banco, se lleva un trozo de patata a la boca y mastica lentamente. Él sigue a lo suyo. Total, mañana se larga.

—Siéntate y tómate un vino.

—Me marchó enseguida; no quiero molestar.

—Que te sientes, joder.

Tranquila, Angie, calma. No te precipites. Parece que Dionisio viene en son de paz.

Se acerca remiso. Lo observo mientras Ibra se levanta a por un vaso limpio. Lleva abrochada la camisa de cuadros azules hasta el último botón del cuello. Viene sin afeitarse.

—Ángela, ¿dónde está la botella de vodka? —suelta de repente Vitali.

—En el cobertizo. Dentro del congelador, en el arcón.

El ucraniano va a por ella. Algo me dice que la tarde necesita trago duro, sí.

—Aquí tienes —dice Dionisio tendiéndome el sobre—. Las mellizas me han pedido que te lo entregue en mano.

No pienso abrirlo. Ni rozarlo siquiera. Se lo doy a entender moviendo el dedo índice. Si pensaba dejar el sobre y largarse, aviado va. Digo:

—Quiero que me cuentes tú de viva voz qué está pasando.

Me mira a los ojos. Detecto en los suyos pesadumbre, una tristeza muy honda, irremediable. Me fijo bien, afino la mirada. Tiene una mancha negra en el iris azul que se le junta con la pupila, tal vez la señal de algún accidente de trabajo, el latigazo de una rama en la córnea durante el vareo. La mancha parece mismamente el ojo de una cerradura antigua. ¿Qué esconde? ¿Cuántos silencios ha ocultado bajo llave? ¿O acaso es dolor? El capataz suspira y bebe un buen trago del vino que Ibra acaba de servirle. Dionisio aparta ahora la mirada. Y la mancha de la cerradura.

—¿Quiénes son los tíos que acompañan a las mellizas? —le pregunto. He de intentar hacerme su amiga, conseguir su confianza. He de saber la verdad.

—Uno es abogado o notario, no sé —contesta titubeando—. Un hombre de leyes, pero este va y viene. El otro hace noche, a veces. Le llaman el inversionista.

—No paran de subir y bajar coches a Las Breñas —interviene Ibrahima.

Dionisio ni siquiera mira al moreno; pega otro trago y se coloca a resguardo diciendo:

—Yo no sé nada.

Vitali regresa con el vodka helado. Que una despedida sin el aguardiente de su país no es despedida ni es nada, dice. Que brindemos otra vez. Se escancia un buen tiento y nos ofrece. Yo se

lo acepto arrimando sobre el hule mi vaso, donde aún queda un resto de vino. La mezcla tiene el color de la lavanda.

—No te creo —digo.

Sé bien que ha sonado como un desafío, y es lo que pretendo. Soy casi invisible hasta que me acorralan. Insisto:

—Eres el capataz de Las Breñas. Algo sabrás.

—Solo he oído cosas sueltas.

Dionisio se pasa la mano por la cabeza. Lleva el pelo muy corto. Todos los hombres de campo llevan el pelo a cepillo.

Ibrahima tamborilea con los dedos sobre la mesa. Se impacienta. Yo también. El ucraniano tiene la vista fija en el plato vacío. El fuego de su vodka en el gaznate me anima a seguir:

—¿Cosas como cuáles? ¿Qué has oído?

—Qué sé yo, comentarios. Quieren convertir la casa grande en un hotel. Y hablan de levantar chalés rurales de lujo. También los oí hablar de un coto de caza, que por poniente llegaría hasta La Hondonada. Un coto inmenso. Pero no sé. Cosas que hablan.

Necesito fumar. Me registro los bolsillos. Palpo el mechero en el derecho. Me levanto. Cojo el paquete de liar de la repisa de la chimenea. Trato de concentrarme despalillando un pellizco de tabaco. Galopan tantas imágenes en mi cabeza que no sé sobre cuál montarme. ¿Serían capaces las Jaldonas de echar mi casa abajo? Todos mis muertos suben a la superficie mientras trato de poner orden en mi cabeza. Veo a la Emeteria campo a través, sola, de noche, preñada por el padre de las mellizas. Mis supuestas tías; se me atraganta la risa de pensarlo. Veo a mi padre apearse del tren de cercanías que lo trae de la fábrica de porcelana. Veo a mi hermano Gabi, sin los dientes de arriba, con los colegas en la puerta del bar del legionario, con un botellín de cerveza, a la espera de que llegue el camello. Veo a Nigel con una taza de té entre las manos para calentárselas, los dedos manchados de óleo, las mangas del jersey negro que nunca lavaba hasta los nudillos. Veo a mi madre secándose las manos en el delantal, las manos siempre rojas como la sangre. Veo las botas de montar en los pies del patrón balanceándose. Me veo a mí misma recogiendo bragas relavadas y camisetas entre los cascotes de mi casa.

—Hablando en plata, soy un engorro —digo—. El gran estorbo, ¿verdad? —finjo una sonrisa cínica. Ya vamos acercándonos al meollo del asunto.

Dionisio se rebulle en la silla. Se ha sentado al lado de Ibrahima, cerca de la puerta.

—Lo que sé de veras es que después de esta siega ya no habrá otra. Abandonan del todo el cereal —ahora habla más deprisa, trastabillándose—. Y los olivos. Tampoco les rentan tanto. Ellas no tienen apego a la tierra. Dinero contante y sonante es lo que quieren.

Ibrahima suelta un soplido. Echo la cabeza hacia atrás, miro las vigas del techo y localizo la mancha de humedad que parece la cabeza de un hindú con su turbante.

—Así que hablan de un hotel de lujo... Y a ti te pondrán de chaqué y chistera en la recepción, ¿no? —suelto a bocajarro.

Un golpe bajo, en el plexo solar. Tan solo el ucraniano me ríe la gracia. Dionisio calla. No sé qué pasa ahora mismo por la cabeza de este hombre que ha consumido su vida entera en Las Breñas y no conoce otro mundo que la finca, los madrugones y sus tareas. ¿Le habrán prometido trabajo aunque vendan las tierras?

—¿Cuánto dinero están dispuestas a pagarme por la casa?

Las palabras han salido de mi boca de sopetón, sin pensarlas. Casi todas las conversaciones del mundo empiezan o terminan ahí.

—No lo sé. Me pareció oír... —Dionisio duda, tentado de echarse atrás, de desandar el sendero que está a punto de enfilar—. Creo que el hombre de las leyes dijo diez mil euros.

Suelto una carcajada desabrida. Quería ser un sarcasmo, pero colea en él un deje de angustia que temo haya percibido el capataz. Me están echando el cerco, y no es el viento. La Capitana, que ha debido de notar mis vibraciones, coloca las patas delanteras sobre mi regazo y me acerca el hocico a la cara.

—Que se los metan donde puedan —digo.

—La casa no los vale —Dionisio ha bajado el tono de voz. Se observa las manos; las uñas con luto de haber arrancado cebollas. Ahora no puede sostenerme la mirada—. Las Jaldonas dicen que ni siquiera te pertenece la tierra del huerto.

Respiro hondo. Es cierto que no me pertenece, pero el dueño le permitió a mi madre plantar las verduras para su consumo detrás de la casa y chupar del palo de la luz. Don Julián hacía la vista gorda con muchas cosas, como hago yo con los secretos que conozco. Pero no atacaré por ahí; yo no soy de juego sucio. Ni siquiera sé en qué cajón guardo la escritura. Me veo a mí misma hace veinte años, cuando volví de Londres rota. El último tramo desde la capital lo hice en autoestop, y el camionero, viéndome tan deshecha, me dejó en la misma curva de arriba, aunque tuvo que desviarse de su ruta unos kilómetros. Bajé la costanilla como pude, con la bolsa cruzada sobre el pecho, como mi hermano el día en que padre lo echó del nicho donde vivíamos en el suburbio. La cancela estaba abierta, como siempre. Entré. En la cocina no estaba. Planté la bolsa en el suelo. Se me hizo raro llamarla mamá por el hueco de la escalera. Di la vuelta entera a la casa hasta que la encontré junto al corral, regando el trozo donde plantaba sus hierbas, la ajedrea, la salvia, la hierbabuena, la mejorana y la albahaca. Estaba de espaldas, con los chanclos de goma que usaba para el huerto y los calcetines. Me dolía el cielo de la boca. No podía hablar. Me quedé observándola desde las estacas de la cerca, pensando en el tiempo que llevábamos sin decirnos nada. Le mandaba recados a través de la Jacoba. Ni una sola carta le escribí. ¿Quién se la habría leído? ¿Qué podría haberle contado? Tampoco ella se habría esforzado en contestarme. No compartíamos nada. Cuando percibió mi presencia, se dio la vuelta. Me miró y siguió a lo suyo como si nada, como si mi carne hubiese dejado de ser visible. Volví sobre mis pasos, me metí en la casa, me tumbé en la cama vestida y dormí no sé cuántas horas hasta que me despertó diciéndome que había guisado un pollo. Ya había oscurecido. Cenamos en silencio. El pollo en salsa de almendras y un plato de sopa con una yema de huevo revuelta que se empeñó en prepararme. Mi madre había pasado tantas fatigas que creía amansar cualquier mal con pan. A mi madre el carácter duro se lo había forjado el hambre y se lo remató la desgracia de mi hermano. No me hizo preguntas, no quiso saber. Ni esa noche ni nunca. Pero estaba segura de que había llegado para quedarme.

—A lo mejor me he equivocado con la cifra y son más de diez mil euros —el guardés habla ahora en susurros, como si se tragara las palabras—. Quieren discutirlo contigo, cuando dispongas. Yo no tengo nada que ver.

—No me esperaba esto de ti, Dionisio —digo.

—Yo hago lo que me mandan.

—¿Y te parece un trabajo digno? —doy un puñetazo sobre la mesa y tintinean los vasos y los cuchillos sobre los platos.

Vitali se sirve otro dedo de vodka. Me mira de reojo.

—Primero nosotros y ahora ella —interviene Ibrahima. No necesito que me defiendan, pero me complace—. Con todo lo negro que soy, no llevo sangre de esclavos en mis venas. Soy mucho más

libre que tú. Por nada del mundo haría lo que tú estás haciendo. Amenazar a la gente, qué bonito.

—¿Amenazar? Yo solo he venido a traer un sobre.

—A eso en mi patria lo llamamos ser un hijo de puta —remacha Vitali.

Me sorprende. Creía a Vitali uno de esos hombres que miran el mundo de refilón. Pero oigo la palabra patria e inconscientemente me echo a temblar.

—Pues si no te gusta cómo se hacen las cosas aquí, lárgate —escupe el capataz.

Transcurren tres segundos lentísimos. Cuatro. Cinco. Cae del grifo una gota sobre la pila, sobre el agua que contiene la olla en la que han hervido el arroz.

—Si se pudiera echar el reloj atrás solo un poco, unos tres meses, hasta el 11 de marzo... —hago una pausa—. Me gustaría saber qué habría pensado de todo esto el patrón.

Lo he dicho sin querer decirlo. No quiero acorralarlo ahora, por el respeto que le tuve a don Julián. Dionisio se incorpora empujando la silla hacia atrás con el corpachón. Se encamina hacia la puerta. Un paso, dos, tres. Se detiene en seco. Se da la vuelta. Mira el sobre, que ha dejado encima de la mesa. Me mira luego a mí, repensándose. Vuelve a girarse, y antes de salir por la puerta dice:

—Ángela, estás llevando las cosas demasiado lejos.

El patronato de los viejos

Ahora lo sé con certeza: mi padre se suicidó. También se lo llevó la cadena de la sangre.

El cura me sostiene por la cintura, pero apenas siento el contacto de su carne. Vuelvo a leer el certificado, esta vez en voz alta para que se entere. «Nombre: Gabriel Maroto Lucena. Defunción, hora: diez de la mañana aproximadamente. Fecha: 14 de marzo de 1975. Lugar: domicilio particular, en la ciudad de Barcelona. Causa de la muerte: interrupción circulatoria que ocasionó una isquemia encefálica.»

Salimos a la calle por la puerta giratoria. Echamos a andar. El señor párroco se coloca a mi derecha sin tener que pedírselo otra vez; no soporto caminar con alguien en el lado izquierdo. Interrupción circulatoria, isquemia encefálica. La presión de la sogá, o lo que utilizara mi padre para ahorcarse, le cerró el paso de la sangre por la yugular o las arterias carótidas. Eso es lo que quiere decir el documento. Habría sido más honesto escribir «ahorcamiento», pero los médicos, jueces y curas se parapetan tras la palabrería de alquitrán, apabullan con sus conocimientos para blindar sus dominios: los médicos, el cuerpo; los jueces, la inteligencia y sus posibilidades; los curas, el espíritu, aunque estos prefieren usar un lenguaje para tontos. Son sus cuentos de cojos que echan a andar o muertos que resucitan lo que escapa a la comprensión.

—La medicina también está a vuestro servicio —le digo—. El suicidio ni mentarlo. Pecado mortal. Hay que leerlo entre líneas.

Al cura se le dibuja una sonrisa algo cínica en la comisura izquierda de la boca.

—Los médicos mencionan la causa inmediata de la muerte, pero no la anterior —se defiende—. Mientras no haya indicios de asesinato o de la intervención de terceros, el forense no entra a desmenuzar si fue suicidio o accidente —lleva un refregón de barro en el zapato; le miro los pies mientras caminamos—. Lo hacen por costumbre, supongo. Por respeto. O quizá por las familias. A veces hay un seguro que cobrar, ya sabes.

Nosotros no teníamos nada más que la casa de El Hachuelo.

Avanzamos cabizbajos. Propone que almorcemos en una casa de comidas barata, que convida él, y promete llevarme luego en el Peugeot hasta el patronato de los viejos, donde la Jacoba. El último coche de línea hacia la aldea sale a las seis y media, pero me dice que no hay problema, que me quede a dormir esta noche en su piso, que al otro cura no le importará, y mañana, bien temprano, él me lleva hasta el pueblo o me acerca a la estación de las alsinas. Acepto por inercia. Me dejo llevar. No tengo hambre. No puedo pensar bien. ¿Por qué decidió matarse mi padre? ¿Por qué escogió la ahorcadura? Puede que sea el método de suicidio más cruel para los sobrevivientes. La sogá, el nudo, el cuerpo basculante son un dedo acusador. ¿En quién estaba pensando? Yo fui la última que lo vio con vida. Creo.

Embocamos una calle ancha cuyo nombre desconozco, plantada de acacias cada pocos metros junto al bordillo. Una capital de provincia abarcable que sin embargo me aturde; el tráfico, la ley de los semáforos, el ruido del martillo neumático que revienta la acera, el tufo del dinero, que

aquí escasea, la gente que va y viene con lo que parece un propósito. Y este hombre también me aturulla. Habla, habla, habla, habla. No ha dejado de hacerlo desde que me recogió en casa de buena mañana en su Peugeot 205 de color rojo asoleado, cubierto del polvo de los caminos. Intenté seguirle el hilo de la argumentación concentrada en la cinta de la carretera y en el llavero de san Cristóbal colgado del retrovisor, que bailaba con el vaivén de las curvas, pero me costaba un esfuerzo imposible; la cabeza se me escapaba al certificado que habían enviado desde Barcelona, a mi intuición, a lo que iba a encontrarme en el registro civil. El coche olía a ambientador de barra americana, a Ducados, a hombre solo. El cura hablaba de los suicidas de las Escrituras, de Sansón, de Saúl y de Judas Iscariote, que se ahorcó de la higuera o murió despeñado, según qué profeta. La Biblia no condena expresamente el suicidio, dijo. Y que en la Edad Media las familias lo ocultaban para impedir que las tierras del pariente que se había quitado la vida les fueran confiscadas. Hablaba, hablaba, hablaba. Para él es falsa la idea del suicidio como máxima expresión del libre albedrío, porque no existe sujeto más acorralado que quien decide quitarse la vida. Se lo explicó el psiquiatra, el que vino a estudiar la concatenación de suicidios en la comarca, el mismo que marcó las cruces a lápiz en los libros de la sacristía. El médico también le habló del comportamiento de algunos animales, de las ballenas que se varan en la playa para morir, de los insectos que se devoran a sí mismos, de un documental de la tele en que un macho cabrío que había sido el líder de la manada, viejo y malherido, se precipita al vacío desde un peñasco de la sierra de Cazorla al percatarse de la cercanía de los lobos.

Tengo miedo. Miedo de la sangre. Miedo de que el tábano siga picándome en las sienes. «Tu padre y el padre de tu padre se mataron. ¿Y tú?, ¿a qué esperas?»

El camarero nos sienta a una mesa junto al ventanal que da a la calle. Enseguida trae pan, cubiertos, una frasca de vino tinto sin haberla pedido. El cura se limpia las gafas empañadas con un pico del mantel zurcido, en un gesto demasiado doméstico. Durante el trayecto en coche, cuando me ha dejado meter baza, me he atrevido a preguntarle por qué se hizo cura. No pareció dudar en la respuesta: «Porque no puedo soportar el sufrimiento de los demás»; eso dijo exactamente. Qué extraño. Este hombre estuvo a mi lado en la muerte de mi madre y también me acompaña ahora, en este momento de intimidad, cuando al fin sé que mi padre se ahorcó, y sin embargo no acabo de acostumbrarme a llamarlo Andrés. No me determino a traspasar la barrera, aunque pasó lo que pasó aquella noche. Sucedió rápido, como si estuviéramos predeterminados. Ni siquiera nos quitamos la ropa, a oscuras en la cámara del grano. Abajo, en la habitación, mi madre muerta con la Jacoba; arriba, en el sobrado, la compasión de un solitario que sació en mí su hambre torpe y culpable. Me ha buscado otras veces, pero lo rehúyo. No quiero su ternura. Elige del menú las acelgas rehogadas, la carne empanada y el flan de postre. Yo solo pido la carne para que haga colchón al vino. Más que apetito siento náuseas. Sal en la boca.

—A mí también me despertaron la curiosidad las señales a lápiz —dice—. Cuando contacté con él, ya me había tocado enterrar a varios ahorcados, y quieras que no te impresiona. Un hombre inteligente y metódico, el psiquiatra. Llegó a escribir una tesina de licenciatura sobre la profusión de suicidios.

—¿Qué explicación daba él?

—Ni la endogamia ni la tristeza de los húngaros. Nada de esos cuentos. Tampoco que los nogales secretan una sustancia química que predispone a la depresión. Me dijo que los suicidas escogen los nogales porque tienen las ramas lo suficientemente resistentes como para aguantar el peso de un cuerpo.

—Ya lo supongo.

—Y la soledad, siglos y siglos de soledad. Como científico, él solo creía en el aislamiento de estas tierras. En la depresión. En el alcohol. En la costumbre de entender que la muerte es un tránsito tan natural como pasar a la habitación de al lado. Y en el contagio, claro.

—¿Contagio? ¿Como si fuera un virus?

—Si quieres, llamémoslo así. El psiquiatra me lo explicó como un procedimiento que se transmite de generación en generación.

—Una cuestión genética.

—No exactamente. Se trata más bien de un patrón de conducta en la red familiar. Los genes sí pueden intervenir en la tendencia heredada a la depresión.

Pienso en mi padre mirando la vida pasar por la ventana, en su tristeza pegajosa desde que lo echaron de la fábrica. La voz de mi madre, «¿tampoco vas a salir hoy a buscar trabajo?».

—El psiquiatra me lo explicó como un comportamiento aprendido. Alguien entre los familiares o en el entorno próximo se quitó la vida en un momento de angustia y crisis profunda. Y ese suicidio persiste en la memoria —el cura baja la voz y mira hacia la mesa de al lado, como si estuviésemos urdiendo un asesinato— convertido en un referente, en una posibilidad de salida.

Mi padre lo sabía. Ahora estoy convencida. Mi padre tuvo que saber que el suyo, el suyo de verdad, se había ahorcado. Se lo comía la tristeza, y sus muertos lo llamaron. La sangre mala de los Jaldones.

—Sucede en determinadas familias —prosigue el cura—. La saga de los Mann, por ejemplo. La familia de Thomas Mann está infestada de suicidios. Tías, hijos, hermanos, nietos. Una epidemia.

¿Qué torturaba a mi viejo para matarse? ¿El fracaso con Gabi?, ¿el haberlo echado de casa?, ¿la vida inútil?, ¿la pesadumbre que se le pegaba a las suelas?, ¿la lejanía de sus raíces? Tal vez, la añoranza del cerro. Mástico la carne empanada, pero me cuesta tragarla. Me sabe a serrín.

—O los Hemingway: él se reventó los sesos con una escopeta de doble cañón; su padre ya se había pegado un tiro en mil novecientos y pico, entre las dos guerras mundiales; su hermana Ursula, la del novelista, me refiero, se mató cinco años después que él con una sobredosis de somníferos; y luego su hermano pequeño, Leicester, que era diabético. Lo mismo la nieta, tan rubia ella, la actriz Margaux Hemingway. Se metió un tubo de pastillas justo la víspera del aniversario de la muerte del abuelo, cuando se cumplían treinta y cinco años de su suicidio.

¿Qué me importan a mí Hemingway y toda su parentela? Vuelve a la tierra que pisamos, padrecito Andrés.

—No te vayas tan lejos: aquí tenemos a los Jaldones. Al terrateniente de Las Breñas, a su padre y a la abuela, la del pozo.

Pego un trago de vino. Me raspa la lengua.

—Y mi padre —lo que no se nombra no existe y, aun así, lo menciono—: Se supone que llevaba la simiente mala de Las Breñas.

Andrés calla. Ya ha rebañado su plato. Se espesan el ruido de cubiertos, el zumbido de la tele, el runrún de las conversaciones en el comedor. Funcionarios, oficinistas y jubilados en la ciudad amodorrada. El cura me mira ahora con fijeza a través de las gafas.

—¿Lo has pensado alguna vez?, ¿se te ha pasado por la cabeza la idea de matarte? —suelta a quemarropa.

¿Cómo explicarle que fui una estampida de bisontes?

En una ocasión estuve a punto de matarme por azar. ¿O acaso buscaba mi muerte inconscientemente? Hacía muy poco que había abandonado a Nigel, la asfixia del estudio y cuanto sucedió allí dentro, y había vuelto a la casa de Balham con Sally. Bebimos cerveza y whisky en un

garito esperando al camello de Sally, que no apareció. Dimos vueltas. Preguntamos. Acabamos comprando dos gramos de cocaína en un callejón a dos tipos negros a los que no habíamos visto en la vida. El plan era ponernos en casa y luego salir a bailar. Sally hizo dos rayas bien colmadas sobre el cedé de los Dire Straits y ruló un billete de diez libras, «*money for nothing and chicks for free*». Fue ella quien esnifó la primera. ¿Cuánto tardé yo en seguirla? ¿Veinte?, ¿treinta y dos?, ¿cuarenta y cinco segundos?, ¿un minuto? Siempre he querido creer que no le dio tiempo de advertirme que nos habían engañado y que nos estábamos metiendo heroína en lugar de perica. Ella sí la había probado; ella conocía la sed, la quemazón en el cielo de la boca. Sally era una yegua y a ella no le afectó tanto. Lo que vino después lo recuerdo astillado, reflejado en un espejo hecho pedazos, y en cada añico una mueca: Sally me abofetea, Angie, Angie, Angie. Sally me zarandea para evitar que me duerma, porque si sucumbo al sueño, si pierdo el conocimiento, dejaré de respirar y se me parará el corazón; la casera, aterrada; el vómito, la taza del váter; el bigote del paramédico, la jeringuilla. Lo que me inyectó, lo que quiera que fuese, me dejó durante años una marca en el pliegue del codo, el picotazo azul de la muerte. Un aviso.

—¿Y quién no ha pensado en matarse alguna vez? —contesto tratando de parecer sarcástica, porque no quiero hablar de todo aquello—. De todas formas, me costaría mucho decidirme por el método. No confío en la química.

Los suicidios sin consumir tienen algo patético.

Me entran ganas de fumar. Le hago un gesto al cura y salimos del restaurante.

—A veces tengo miedo —no sé por qué acaba de salir la frase de mi boca.

—¿De qué? ¿De suicidarte?

—Estoy rodeada de muerte. Me aterra que me trague el desagüe.

El cura saca el paquete de tabaco y me ofrece. Me da lumbre haciendo cabaña con las manos, como si soplara el viento. Apoyamos el culo en el alféizar de una ventana.

—¿Lo dices por tu padre?

—Por mi padre y por todo, aunque lo de mi hermano Gabi no debería contar. Fue un accidente —levanto la cabeza y miro al cielo; hace una eternidad, pero todavía me cuesta convertirlo en palabras—. Sobredosis. Heroína demasiado pura. Dijeron que había llegado al barrio una partida de caballo sin cortar apenas.

Me escucha con atención. El sacerdocio no le ha usurpado los gestos de la masculinidad, la apretura de las quijadas, la supuesta seguridad de las manos, la forma de expulsar el humo por los agujeros de la nariz.

—Tengo miedo porque mis hombres se matan —hablo ya sin pensar, resuelta, vaciándome.

—¿Tus hombres?

—Acabo de averiguar que mi padre se mató, cuando resulta que también lo hizo mi novio, el hombre al que más he querido —¿cómo explicar lo vivido con Nigel?, ¿fue amor? Lo más parecido que conozco, aunque tuviera que escapar.

El cura me coge la mano y la aprieta. Se la retiro rápido. No te equivoques conmigo, curita. Tiro la colilla, despego el culo del poyete y vuelvo a la mesa. Andrés me ha seguido como lo hace el lebrél cuando tiene frío, a pasos cortos y apresurados. Relleno mi vaso. Bebo y digo:

—Mi novio no se ahorcó. Se tiró al río. Nunca supimos si lo hizo desde el puente de la Torre o si saltó desde un muro de contención. No hubo testigos, eso dijeron. La policía del Támesis encontró el cadáver de Nigel flotando boca abajo, a la altura aproximada del muelle de la Sal. Se había atado los tobillos con cinta de embalar.

—¿Te sientes culpable? —el cura se cruza de brazos sobre la mesa y adelanta el torso—. No

deberías. Cada uno es responsable de su propia vida.

—Yo no fui la causa. Hacía seis meses que lo habíamos dejado y ya no vivía con él —respiro hondo y se me acelera el pulso, como si los vapores de la trementina volvieran a llenar mis pulmones.

No, yo no tuve la culpa, pero ni Paul ni la hermana de Nigel ni yo habíamos detectado indicios en la confusión del estudio. Sin embargo, una agente de policía señaló una estampa que siempre había estado allí avisándonos, la imagen de una obra pegada en la puerta del armario, una lámina pequeña, un poco más grande que una postal, palpitando en su cuenta atrás, desapercibida en la maraña pero llamándonos a gritos: el fresco de Giotto, la alegoría titulada *Desesperación*, donde una mujer pende ahorcada en su túnica florentina, con los puños apretados, mientras el demonio acude a llevarse su alma en el último aliento. Lo más fabuloso de la pintura es el trozo de tela del que cuelga el cadáver; es imposible apartar la mirada del nudo. Ninguno de los tres, ninguno de sus amigos supimos verlo en años.

El camarero se acerca con los cafés. Nos mira como si fuéramos una pareja de amantes furtivos. Los restos del cardenal en el pómulo, que ya amarillea, han debido de completarle el argumento.

—¿Por qué me estás ayudando, Andrés?

La pregunta lo desconcierta. Ahora es él quien aparta la mirada hacia el ventanal y simula observar el movimiento en la calle semivacia en la sobremesa. Finge porque está mirando hacia dentro. Al fin dice:

—Supongo que es mi obligación dar esperanza a los demás.

Hasta luego, adiós, sí, claro, encontraré la dirección de tu casa, no padezcas. Me lío un cigarrillo sentada en un banco frente a la puerta del patronato. Fumo y espero. O al revés, espero y fumo. Una cosa va con la otra, y yo me he pasado la vida esperando. La pintura también es espera. «El óleo siempre se está secando; pueden pasar trescientos años y aún sigue secándose.» Las frases de Nigel. El cura no me ha hecho más preguntas ni yo le he dado explicaciones. Fumo y espero antes de entrar para situarme en el lugar exacto donde quiero estar, en aquel día de marzo en que yo tenía once años y mi padre se ahorcó.

Atravieso la franja de tierra que hace las veces de jardín, con un macizo de hortensias, un olivo viejo y un columpio absurdo en el centro. El hombre del mostrador, las cuidadoras latinas, la enfermera con quien me cruzo en el pasillo me dejan entrar en la habitación, aunque estén echando la siesta, porque ya me conocen de otras veces, de cuando vengo a dar el sablazo. Ahí están, dormidas las dos en la penumbra. A la Jacoba le han endilgado una compañera de cuarto senil porque los pobres ni siquiera necesitamos intimidad para morirnos. Me siento a esperar en la butaca gris de las visitas, pero no sé si tendré la suficiente paciencia. Escucho la respiración de la Jacoba, el fuelle fatigoso. ¿Qué diablos habrá en las lagunas de su cabeza? Recuerda mejor el pasado que lo que desayunó esta mañana. ¿Por qué ha mantenido el engaño durante todo este tiempo? ¿Por qué no se ha atrevido a contarme que mi padre se suicidó? ¿Acaso me tiene por imbécil? Aquí dentro ya huele a las miasmas de lo que habrá de llegar, un olor ácido tan distinto al de entonces, cuando las dos, mis dos madres, olían a una mezcla de lejía y galletas revenidas. Aquí dentro la muerte ya aguarda a sus presas. Sería sencillo adelantarle el trabajo solo con la presión de la almohada sobre la cara.

Tiro de la cinta y la persiana se abre con un tableteo enérgico, inundando el cuarto de luz

amarilla. La otra anciana, cuya cama está más cerca de la ventana, me observa con los ojos muy abiertos. Tiene la mirada dura, la vieja. Los abuelos vuelven a ser niños en su egoísmo. La Jacoba también se despierta y me mira desde muy lejos, como si intuyera a qué he venido. Me quedo de pie. No podría soportar la cercanía de sentarme en la orilla de la cama.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

La Jacoba calla. Está más delgada que la última vez. La muerte afila los rasgos, sobre todo los pómulos y las aletas de la nariz. Es una alfarera paciente.

—Entiendo que cuando mi padre se suicidó yo era todavía una niña, que no podíais decírmelo entonces. Pero ¿cuántos años han pasado, Jacoba?

Se emperrea en su silencio. No entiende que no voy a marcharme de aquí hasta que su boca escupa la verdad. Arrastro la butaca hasta el filo de la cama, y el ruido sobre las baldosas me excita. Sé que su cerebro aún recuerda todos los minutos de aquel viernes de marzo, y lo voy a exprimir. Me siento. Encabalgo una pierna sobre la otra. Esperaré.

—¿Qué hablas? —musita.

—¿Por qué no me dijiste que mi padre se mató?

Guarda silencio. Cierra los ojos. Se pasa la mano huesuda por la cara.

—¿Para qué quieres saber ahora lo que pasó o dejó de pasar?

—¡No me hagas decir una barbaridad! —estoy gritando sin darme cuenta. No me importa que me oigan ni que me llamen la atención. No me sacarán de aquí.

Vamos, abuelita, escupe; ha venido a visitarte la loba del cerro. ¿Por qué habría de apiadarse de ti?

—Me has estado mintiendo todo este tiempo.

—Tu madre me lo hizo jurar, Ángela —susurra ahora con un hilo de voz—. Tenía miedo de ti.

Mi madre, mi madre, mi madre. A mi madre solo le importó de verdad la muerte de mi hermano.

—¿Cuántos años hace que murió tu señora prima? Cinco —añado alzando la voz—. ¿Y no has tenido tiempo suficiente desde entonces para contarme la verdad? —miro fugazmente a la vieja de al lado. Está lela, pero sí percibe el tono de las voces.

Habla, Jacoba, habla. Quiero saberlo todo, hasta el más escabroso de los detalles. Escucho. La vieja deduce bien que mi padre debió de matarse un par de horas después de que yo me hubiese marchado al colegio, cuando se quedó solo en el piso. Descubrieron que cortó con las tijeras el cordón de los visillos del comedor, que solíamos dejar descorridos porque en casa nos entreteníamos viendo a los que subían y bajaban por la calle empinada. Debió de dirigirse lento a la cocina, enderezó la bombona de butano, que mi madre había dejado tumbada para aprovechar hasta la última gota, y la acercó a la ventana. Lo imagino subir a la bombona y atar la cuerda de nylon a la anilla superior de la falleba. La aseguró. Luego se entretuvo haciendo un nudo corredizo en el otro extremo del cordón, se lo ajustó al cuello y, cuando lo dio por listo, derribó el pedestal de un puntapié. Debió de quedarse pataleando en el aire a un palmo y medio del suelo, la altura suficiente, hasta que la compresión de la cuerda le cortó el riego al cerebro. ¿Por qué? ¿Qué tenía en la cabeza? ¿Se acordó de su padre y de la sangre? ¿En qué pensó en el último instante? ¿Quería volver al cerro? ¿A cuál de sus fracasos se amarró mi padre?

—Tu madre se lo encontró colgado de la ventana cuando volvió de las faenas, a eso de las tres, y vino a buscarme enseguida. Fue horroroso —la Jacoba toma aliento y mira de reojo a su vecina—. Se extrañó al pasar de no verlo sentado en el bar de la gallega.

Se había puesto una camisa blanca de domingo. Mi padre se vistió de calle para matarse. Tal

vez iba a bajar al bar, pero en el último minuto se refrenó y volvió a lo suyo, a la cuerda y el nudo. ¿O quizá bajó y regresó después de un último trago?

—¿Quién estuvo al caso?

—Solo tu madre, yo y el señor Mateu, nadie más —la Jacoba me mira ahora a los ojos, desvalida—. Ni siquiera enteramos a mi Paco para que no se fuera de la lengua. Cuando regresó de la fábrica, ya hacía horas que se habían marchado los bomberos y la ambulancia con el cadáver.

—¿Y Gabi?

—Tampoco se lo dijimos a tu hermano.

En las tres noches que pasé en casa del señor Mateu, recuerdo haberme asomado desde su ventana al hueco del patio de luces por ver si atisbaba algún indicio de vida en mi cocina, la luz encendida, un pantalón en el tendedero, las manos rojas de mi madre.

Entra una cuidadora a la habitación con una silla de ruedas. Me mira con recelo pero dice: «Uy, qué bien, Jacoba, tenemos visita». Entre la muchacha y yo la incorporamos, la sentamos en el armatoste y salimos al pasillo blanco, dolorosamente blanco. La hora de la merienda. Camino detrás de ellas hacia el comedor. La chica nos asigna una mesa algo apartada del resto. Los residentes nos miran. Me miran sobre todo a mí. Un anciano con cara de niño sigue mis movimientos con la boca abierta. Por la portezuela del fondo se cuele un ruido amortiguado de cacharros y un olor de caldo y verdura hervida. Aún no les han dado de merendar y ya están preparando la cena. Por nada del mundo dejaría que me encerraran aquí, pero supongo que la vida y sus excesos no permitirán que me haga tan vieja. Tampoco lo quiero. Una mujer de mi edad reparte con un carro yogures, natillas, infusiones de poleo. La Jacoba pide un vaso de leche y dos galletas maría. La mujer me pregunta si me apetece algo, pero declino con la cabeza. No quiero esta mierda. Querría beber, pero aquí no les dan morapio; los adormecen con pastillas. Solo se oye el cucharetear de los viejos en el silencio pastoso. La Jacoba mastica muy despacio. Quiero marcharme. Quiero largarme cuanto antes.

La acompaño hasta el cuarto a través del pasillo, le acepto los veinte euros de propina a mi pesar, la encamo, le doy un beso sin beso. Cuando alcanzo el quicio de la puerta, en el momento de despedirme, la oigo decir mirando el triángulo de luz que una ventana alta proyecta contra las baldosas del suelo:

—No hay que pensar en esas cosas, niña. Se pegan como la sarna.

Los almendros de la linde

Clarea. Cojo el cestillo y el cubo con las mondas y salgo al corral. El cielo aguarda la salida del sol limpio y transparente, como una copa de cristal fino a punto de quebrarse. Desde la muerte de Julián, la vida y los días vienen pasando tan deprisa que, sin darnos cuenta, se nos ha echado encima el verano. Pluto me ve pasar con un ojo abierto, ovillado en el tranco del cobertizo; todavía es temprano para él. Una de las gallinas rubias se ha puesto clueca y no sale del nidal a curiosear. Si pudiera conseguirle maíz... Lleva días arisca, tontona; solo se levanta para comer y enseguida regresa a proteger los huevos con su calor. El gallo la vigila de cerca para que se mueva lo mínimo y le defiende el espacio, de mí y de las otras gallinas, a picotazo limpio. Se me encara, incluso. De natural, el señor gallo suele preferir a las pollitas más vistosas, las de cresta tiesa, pero cuando alguna se enclueca, aunque sea de las feúchas, abandona la jactancia, la protege y defiende la continuidad del gallinero. Está más violento. Se estiraza. Me hincha las plumas rojas del cuello. Tranquilo, pependencias: aquí la dueña sigo siendo yo. La única que se atreve a desafiarlo es la morucha, encaramada el día entero en el vallado o en las ramas de la acacia, tan alto como le permite el vuelo alicorto. Ya no se deja pisar. Vive apartada de las demás, que la respetan cuando baja a picotear, esperando a morir de vieja, y en verdad merecería el honor de no acabar en la cazuela. Ya no pone. No ha puesto un huevo desde el último otoño, y jamás la vi empollarlos. La morucha nunca tuvo instinto maternal. Como yo. No sé si llevo bien las cuentas, pero creo que ya va para dos años que no menstrúo.

Entro en casa con once huevos aún tibios en el canastillo y, desde el zaguán, ya huelo el café que ha preparado Ibrahima. Está sentado a la mesa, en el banco largo que mira a la ventana, con una taza humeante en la mano y, entre los dedos, el primer cigarrito de hierba de la jornada. Ha plantado cinco matas de marihuana en la hoya entre el bardal del huerto y la arqueta de la fosa, a resguardo del viento y de las miradas ajenas desde el camino que baja hasta la aldea. A mí me da igual que fume; a don Julián tampoco le importaba, dice. Me da los buenos días. Se los devuelvo. Sí, quiere desayunar. Huevos fritos, claro. Mejor dos. También yo tengo apetito. Pongo la sartén a calentar en la hornilla. Doy más gas. Me fascina el color naranja de la llama con el corazón azul. Corto pan. Me echo el resto de la cafetera en un vaso. A través de la mosquitera y de las hojas del emparrado se cuele un trozo de cielo liso. El aceite crepita. Rompo la cáscara contra el borde del plato. El huevo viene con galladura, con una pinta de sangre en la yema. Asco, el asco que nunca he sentido. Lo vierto por el desagüe sin que Ibra me vea.

Desayunamos en silencio. Ibrahima mastica despacio; en cambio, yo apuro el trámite. La vieja Capitana, tragona y amante de la vida regalada, sigue meneando el rabo por si le cae algo. La edad no le ha borrado las hambres atrasadas de mestiza.

—Cuando acabes, nos ponemos a trasplantar y encañar las tomateras. Vamos bastante atrasados.

—Hoy no puede ser —contesta Ibrahima—. A las nueve me espera el Pellejero en la casa del humedal.

—¿Y eso?

—Una chapuza. Quiere que le ayude a limpiar la toba del depósito del agua.

Me alegro de que alguien nos eche una mano. A esos dos los llaman los Pellejeros, al Arcadio y a su hermana, la viuda. Él no me gusta demasiado ni sé cómo respira, pero me reconforta saber que entrará algún dinero en la casa aparte de la limosna de mi subsidio. Migajas. La renta mínima por riesgo de exclusión social. Así hablan.

—Creo que me llevará un par de días.

—¿Cuánta guita? —pregunto.

—Cuarenta euros la peonada más la comida.

—Se nos apareció la Virgen, *brother*.

Me pregunta si quiero otro café. Le digo que sí. Empezaré yo sola con los tomates hasta donde pueda llegar; ya tengo listas las cañas, removida la tierra, trazados los surcos y los caballones. Ibrahima cacharrea a mis espaldas, sobre el poyete de la cocina. Hay días en que el mero existir podría acercarse bastante a la dicha. Desde que el ucraniano se largó hemos reconstruido una vida a nuestra medida, donde el tiempo transcurre al ritmo del sol, con una división de las tareas que no ha hecho falta discutir. Los quehaceres se han repartido solos. Yo cocino; él lava los platos. El baldeo de la casa y el gallinero son míos. Suyos el escarde de la mala hierba, esa correhuela que rebrota como una mala cosa, los arriates de las flores y los cuatro frutales. En la faena del huerto vamos a medias. No es tensa la convivencia, pero nuestras confianzas se han achicado desde el domingo en que despedimos a Vitali en charlas limitadas ahora a lo sustancial, como si ya estuviera todo dicho o el resquemor hubiese instalado un velo entre nosotros. No le he contado el descubrimiento de que mi padre se ahorcó, igual que el señorito. No quiero que entre a hurgar ahí. Procuero no pensar en ello ni escuchar el revoloteo del tábano. Tampoco pienso en la casa. Ibrahima me vio quemar el maldito sobre que trajo Dionisio sin haberlo abierto siquiera, y ninguno de los dos ha vuelto a mencionar el asunto. Un día más, otra muesca en el calendario de la pared. Llevo días queriéndoselo preguntar, pero no me acabo de decidir por miedo a ofenderlo: no sé qué hace aquí conmigo, en esta casona vieja, sin más porvenir que ver crecer las matas de habichuelas y esperar la lluvia. A mí ya me está bien. Quizá me atrincheré aquí demasiado pronto, demasiado joven todavía, pero sentí entonces que ya había vivido bastante. La felicidad era esto. O casi. Yo ya viví lo que tenía que vivir, dos vidas en una, pero ¿él?, ¿a qué está esperando?

Vuelve a la mesa con los cafés. Abre la lata y se echa tres cucharadas con colmo de azúcar. Su mano remueve enérgica la cucharilla. Tan joven todavía; podría enderezar el rumbo lejos de la aldea y de estos campos cada vez más vacíos y resecos. Por más que me esfuerzo, no entiendo por qué huyó de África, de qué sirvieron los diez días de travesía desde la Casamance hasta Santa Cruz de Tenerife, las olas que amenazaban con tragarse la barcaza, noventa y seis personas a bordo, el sabor de los propios orines, el salto a la península, el internamiento en el centro para extranjeros, el espinazo roto en los campos, el trabajo en el matadero, la pelea, la huida herido por los montes. ¿Para qué?, ¿para enterrarse aquí conmigo? ¿Dónde quedó su primavera africana? ¿Dónde su estación de las lluvias? ¿Dónde sus timbales y el *djembé*? Los murciélagos de que me habló, los que echan a volar en el cielo púrpura en cuanto caía la primera gota. Y el cordón umbilical que, nada más nacer, su abuela enterró a los pies del baobab, detrás de la casa familiar, para que siempre tuviera un lugar adonde regresar. ¿Qué sueño vino buscando? Ibra tiene miedo; a veces lo mastica. En el fondo, no sé nada acerca de él.

—Ayúdame a pelar a la perra antes de irte; vas sobrado de tiempo —le pido—. Luego te preparo unos huevos para que se los lleves a la viuda.

La Capitana ya no protesta por el aseo como al principio, cuando llegó loca de dolor, vagabunda y comida de garrapatas. Nos sigue dócil hasta el lavadero, debajo del emparrado. Acepta el agua limpia que le echo despacio con el cuenco de las manos. Ibrahim la sujeta y sonrío. Primero las patas, con cuidado, con las tijeras. Luego las lanas del lomo, con la maquinilla. Así, quieta, muy bien. Sabe que acechan los calores. Se deja hacer.

De repente, el lebrel, que dormitaba lánguido bajo la higuera, salta disparado hacia la cancela y mete el morro entre las hojas de forja, demasiado pesadas para él. Araña los hierros con las patas delanteras, ansioso por salir a la vereda. ¿Qué te pasa, Pluto? La Capitana se zafa de entre las manos de Ibrahim y nos ladra enseñando los colmillos. Se sacude el agua, salta y, a medio pelar, va en busca del lebrel. Ibra y yo cruzamos miradas y, sin mediar palabra, nos entendemos de golpe: alguien merodea por ahí. Ibra acude a abrir la cancela, y es ahora, con las dos hojas abiertas de par en par, cuando los perros se lanzan a los campos como dos flechas, la Capitana con sus trasquilones de espantajo. Parecen guiados por el oído más que por el olfato. Ibra sale tras ellos. Me calzo como puedo los chanclos de goma que mi madre usaba para el huerto y trato de darles alcance. Ahora sí; ahora distingo a lo lejos un zumbido metálico y violento, a cuyo reclamo los perros acuden. El aire huele a diésel, un olor picante que se me pega al paladar y me excita los nervios. Los tallos de avena loca se inclinan a mi paso. Pluto y la Capitana ya trotan por la mitad del baldío y sus ladridos restallan en el aire como cañas secas. Corro, corro, corro. Mi sangre es vieja pero tengo buenas piernas, músculos y tendones firmes a base de caminatas. Los chanclos resbalan en los terrones de tierra. Una espina de cardo me atraviesa el calcetín, o tal vez sea un pajón del rastrojo, si quedó alguno después de la última cosecha, que ya ni recuerdo. No me detengo; sigo adelante renqueando, como puedo. Ibrahim y los perros ya casi han alcanzado la linde. Me ahogo. Me cuesta respirar. Me duelen los pulmones, no tanto del esfuerzo como de la rabia por lo que atisbo a trescientos metros: están cortando los árboles del bancal, mis almendros, los que habían separado nuestras tierras de las propiedades de los Jaldones, y ahora el hombre de la motosierra ata una cadena a uno de los troncos talados para que el tractor arranque el tocón de cuajo, como la muela de una bestia enorme. ¿Qué está pasando? ¿Por qué? La máquina cabecea porque las raíces se resisten a soltar las uñas de la tierra. El motor ruge. Llego, casi caigo. Distingo que es Dionisio quien conduce el John Deere y el hombre de las cadenas Sebastián Magaña, el dueño del taller de chapa. Me agacho, agarro el primer pedrusco que encuentro, lo arrojo con fuerza pero percute en el acero de la cabina con un sonido ridículo.

—¿Qué estáis haciendo, hijos de puta?

El alarido me raspa la garganta, pero apenas me oigo. Ibrahim se agazapa detrás de mí. La perra se ha colocado entre mi cuerpo y el tractor como protegiéndome, sin acercarse demasiado a las ruedas, mientras Pluto da vueltas desesperadas entre el amasijo de ramas cortadas y las piernas de Magaña, que permanece muy quieto, clavado en el suelo, la sierra mecánica sobre la tierra, con los dientes mirando al cielo. Huele a aceite quemado.

—¿Quién os ha dado permiso?

El capataz quita el contacto y el motor se para con el estremecimiento de un trueno. Ni siquiera se digna mirarme; sigue con las manos asidas al volante y la vista perdida en el vacío.

—Hijo de puta —esta vez lo suelto sin gritar.

—Tampoco hay para tanto —oigo que dice Magaña acercándose a nosotros.

—Tú cierra el pico, Magaña, que no es contigo. Bien barata vendes tú la lealtad.

El chapista calla. Aparta la mirada y la fija en las puntas de sus zapatos, cubiertos de polvo. Pluto hociquea entre sus pies y la tierra removida. La perra no se separa de mí. Dionisio baja del

tractor con movimientos cansados; un último brinco torpe y desgano desde el estribo. Calza botas de agua hasta las rodillas, de las que se llevan para estercolar. Quiero abalanzarme sobre él, pero Ibrahima me sujeta desde atrás por la cintura y me atrae hacia su cuerpo. Forcejeo. Me chista al oído, Angie, tranquila, Angie. Mi nombre repetido en su voz me sosiega. Aspiro su olor animal de cuero sin curtir. Cuando nota que la respiración se me acompasa, Ibra afloja poco a poco. Me suelto. Me acerco hacia el capataz en dos zancadas. Ya le canta el hocico a aguardiente.

—Has tenido que meterte bien para hacer esta sinvergonzonería. Te faltaba el cuajo, ¿verdad?

Lo agarro por el cuello de la camisa, salta un botón, suelto la tela, le golpeo con ambos puños en la caja del pecho y él me coge de las muñecas mirándome sin mirarme. No le hace falta ejercer demasiada presión para inmovilizarme. La perra salta sobre él.

—Quieta, Capitana, quieta —trato de calmarla—. Qué habría dicho el patrón, ¿eh? ¿Qué habría dicho Julián si viera lo que estás haciendo?

Y es ahora cuando me mira de frente y rebusca en mis ojos. La mancha en forma de cerradura brilla y tiembla. Tiene el iris del mismo azul sucio que mi padre. Él sabe lo que estoy pensando. Los imagino a los dos, a él y al señorito, jodiendo en las cuadras, Julián aferrado al comedero, Dionisio ciego en las embestidas. Él sabe que yo sé.

—Hace ya tres domingos que fui a llevarte el sobre, y aún no les has dicho nada.

Dionisio saca un pañuelo del pantalón de trabajo; se enjuga la cara, la sotabarba, las comisuras de la boca.

—¿Y qué esperaban? ¿Que acudiera de visita con flores y un cesto de ciruelas? Quieren echarme al muladar, y te juro que eso no lo verán tus ojos. Al estercolero me iré yo solita y cuando me venga en gana.

—Yo solo cumplo lo que mandan las Jaldonas y el abogado —Dionisio hace una pausa y agrega—: Esta tierra ya no es tuya, Ángela.

—¿No te das cuenta, Dionisio? —lo abofetearía con gusto para sacarlo de su estupidez—. Te están usando para hacer la faena sucia y luego, cuando ya no te necesiten, te arrearán la patada en el trasero.

El capataz me mira incrédulo. Se ha roto el lomo en la finca y no le cabe en la cabeza otra vida que esa, ni puede imaginarla siquiera. Bastante le cuesta orientarse tras la muerte de Julián. Pobre infeliz, no sabe que yo veo donde los demás no alcanzan.

—Porque, dime, ¿acaso te ha dejado algo el patrón en la herencia?

Lo sé. He disparado a matar. He ido a humillarlo.

La mano recia del capataz se estampa contra mi mejilla izquierda, y cuando trato de revolverme Ibrahima me hala de la espalda del jersey, me atrae hacia sí y me embrida con fuerza.

—¡Eres un cobarde, Dionisio! Suéltame, Ibra, joder.

—Quieta, quieta —Ibrahima me habla al oído. Con suavidad y determinación.

Los perros me blindan. Ladran seguido, sin acercarse demasiado a Dionisio. Se preparan para defenderme.

—Tengamos la fiesta en paz —dice Magaña interponiéndose entre las bestias y el capataz—. Pero, Ángela, entra en razón, si estos árboles ya están secos. Sabe Dios cuánto hará que no dan una almendra.

—¡Nadie se había atrevido a tocarlos! —grito—. Nadie, nadie en cien años. Don Julián había respetado todas las costumbres antiguas —no llores, Angie, traga saliva pero no llores—. No tengo más que esta casa.

Ibrahima tira de mí. Me aprieta contra su torso. Me obliga a caminar hacia atrás. Dos, tres,

cuatro pasos. Obedezco sin dejar de mirar a Dionisio.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero la leña es mía —lo digo ya sin ira. Casi.

Volvemos a casa cogidos por la cintura y los perros inquietos a nuestro alrededor. Más bien es Ibrahima quien me sostiene el paso vacilante sobre esta tierra mala que había sido nuestra. El sol ya ha ganado altura. Pronto nos achicharrará vivos.

El resto del día transcurre en silencio, entre idas y venidas a la linde arrastrando los árboles con sogas, los troncos primero, las raíces después. Ibrahima no ha ido a la casa del marjal; dice que ya irá mañana con alguna excusa. Me arden las palmas de las manos del esfuerzo. Cuando acabemos de sembrar los tomates, habrá que serrar la madera. Como no cabrá toda la leña en el cobertizo, tendremos que apilar los troncos sobrerros contra la pared de atrás. La leña de mis almendros arderá bien. Con rabia. El viernes me acercaré al almacén del Chano a pedirle alguna saca de fosfatos vacía para tapar el montón por si acaso, aunque ya he perdido la cuenta de las semanas sin agua.

Ibrahima se ha calentado un plato de sopa con un puñado de fideos y lo oigo sorber, a mis espaldas, sentado a la mesa. Yo no tengo hambre. La boca me pide vino. Me he puesto un buen vaso y me he sentado en la silla baja junto a la chimenea apagada, en la butaca con el respaldo de cuerda trenzada que mi madre usaba para la costura. El libro del cura en el halda, pero no tengo cuerpo de leer. No me concentro. Apenas hemos hablado sobre lo sucedido; por alguna extraña razón, Ibra parece más asustado que yo. Ahora se levanta. A mis espaldas, oigo el chorro de agua caer sobre el plato vacío. Cierra el grifo. Se acerca al hogar, se sienta a mi lado en el suelo, sobre las baldosas rojas. No sé cuántos segundos han pasado cuando le oigo decir casi en un susurro:

—Vámonos de aquí, Angie.

Carne y oscuridad

—He de volver mañana a la casa del humedal; aún no he acabado de rascar la alberca —me cuenta Ibrahima—. Se me ha ido el día separando los machos de las hembras y limpiando la nave; estaba hecha un asco.

—Me lo figuro —digo por decir algo. No me apetece en absoluto escuchar su historieta de plumas, sangre y mierda.

—A una de las hembras le habían sacado los ojos; a otra le faltaba media cabeza. Las hemos sacrificado.

—Ya. Hace unos cuantos años pasó exactamente lo mismo.

Fue al poco de haber llegado. Mi madre y yo nos acercamos hasta el humedal para echar una mano a los Pellejeros escamondando el desastre. El bochorno era tan insoportable que las codornices, la mayoría, se habían matado a picotazos. Sobre todo habían sido los machos los que se ensañaron con las hembras: fueron a degüello, a la cabeza. Nadie se lo explicaba en la aldea. Hubo quien dijo que las aves se habían trastornado por la falta de espacio, porque se habían juntado demasiados machos en un solo galpón, por la escasez de comida o de no sé qué vitamina. Yo solo sé que el sol caía a pedazos, y presiento que este será un verano peor. Hoy ha hecho tanto calor que hasta los perros estaban inquietos e irritables.

Ibrahima está sentado a mi izquierda, en el canto de la mesa, como siempre, masticando en silencio. Ahora solo se oye el zumbido de la bombona del campingás y el aleteo de las mariposas nocturnas que revolotean alucinadas alrededor, trazando círculos concéntricos cada vez más cercanos a la luz del fanal. No pueden resistir la atracción. Un resplandor en mitad de la noche sigue siendo a un misterio contranatural para ellas después de millones de años de evolución. No lo comprenden, y se arrojan de cabeza.

—En mi país, en las noches de verano, las polillas se acercan tanto a las velas que se queman en la llama. Mi abuela decía que son almas en pena.

—Como nosotros dos, más o menos.

Nos echamos a reír, pero nos sale una risa vieja, como cansada: cortaron la luz hace tres días. Tres días y tres noches, las tres noches que llevamos cenando lo mismo, costillas de cerdo bajo la luz de gas. Carne en el almuerzo y carne en la cena, carne a todas horas como dos lobos de monte. Vamos comiendo la que tenía guardada en el congelador del cobertizo para los fríos del invierno antes de que se eche a perder. Nos vinimos a dar cuenta del apagón anteanoche, cuando me disponía a preparar la cena y, al darle a la rosca del interruptor, la luz de la cocina no se prendió; me subí a la mesa, desenrosqué la bombilla y, nada, estaba perfecta. Ibra revisó las habitaciones, y lo mismo. Tampoco se encendía el reflector de la entrada. Nos acercamos hasta la caseta del transformador, que estará a unos trescientos metros desde la barda trasera del huerto, y lo más extraño que detectamos a simple vista fue una escalera de tijera ancha, de las que se usan para el verdeo, apoyada contra la pared de obra. ¿Por qué la dejarían allí? Para intimidarnos, supongo.

Para reírse de nosotros. Fue Ibra quien advirtió que un cable que bajaba desde uno de los seccionadores hasta el suelo estaba segado. ¿Acababan de hacerlo? ¿O había sido durante la noche? ¿Cómo lo consiguieron sin que me diera cuenta? No recordaba haber salido de casa en todo el día. «Nos están acorralando», dijo Ibra. Nos recogimos en silencio, con la noche ya encima y el fanal de gas iluminando nuestros pasos, acompañados por el cricrí de los grillos sobre la tierra recalentada.

Alguien ha tenido que ir a las Jaldonas con la copla de que estábamos chupando la luz de balde, alguien ha tenido que echarles una mano para cortar los cables. Supongo que han sido las mellizas y su corte, pero tampoco tengo la certeza. Ya no sé quién es quién en la aldea ni cómo se reparten las lealtades divididas. La casa llevaba una montonera de años conectada al transformador de Las Breñas, pero no robábamos la electricidad de la finca, sino de la compañía. Eso le dijo Magaña a mi madre cuando le hizo la trampa.

—¿Quieres una raja de melón?

—No, gracias. No quiero melón por la noche.

Ibrahima se levanta y se dirige a la trascocina, que siempre se usó como despensa porque da a la umbría y es el rincón más fresco de la casa. Hemos bajado una mesa camilla de las habitaciones vacías y, arrumbada contra la pared, justo debajo del ventanuco abierto, hace las veces de fresquera. En una vieja artesa de amasar pan he metido toda la carne del congelador, el costillar de cerdo, unas pocas salchichas, un conejo entero, con un recorte de mosquitera encima para que no la toquen los insectos. Esta noche no corre una migaja de aire.

Me están poniendo a prueba, las Jaldonas y sus confabulados, pero ellos no cuentan con que podría ser capaz de continuar mi vida a oscuras hasta morirme de casi vieja. Al moreno tampoco parece importarle demasiado, aunque fuma más hierba que nunca, replegado sobre sí mismo, como un caracol mudo. Durante el día seguimos el ritmo del sol. Me despierto antes de que amanezca y aprovecho hasta la última gota de luz para adecentar la casa, lavar la ropa a mano, atender a las gallinas y los quehaceres del huerto, que no acaban en verano; con la bomba del pozo inutilizable, acabo agotada de regar el huerto a base de cubo, sogas y garrucha. No me quejo. Así vivieron durante siglos quienes me precedieron. La siega, las noches de verano en el patio contemplando el cielo estrellado, los olivos, el calor de la lumbre en enero, cama temprana y vuelta a empezar. Es de noche, sentados a la mesa mientras cenamos, cuando el tiempo se vuelve más lento y profundo. Más allá del haz de la lámpara, de nuestras manos y platos, la tiniebla. Imagino aquí a mis antepasados, alrededor de esta misma mesa de nogal, a la luz de un candil de aceite, hablando bajito, en susurros, como el rumor de la hierba que crece. ¿Sobre qué conversaban? ¿De qué hablamos los pobres? ¿Abrazó la Emeteria alguna vez a mi padre como se abraza a un hijo? Oigo una voz de entre todos los muertos que dice: «Las cosas son como siempre han sido». Podría seguir viviendo así, pero sé que en invierno los días se acortarán y seguiré extrañando la música de la radio; las pilas que me recarga el Chano en el almacén se gastan enseguida. Y se me fatiga la vista de leer con la luz tan cruda del campingás. Puedo vivir así, pero algo tengo que hacer.

Voy a acostarme, a seguir rumiando en la cama. Le doy las buenas noches a Ibra. Me las devuelve. Que se acuerde de apagar la lámpara de gas. Vale, hermana. Prendo una vela y subo a la habitación. Mi sombra se proyecta inmensa sobre la pared de la escalera.

Abro los ojos. La luz de la mañana ya entra en el cuarto; es más tarde que de costumbre. He dormido a parches, pero sé que no ha sido un sueño: Ibrahima se coló anoche en mi cama. Debíó

de atravesar la oscuridad a tientas, pero con la certeza del furtivo que huele los atajos. Esquivó el armario de luna y rodeó la barriga de la cómoda. Acostumbro a dejar la puerta entornada, y aunque tengo el sueño roto de las hormigas no me enteré hasta que tiró del embozo vuelto, se deslizó bajo las sábanas, se arrimó a mi espalda, y su mano empezó a explorar mi vientre, indecisa al principio, tanteando. Habría podido zafarme. Habría podido echarlo a patadas. Sé que habría obedecido, pero le dejé hacer lo que deseaba. Me buscó con dedicación la complicidad de los pezones. Sus dedos, su lengua, sus músculos, el calor de su cuerpo habían llegado para servirme, y quiso hacérmelo saber exasperando la lentitud. La carne es sabia y recuerda. Me acarició, me bebió insistente, como si la vida se hubiese concentrado ahí abajo, hasta que me dejé ir en un vuelo raso porque mi mente sigue alerta, atirantada como el arco a punto de soltar la flecha. Solo entró cuando me hubo satisfecho, pero sin disfrutar de la intimidad, aplicándose en la mecánica con embestidas cada vez más rápidas para descargar cuanto antes. Al acabar, soltó un bufido que sonó a alivio y a la vez a desesperación. Me limpió con su camiseta y enseguida se marchó al cuarto de mi madre; no me hizo falta pedirselo.

Me duele la vagina. Me palpo. Está húmeda. Es sangre. Ha vuelto a bajarme la regla después de no sé cuánto tiempo. Aflora la hembra que hay en mí. Qué contrasentido. Lo que en la juventud era un incordio doméstico, o la inquietud por su tardanza, es ahora un grito, un pequeño triunfo de la biología sobre el tiempo, un instante arrebatado a la nada. Me levanto. Rebusco en los cajones de la cómoda. Ya no guardo compresas, y lo más parecido a un tampón que tengo son los cartuchos de la Sarasqueta del calibre doce. Cojo un pañuelo, lo doblo dándole forma rectangular, me lo pongo en las bragas. Vuelvo a la cama. Vaya, también he manchado la sábana. Una huella roja sobre el blanco. Sangre. El color de lo vivo, de lo que mueve la vida.

Sucedió una tarde en que me había tocado el turno de mañana en el pub y regresé a casa más temprano que de costumbre. Lo llamé en voz alta. Nigel no estaba en el estudio. Pensé que habría salido a caminar. Entré al cuarto a cambiarme de ropa, y fue entonces cuando la descubrí: una mancha de flujo menstrual en mis sábanas, la sangre de otra vagina en lo que creía mi cama, nuestro santuario. Supe entonces que habíamos terminado, y allí mismo le escribí una carta larga que dejé sobre la mancha. Recogí mis cosas, las que me interesaban, las embuté en dos bolsas de deporte y me fui al pub a esperar a que Sally acabara su jornada. Entonces no intuí lo que estaba por venir, que tendría que regresar al estudio ni que robaría una de las libretas que Nigel tenía apiladas sobre la mesa del taller. Aún la conservo.

Abro de nuevo los cajones de la cómoda. Aquí está. Un cuaderno grueso de tapas de cartón manchadas con cercos de tazas y un rótulo en la cubierta, caligrafiado con tinta roja, que dice «*flesh and bones*», carne y huesos. El inglés distingue el filete de la lujuria. Me siento en el filo de la cama. Prendo la vela. Hojeo al azar los viejos esbozos, las resabidas observaciones sobre el color. «El azul deriva del negro y causa una sensación de frío, como también evoca la sombra. El azul siempre necesita más. En cambio, el verdemar es un color exquisito.» La he repasado centenares de veces. Con esta libreta, he desmenuzado la pena y sobre todo el amor hasta el asco. La búsqueda de Nigel. Sus frases. «*Your skin glows pink.*» Él decía que los malvas y asalmonados arrancaban a mi piel un brillo especial. Aunque no es un diario, algunas anotaciones de la libreta tienen fecha, como la primera vez que habla de mí: «3 de abril de 1989: Angie, española, menuda, alta proporción de blanco plata. Anoche se quedó a dormir. Respiraba como un animal excitado. Desconfío pero sé que volverá». He releído esta entrada y las otras montones de veces,

observaciones sobre las modelos que fueron antes que yo y las que vinieron mientras tanto, sobre la mezcla de pigmentos para alcanzar su tono de piel. «Hazel, inglesa purísima: blanco de zinc, bermellón, violeta cobalto.» «Anjali, padres hindúes: rojo de cadmio, blanco titanio, amarillo de Nápoles, verde vejiga, óxido de cromo.» «Oksana, belleza fría de Siberia: negro de Marte, blanco de plata, rojo púrpura de Egipto, amarillo real, ultramar.» Entonces aún importaban los asuntos de la carne. Entonces no sabía que el sexo más profundo del que jamás gozaría lo tuve con él, cuando posé para Nigel, dándome entera, y al mismo tiempo sé que ninguna otra mujer penetró tan hondo como yo en su caverna de luz y sombra. Deslizo las páginas entre mis dedos, hacia delante y hacia atrás. «Octubre, 1990: me doy cuenta de que muchas de mis modelos son chicas con algún tipo de hueco en sus vidas, un agujero que solo se llena posando para un artista.» Sigo leyendo, apuntes breves, como hilachas de humo: «Soy muy retiniano. Soy una máquina de mirar». «El esfuerzo de pintar cuadros es casi troglodítico.» «*Buey desollado*, Museo del Louvre. Adoro los rojos de la carne, los azules, los amarillos de la grasa. Me gustaría llegar a ser un maestro carnicero, como Rembrandt, como Soutine, como Francis Bacon.» Aún no he podido olvidar el hedor a carne podrida.

Aquí están, hacia el final, las viejas polaroids pegadas al papel. Nigel había fotografiado el Támesis a diferentes horas, en días distintos, con la marea alta o durante la resaca, pero los años han empastado todos los matices en un tono único, sin brillo, el color parduzco del barro y el tiempo: Londres es una ciénaga en la memoria. Londres es el río, el agua hipnotizante. Tenía algo magnético en su movimiento apenas perceptible. Me asusté. Me asusté muchas veces y, sin embargo, volvía y volvía a la orilla traicionera. Bajo la superficie en apariencia tranquila, las aguas se agitan sin cesar y las corrientes se enmarañan con los bancos de lodo, como brazos que forcejean amenazando con arrastrar hacia el fondo cuanto se sumerja en ellas. Otro apunte de las últimas páginas: «22 de noviembre de 1990: hace un frío horroroso; siete grados dentro del estudio. Escucho en la radio que acaba de dimitir la bruja de Thatcher. No puedo creerlo. *Farewell, Maggie, the witch*». Alguna de las anotaciones lanza indicios, tal vez sutiles avisos que nadie supo captar, ni sus amigos ni yo misma: «Ser artista es una carrera de fondo. Has de dosificarte. Hay muy pocos pintores que lleguen con dignidad. Las ideas no se agotan, pero vas repitiéndote, te autocopias. Sin darte cuenta, terminas convirtiéndote en una parodia de ti mismo». Otra: «No puedo dejar de trabajar; tengo la sensación de que estoy muerto, de que no cuento para nada».

Oigo a Ibrahima en la cocina. Me pongo los vaqueros de ayer, una camiseta limpia. Bajo las escaleras. Lo encuentro sentado a la mesa, desayunando una rebanada de pan con un trozo de carne fría, de la que sobró anoche. Buenos días. Le noto el desconcierto en la velocidad con que parpadea. Lío un cigarrillo. Me preparo un café; el culo de la cafetera aún quema. La meto bajo el chorro de agua fría. Aunque estoy de espaldas, frente al fregadero, y no puedo verlo, sé que me está observando. Siento el recorrido de sus pupilas negras por mi espinazo, desde la nuca hasta la rabadilla. Podría incluso adivinar qué está pensando. Hemos amanecido turbados los dos, él mucho más que yo, porque intuimos que lo sucedido anoche ha acabado de quebrar el equilibrio precario de la casa, desorientándonos de tal manera que ya no sabemos cuál es el vínculo que nos une. Casera e inquilino. Amante maternal e hijo putativo. Dos hermanos perdidos en el incesto. O bien ama y esclavo. Puede que sea eso, la Robinsona y Viernes atrincherados en la isla de los caníbales. En cierta manera, le doy cobijo a cambio de su fuerza física, aunque no le haya

examinado la dentadura como a un caballo. No me engaño. Se me está secando el útero y ya peino más canas que cabellos de color, y aunque la vida en el campo y las caminatas hasta el cerro me conservan la elasticidad del cuerpo, sé que Ibrahima no entró anoche en mi cuarto incendiado por el deseo. No me engaño, no: la carne joven quiere carne joven. Tampoco se acostó conmigo en pago de favores por el inquilinato, ofreciéndome un placer que yo no le he pedido. Admiro su cuerpo pero sin ansia, como quien contempla un mármol antiguo. Aunque no quería a nadie en mi casa, no le he obligado a nada ni le he dado a entender que aquí estorbe desde que lo echaron de Las Breñas. Ibrahima se metió anoche entre mis sábanas buscando algo que nunca podré darle: calor de madre. Tampoco la mía supo hacerlo.

Una noche mi madre se metió vestida en la cama de mi hermano para darle calor. Yo los observaba desde el vano, detrás de la estufa encarada hacia la puerta abierta del cuarto. Gabi gritaba, temblaba de frío, se rascaba los brazos como si quisiera arrancarse la piel. Se abrazaban los tres, Gabi, mi madre y el mono loco. Regresé enseguida a mi habitación, cruzando el pasillo a oscuras donde flameaban el azul y el naranja de la estufa de butano. Cerré la puerta. A través del tabique de papel, oía a mi madre como si estuviera hablándome al oído: «Hazlo por mí, hijo mío. Hazlo por mí. Deja esa porquería por mí; has de ser capaz». La voz de mi hermano, en cambio, era un murmullo animal. No sé cuánto tardé en quedarme dormida ni si se acallaron los susurros. Durante aquella temporada, fui muda e invisible para ellos dos. Gabi había regresado a casa, había vuelto a intentarlo, a los tres o cuatro días del entierro de mi padre, cuando le llegó el aviso a los bloques del gobernador o al bar del legionario, o más probable, cuando se le pasó el colocón y reunió el coraje suficiente para encajar un chute de realidad. Vino con lo puesto. Cierro los ojos y aún puedo verlo tumbado en la cama, en calzoncillos sobre la colcha de flores flecada, delgado, con la elegancia esbelta de los heroinómanos, el pecho chupado, hacia dentro, mientras mi madre le lavaba los pantalones negros y la camiseta negra en la pila del lavadero. Yo lo miraba desde el vano de la puerta sin atreverme del todo a entrar en su cuarto. «Has crecido mucho —me dijo—; ya pronto te saldrán las tetitas», y luego se echó a reír con una risa trunca. Gabi tenía los tobillos y los pies hinchados del agua acumulada. No se pinchaba la heroína, que había llegado al barrio como un maná sucio. Mi hermano se la esnifaba o se hacía un chino calentándola en papel de plata, lo que los ingleses llamaban *chasing the dragon*, perseguir el humo del dragón, la bestia que acabó achicharrándolo. Bien sé que Gabi lo intentó. A base de Rohypnoles y agua a manta, de meterse comida en el estómago a la fuerza. Mi madre dejó de limpiar casas durante un tiempo para vigilarlo. Se quedaba pegada a la ventana cuando Gabi, por la mañana temprano, bajaba a estirar las piernas, recorría la calle sin asfaltar de arriba abajo un par de veces, se metía luego donde la gallega a tomarse un café con leche bien caliente y volvía a subir enseguida sin aventurarse más allá ni llegarse al bar del legionario por miedo a la recaída. Mi madre le pagaba los cigarrillos. Mi madre le compraba el whisky peleón. No sé cuántos días y cuántas noches pasó con nosotras. Solo recuerdo un despertar: Gabi había vaciado el monedero de mi madre y los sobres y se había largado. También se llevó los pendientes de oro de la vieja, los únicos que tenía.

Sube el café. Me sirvo un vaso y me siento frente a Ibrahima. En el fondo, no sé nada de él. Nadie sabe nada de nadie. ¿Habrás dejado en Senegal mujer e hijos? Asegura que no. ¿Alguien le espera? Lo estudio detenidamente, las mejillas huesudas, la nariz sin puente, los ollares, el iris de

obsidiana, las manos que anoche me tocaron. Se ha puesto una camiseta del sindicato agrario que le viene grande. Lo miro con fijeza, pero no consigo que él me mire. Cuando al fin lo hace, suelta:

—¿Quieres que me vaya, Angie?

—Yo no he dicho eso.

—Supongo que ha llegado el momento.

En cierta manera, lo estaba esperando desde antes de que sucediera lo de anoche. No le será difícil encontrar faena, aun con los papeles de otro; nadie pone demasiadas pegadas en las tareas de brega. ¿Inspectores de trabajo? Aquí nos reímos de eso; aquí solo acude el viento de visita. Ibra se levanta de la mesa con parsimonia. Coge la gorra; se dispone a echar su peonada en la casa del humedal.

—Haz lo que tengas que hacer, Ibra. Tú verás. Pero si es que te marchas, antes te pido que me echas una mano con un par de asuntos. Tú entiendes de máquinas, ¿no?

—¿Qué máquinas?

—Me dijiste que en tu país eras soldador.

—Sí.

—¿Serías capaz de arreglar un generador eléctrico?

—Puedo intentarlo. Tengo buenas manos y paciencia. ¿De dónde vas a sacarlo? —pregunta.

—Rodales tiene uno arrinconado allí en el molino; sería de la vieja fábrica. Y no lo usa. Le haré un trueque. Un colchón de las camas de arriba, toallas, una manta, unas pocas botellas de vino. A ver qué pide. No me lo negará.

Así no podemos seguir. Lo pienso pero no lo digo.

—Solo necesitamos cargarlo en un coche. Y si tú no te aclaras, que Magaña, el chapista, le eche un ojo.

—¿Vas a hablar con Magaña después de todo lo que ha pasado? —Ibra me mira con una sonrisa descreída.

—Sí —no tengo demasiadas opciones—. Esta tarde, cuando acabes en la casa de los Pellejeros, vete para el bar del Tomás. Te estaré esperando.

La perra Curra

Suena en los altavoces una canción de los Kinks, y aunque ha pasado un millón de años, la letra aflora desde el fondo de mi cabeza como si la hubiese escuchado ayer mismo en el transistor, fregando platos en la cocina del pub, o en el *walkman* de vuelta al estudio de Bermondsey, tres cuartos de hora bajo tierra con trasbordo, en la punta este de la ciudad, al otro lado del río, los ojos cerrados, el cogote contra el cristal de la ventanilla, *mind the gap*, cuidado con el hueco. Sí, recuerdo bien la letra: «Hay una grieta en el techo y el fregadero pierde agua. Sin trabajo y sin dinero, mi asado del domingo es un trozo de pan con miel. ¿Para qué vivimos?». *Dead End Street*. Ahí estoy, justo ahí, al pie del callejón sin salida adonde ellos quieren abocarme. Cuidado con el hueco. Me ponen la pistola en la mano para que sea yo quien apriete el gatillo. Pretenden que haga el nudo corredizo y me lo ajuste al cuello. Quieren hacer de mí un chisme de taberna, «oh, sí, Ángela, la de los Marotos, la que vivía en El Hachuelo, sola, en un caserón enorme, ¿no os acordáis? Su tía estaba majareta y ella también se volvió loca, y al final se ahorcó en el cerro, en el mismo nogal que el señor de Las Breñas. Eso dicen, que fue a buscar el mismo árbol. En cueros vivos se colgó la tía; con zapatos, pero desnuda. La encontraron al cabo de cuatro o cinco días con la ropa hecha un rebujo a los pies del nogal. Una desgracia que estaba en boca de todos. Es la soledad... Así son las cosas; los muertos de sogas se llaman los unos a los otros». Hablan, hablan, hablan, pero no saben nada. Ignoran que ya estoy más allá de su alcance.

Se me escapa una carcajada; aún sé reírme. El Tomás me mira de refilón, algo sorprendido por mi risa sin chiste, pero enseguida se le dibuja una mueca simpática entre el bigote y la barba. Un tipo tranquilo el Tomás; se está echando un culín de cerveza del grifo. Son casi las siete de la tarde y no asoma un alma, ni en las calles ni en el bar. Demasiado calor todavía. He tenido que bajar a la aldea con el paraguas negro de mi madre como sombrilla para que el sol no me achicharrase la cabeza.

El Tomás me sirve un vino, «a cargo de la casa», dice. No sé cómo le salen las cuentas. Viene a sentarse a este lado de la barra, en un taburete junto al mío. Me quedo embobada mirando sus botas, no puedo evitarlo. Negras, terminadas en punta, botas de cowboy de serranía. Se ha sentado con las piernas abiertas y los tacones enganchados al travesaño.

—Qué, ¿cómo va por allí arriba?

Pregunta hueca, para salir del paso. A estas alturas, el centenar de vecinos ya debe de saber que quieren echarme, que talaron los almendros, que me emperré en llevarme la leña porque era mía, que arrancaron la extensión del transformador sin avisar, y que el negro y yo vivimos desde entonces a oscuras, como los salvajes, como en el tiempo de las cavernas.

—Las cosas van, que ya es bastante —digo encogiéndome de hombros.

De mi casa tendrán que sacarme muerta; lo pienso pero me lo callo. El Tomás desvía la mirada hacia el reloj de la pared, un viejo reloj de péndulo que debió de bajar del comedor.

—Magaña estará al caer —dice—. Esta es su hora.

—Prisa no tengo ninguna.

Prefiero esperar aquí que ir a buscarlo al taller; podría ponerse a la defensiva. Estoy sudando. Me doy aire con el periódico de hace una semana que estaba leyendo Tomás cuando entré. No he visto a Sebastián Magaña desde el día de la linde, ni había regresado al bar. Es fácil, muy fácil, apartarse del mundo.

El susurro de la cortina metálica. Me doy la vuelta, pero no es el mecánico quien asoma, sino Ibra. Se agacha en el tranco de la puerta para acariciar la cabeza de la perra. Sí, es la perra de Rodales; la reconozco por el lunar en la quijada y la trufa despintada. Ibrahima entra al fin. Viene lleno de polvo y calima, con una bolsa grande de plástico por cuya boca sobresale una barra de pan. Se quita la gorra de visera, se enjuga el sudor de la frente. Me llega su olor un poco ácido, a ciruelas pasas. Me gusta. Todavía distingo su rastro en mi carne después de lavarme. Parpadea. Su mirada es aún más huidiza que antes de lo de anoche. Dice que se ha pasado por el almacén del Chano, que ha comprado media docena de velas y la camisa nueva para la lámpara de gas, y que ha recogido las pilas cargadas, como le encargué. Deja la bolsa en el suelo y se sienta a mi lado, en el taburete de Tomás, que ha vuelto a su puesto, detrás de la barra. Cambio de música. El jefe acaba de poner el viejo disco de los Beatles. El disco.

—Y tú qué, chaval —el Tomás le tiende la lata de Coca-Cola que ha pedido; Ibra no quiere vaso—. ¿Cuándo te marchas?

Vaya, hombre, las noticias corren como las liebres. ¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Cuánto tiempo lleva el moreno pensando en irse? Aquí no hay secretos, se enteran de todo aun antes de que suceda. Hasta en los pueblos de alrededor sabrán ya que Ibrahima está por largarse. ¿Qué razones les habrá dado? ¿También él murmura a mis espaldas? ¿Qué les dice? Les habla de mi vida de ermitaña, de mis caminatas hasta el cerro. Les explica que casi no duermo, que salgo al baldío en mitad de la noche y que guardo en la alcoba las cenizas de mi padre. Que hablo sola, que me purgo como los animales, que las bragas del tendedero son viejas y tienen las gomas dadas de sí. Que necesito un hombre. Les cuenta todo lo que imagina que hago cuando creo que nadie me ve. Me divertiría escucharlo, pero ya no me perturba. Que hablen.

—Me voy en unos quince días, supongo —Ibrahima contesta incómodo, sin mirarme—. De momento, me quedaré en un piso de la capital donde vive uno de mi pueblo que conoce a un primo mío. Y de allí nos iremos los dos al norte en autobús, a la fruta de Aragón. Encontraremos trabajo seguro, en la recogida o en las conserveras. Seguro.

—Ya verás que sí, hombre —dice el Tomás.

Ya verás que sí. Poco a poco. Paciencia. Las frases comodín que han aprendido a colocar como parapeto para evitar que la mierda del otro los salpique. Ahora suena *Eleanor Rigby*. Aquí no recogemos granos de arroz a la puerta de la iglesia para cocerlo luego. Aquí ya no hay bodas.

—Puede que regrese en invierno —Ibrahima posa las manos sobre los muslos, estira el espinazo y observa las vigas del techo. Luego me mira a mí para sondear mi reacción.

—Con la aceituna siempre hay más trabajo.

Volverá. Yo sé que volverá algún día. «*Ah, look at all the lonely people.*» Ah, mira a todas las personas solitarias, ¿de dónde vinieron? ¿Cuál es el lugar al que pertenecen? La perra ha meneado la cortina con la cola. Bebe con fruición de la cazuela desportillada a sus pies.

—Oye, y Rodales ¿dónde anda?

El Tomás me mira con extrañeza.

—¿El Rodales? —el Tomás aplasta la colilla en el cenicero con un ojo engurruido; le ha entrado humo en el lagrimal—. Pero ¿no os habéis enterado?

—¿Se ha muerto?

—Lo han metido en el patronato.

—*Grosse merde* —suelta Ibrahima.

Lo matarán. Viejo y borrachín, no tardará mucho en consumirse en ese nicho de paredes demasiado blancas. Él y la Jacoba, los únicos que saben la verdad de mi verdad, encerrados en el mismo lugar. Los van borrando. Me están echando el cerco.

—Se conoce que el padre Andrés fue a llevarle no sé qué al molino y se lo encontró tirado en el camino, inconsciente —Tomás se acoda en la barra, se frota las sienes y prosigue—: Se lo había hecho todo encima. Tu amigo el cura llamó a los del auxilio social, o como se llamen, y decidieron meterlo para dentro.

—Y la perra ¿qué hace aquí?

—Eso es lo raro —Tomás asiente con la cabeza—. Rodales vino la tarde anterior, se tomó su par de vinos y la ató a la argolla. «Guárdame a la Curra un rato, que voy a un mandado.» Y ya ves, aún lo estoy esperando.

—Me extraña que se la olvidara.

—Y a mí. Digo yo que el viejo se olería la tostada y por eso me la dejó. Con él metido en la jaula, seguro que la Curra iba para la perrera. O peor, la habrían sacrificado.

—Pobrecilla...

—¿La quieres? —el Tomás señala hacia la puerta con el mentón.

Lo miro sin saber qué contestar.

—Llévatela. Mi madre no quiere perros arriba. De noche, cuando apago las luces, la dejo aquí. Le he puesto una manta vieja detrás del mostrador.

—Quita, quita. Ya tengo bastante con los míos.

Salto del taburete y salgo a la calle. Me agacho. Hola, Curra, tu amo te ha dejado aquí, ¿eh? La perra me husmea las manos y los zapatos, y menea el rabo peludo con entusiasmo. ¿Me reconoces? ¿Te acuerdas de mí?, ¿a que sí? Está sucia, y no me extrañaría que trajera pulgas del molino. No creo que Rodales la haya bañado más allá de algún chapuzón en el río. Habría que pelarla también. Y este collar de plástico ¿no te aprieta? Es más feúcha y desmedrada que la Capitana, pero las dos tienen los mismos ojos famélicos. ¿Qué golfo montó a tu madre? Dime, quién sería, que saliste tan retinta y poca cosa. Así, bonita, así, tranquila, buena chica. Me incorporo. Estiro la espalda, miro hacia la embocadura del callejón, y ahí está Sebastián Magaña con su mono azul mahón. Al reconocerme se para en seco y hace ademán de volver sobre sus pasos, pero Damián, el sepulturero, que venía caminando con él, lo detiene cogiéndolo del brazo. Hablan entre sí. Me miran. Vuelven a hablar. Reanudan el paso. Se acercan. Los espero en la puerta sin dejar de mirarlos. Magaña conserva el pelo tupido y todavía no luce demasiadas canas para su edad. Flaco, moreno, escurridizo. Tiene buenas manos. Los dos hijos varones no las heredaron ni quisieron seguirle el oficio, y se marcharon de la aldea. Magaña se desloma a trabajar. Nunca dice que no. Un hombre honesto y a la vez un poco liante.

—¿Por qué lo hiciste? —lo miro a los ojos, muy negros y pequeños, las ojeras pronunciadas. Está incómodo. Piensa: «ya ha tenido que aparecer esta a amargarme el chato de vino».

—Estabas esperándome, parece.

—Por lo menos podrías haberme advertido que ibas a cortar la luz.

Se me vuelve a espesar la rabia por el desprecio. ¿Por qué no me puso sobre aviso? Tengo las manos rotas de jarrear en el pozo.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Sebastián?

—Yo no he tenido nada que ver, lo creas o no.

—Venga, venga, vamos —tercia Damián, empujándonos suavemente por la espalda—. Hablad dentro lo que tengáis que hablar.

Nos acomodamos en el interior, en nuestro rincón de tertulia, entre el banco arrumbado contra la pared y los taburetes bajos. Ibrahima se suma al corro. Observo las manos de Magaña, sucias de la grasa de las máquinas por más que se las lave. Jura y perjura que no fue él a quien le encomendaron cortar los cables del empalme de la luz, que debió de ser la compañía eléctrica o algún otro técnico que trajeran de la capital. No sé si creerle. Pero, de todas formas, ¿qué sentido tendría mentirme? Si las mellizas le encargaron deshacer el apaño, ¿cómo iba a negarse?, ¿con qué argumento?

—Deben de querer aumentar la potencia de la acometida para lo que diablos se lleven entre manos.

—¿Se sabe algo más?

—Dionisio escucha un trozo aquí y otro allí, pero no saca el agua en claro. Anda preocupado el pobre. Ya le digo que así es la vida, hoy estás arriba y eres el que corta el bacalao en Las Breñas, y al día siguiente te mandan cuesta abajo para el arroyo —Magaña se acaricia la mejilla cerrada de barba y prosigue—: Que si el hotel, que si los chalés, que si una cantera. La cuestión es que las Jaldonas se pulen la finca entera. Quieren billetes en mano.

—¿Y os da igual?

Mi pregunta se queda flotando en el aire. Magaña se encoge de hombros y arruga el morro. El sepulturero se ríe; a él los cambios no le perturbarán el negocio. Ibrahima sonríe como un idiota. El Tomás observa la escena desde la barra, como si no fuera con él. Tendré que resistir sola, y lo haré. Conseguiré que funcione el generador de Rodales para no asilvestrarme, para seguir regando el huerto del que dependo. Intento convencer a Magaña de que me ayude.

—Está bien, le echaré un vistazo.

—Pero no tengo con qué pagarte.

—Eso no es problema —por un segundo, un destello amable ilumina los ojos del mecánico—. Tu Emeteria les quitó mucha hambre a los míos en el tiempo malo.

—La Emeteria era un alma buena —dice el enterrador—. Cuando aún os quedaba algún olivo, me regalaba aceite.

—Pero el generador tendrá dueño... —Magaña recula.

—No fastidies, Sebastián. Si está lleno de mierda y es más viejo que la tos.

—A mí no me metas en burdeles. No quiero que me vea nadie merodeando por el molino. Cuando lo tengas en El Hachuelo, ya subiré a verte —Magaña pega un trago de clarete y agrega—: Y ya puedes darte prisa. Dionisio ha oído que echan abajo la fábrica de harina, enterita, naves y galpones.

Ese es el problema, cómo arrastrar el armatoste hasta casa. Creo recordar que tenía ruedas, pero no estoy segura. Y encima hay que hacerlo ya. Pienso en el cura, en la cafetera de Andrés. No conozco a nadie con coche y dispuesto a echarme una mano. Le pido a Tomás que lo llame al móvil. Ya.

—Los generadores chupan mucha gasolina, Ángela.

—Ya me las apañaré.

Tomás se acerca y se sienta junto a nosotros. Se ha puesto otra cerveza. Él también tiene una carraca de coche, pero no me lo ofrece. El Tomás es un poco lacio.

—Nada. El curita no contesta el móvil.

Ibrahima posa la mano sobre mi muslo. Siento su calidez a través de la tela del pantalón. Me reconforta su tacto. Dice:

—No te preocupes, Angie. Algo se nos ocurrirá.

La romería de los panes

Aún no es mediodía y el sol cae a plomo sobre mi cráneo a pesar del pañuelo blanco anudado a la nuca. La mayoría hemos subido a pie. Quienes lo han hecho en coche o a lomos de mula y caballo han dejado las monturas un poco más abajo, en el sendero, a la sombra caliente de las carrascas. La luz refulge tan dura sobre los muros encalados del santuario que se me achinan los ojos. He llegado a la punta del collado casi al final de la ceremonia, pero culebreando entre los corrillos de peregrinos consigo colarme hasta la primera fila, en la misma puerta de la ermita, que de tan humilde parecería una choza de pastor si no fuera por la campana, embutida en la hornacina bajo el tejado a dos aguas. Por lo que he oído durante el camino, solo la abren los viernes de cuaresma y hoy, el día de su patrona. Me despego del gentío. Diez, doce pasos, lo suficientemente cerca como para que el cura advierta mi presencia. Habrá unas doscientas personas mal contadas, entre vecinos de El Salobral y visitantes de los pueblos de la comarca; de mi aldea solo he visto a la hermana del Chano, pero creo que ella no me ha reconocido. Algunos llevan cruces y estandartes; niños he contado muy pocos. En el fondo, es un prodigio que la romería de los panes siga celebrándose año tras año a pesar del despoblamiento, la soledad y la miseria que expulsaron a los hijos de la tierra, como el viento arrastra la mala semilla. Parece que ahora me ha visto; ahora sí. Aquí estoy, padre Andrés, he venido en tu busca, ya que te escondes. Se ha colocado la estola blanca, con una cruz dorada en la orilla, sobre la ropa de civil, sobre los vaqueros y la camisa de cuadros verdes. Le ha crecido mucho el pelo desde la última vez. Siempre me gustó el cabello de Andrés, las crines fuertes y onduladas. Anuncia la lectura de unos versículos del Deuteronomio antes de la ofrenda. Escucho: «Porque el Señor, tu Dios, te trae a una tierra buena, a una tierra de corrientes de aguas, de fuentes y manantiales que fluyen por valles y colinas; una tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados; una tierra de aceite de oliva y miel; una tierra donde comerás el pan sin escasez, donde nada te faltará; una tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes puedes sacar cobre». Mentira; nunca creí en vuestros cuentos. La culpa no fue de la tierra. Todo les fue negado a nuestros padres y a los padres de sus padres con vuestra bendición. Vivieron en la carencia; ni siquiera se les permitió exprimir el mineral.

Ahora el cura vierte agua de una botella sobre un hisopo de romero que sostiene en la otra mano, y con él bendice los panes dispuestos a sus pies en cajas de plástico. Tres cajas altas de rejilla. Me sitúo en la cola. El significado profundo de repartir el pan; dicen que antaño solo se entregaba a los más pobres. ¿De qué hambrunas seculares, de qué pestes y epidemias, de qué injusticias no se habrá alimentado este rito que se repite cada verano? Agosto, la tierra y el trigo ajenos, el final de la trilla y el esfuerzo. Desfilamos lentamente para coger una hogaza por familia. Algunos peregrinos llevan ramos de margaritas y flores silvestres que luego depositan en el interior de la capilla. Adelfas, gamones, retama de olor, aciano. Mi madre me enseñó a distinguir las por sus nombres. Al fin me llega el turno. El cura me saluda. Cojo mi pan. Con una mirada fugaz, nos entendemos: que lo espere.

Los ojos cegados de sol tardan en acostumbrarse a la semipenumbra. Aquí dentro el aire también es de esparto, pero al menos estoy a cobijo de la lumbrarada. La ermita es minúscula, hermosa en su despojamiento. Las vigas del techo sin pulir y pintadas de cal, la imagen de la Virgen sobre una repisa entre dos velones, una mesa cubierta con un plástico transparente y cinco bancos de iglesia porque no caben más. Me siento a esperar en el más cercano a la puerta; creo que no he hecho otra cosa en la vida que esperar. ¿Por qué me rehúye el cura? Al Tomás no le ha devuelto las llamadas. ¿Será cierto lo que cuentan? Ya va para veinte días que no pisa la aldea.

La última feligresa que permanecía dentro de la capilla se arrodilla frente a la imagen, se santigua y sale. Me miro las puntas de los zapatos de cordones, cubiertos de un polvo fino como el talco. Bebo un trago de agua del morral. Me asomo a la puerta entornada. Los peregrinos ya empiezan a ralear. Andrés apila las tres cajas; han sobrado algunos panes. Se enjuga el sudor de la frente con el pliegue del codo. Mira a su alrededor. Ya viene. Se acerca cabizbajo. Atraviesa la puerta.

—¿Te pasa algo, Andrés?

—Qué no me pasa, dirás —el cura resopla y se sienta en un banco, de media anqueta; yo me coloco en el de atrás.

—En la aldea van diciendo que te marchas.

—Más bien me echan —Andrés se pasa la mano por la barbilla y el gaznate, estirándolo hacia abajo; echa la cabeza hacia atrás—. Me mandan al norte, bien lejos de estos andurriales. Desterrado.

No sé si acabo de comprender lo que estoy oyendo.

—Nos ven demasiado juntos.

—Pues no será en los últimos días. Llevo más de dos semanas intentando dar contigo —el cura aparta la mirada; lo sabe, claro que lo sabe, si hasta le dejé un recado con Teodora, la sacristana, y nada—. Necesitaba que me prestaras el coche.

—Se han inventado que andamos tonteando. Hay quien asegura incluso que somos novios y que te llevé a la capital.

—¿Nos vieron?

—Supongo. Dicen que tuve que acompañarte a abortar.

—¿De ti?

—De mí o del negro, qué puñetas importa. El caso es que, según el cuento, fui yo, un sacerdote, quien te llevó a la clínica. Y figura que reposaste en mi casa.

Me ha nacido de las entrañas una carcajada tan desabrida que acabo por pedirle disculpas. El cura intenta sonreír, pero se le clava una mueca amarga en la comisura de los labios. Que no eche cuenta, dice, que esté tranquila. Si lo mandan al destierro, no es exactamente por mí, sino por las quejas que han llegado al obispado sobre sus sermones. No toleran que hable en los púlpitos sobre las cacicadas, sobre el respeto a los homosexuales ni que cargue contra los curas pederastas y sus encubridores. Quieren que se limite a la ortodoxia y a la caridad, que se deje de lo que ellos llaman intrigas políticas. Tampoco ven con buenos ojos que se junte con los más jóvenes en los bares de los pueblos, ni que se tome sus cubatas con ellos, a veces hasta las tantas. Pasado mañana se larga; ya tiene los pocos bártulos liados. Andrés mira su reloj de pulsera. Con las palmas sobre los muslos, la espalda recta, perfilando el gesto de incorporarse, me dice que aún tiene un bautizo en Las Fraguas y que, si quiero, me acerca en coche hasta el cruce de la aldea. Acepto. Me pregunto dónde estaban él y su carraca el día de la odisea con el generador, pero me lo callo.

Cojo las dos cajas vacías; él lleva la tercera, con los panes sobreros. Caminamos cuesta abajo en silencio. Solo se oyen nuestros pasos y el fragor de las chicharras bajo la solanera. El Peugeot del cura es ya el único auto aparcado en la explanada. Metemos las cajas como podemos entre el maletero y el asiento de atrás abatido. Me siento delante, en la boca del infierno. La guantera quema. Abro la ventanilla deprisa, a golpe de manubrio. Echamos a rodar sobre los baches y la polvareda del camino.

—Por qué no lo dejas.

—¿El sacerdocio?

Andrés me mira fijamente; las manos, asidas con fuerza al volante, como si sujetara la brida de un purasangre.

—¿A los cincuenta y siete años? No sabes lo que dices.

Intuyo hacia dónde va a derivar la charla y, sin embargo, digo:

—Mi libertad no la vendo.

La frase cae sobre nosotros como una campana de cristal sin aire.

—Me pagan setecientos euros más kilometraje. Y el alojamiento, que me sale gratis.

No me apetece seguir por esta senda. Detrás de una curva sale al paso un grupo de media docena de feligreses que desandan el camino con sus cayados. Andrés toca suavemente el claxon. Dicen adiós con la mano. Él les devuelve el saludo a través del espejo retrovisor, donde el llavero de san Cristóbal sigue balanceándose.

—¿Y tú qué harás?

Buena finta, curita. La estaba esperando.

—Vivir. Resistir —no me hace falta pensar mucho para contestarle. Ni puedo ni quiero hacer otra cosa—. Tendrán que arrancarme de El Hachuelo como una cebolla.

—Márchate. Coge el dinero que te den y lárgate. Estarías mejor en la capital, en cualquier ciudad. Todavía estás bien de salud, pero dentro de unos años no será fácil.

El cura hace una pausa, esperando que el razonamiento continúe por sí solo en mi cabeza. Al rato, agrega:

—Podría mirar de echarte una mano a través del provincial. En la capital hay pisos compartidos para mujeres que...

—Vete a la mierda, Andrés. No has entendido nada.

Continuamos la marcha un par de kilómetros, embebido cada uno en sus preocupaciones. Yo solo pienso en llegar a casa.

—Lo siento —digo—. No debería haberte hablado así; no lo mereces.

—No pasa nada, mujer. Los dos atravesamos un momento difícil.

Ya se ven las primeras casas de la aldea y el letrero de la gasolinera. Pocos metros después del desvío, Andrés sale de la carretera y se mete en el camino del ejido, para dejar el paso libre y poder despedirnos, supongo. Una despedida solemne al pie de la cuneta. Salimos del coche. Él se ajusta el pantalón a la cintura. Abre el maletero. Que coja más pan. Solo caben dos hogazas en el zurrón. Cuando esté instalado en el norte ya dará razón y dejará sus señas a través de Tomás, y tal vez algún verano venga a visitarnos, quién sabe. El cura me abraza; yo me dejo abrazar sin ganas de que me abrace. Suerte, dice. Se mete en el coche, arranca, sale a la carretera, cambia el sentido de un volantazo y enfila hacia Las Fraguas. Y yo me quedo mirando la mancha rojiza del Peugeot hasta que desaparece pequeñísima en el horizonte. El padre McKenzie, el que se zurce los calcetines por la noche, cuando nadie lo ve. El que escribe sermones que nadie escuchará.

Echo a caminar hacia casa pensando en que no le he devuelto el libro. Dejo atrás la aldea avanzando por el sendero abierto entre las jaras que exudan su resina pegajosa, sobrias y duras en la inmensidad. El aire huele a miel recalentada. A lo lejos, el sol hace vibrar el contorno de los matorrales, como si quisiera convertirlos en gelatina caliente y borrosa. De vez en cuando salpica el paisaje la voluntad de una encina solitaria. Verde. Verde almendra, verde laurel, amarillo ceniciento, mostaza, gris acero, madreperla que vira a marfil. «Podría volverme loco; los colores son un abismo. ¿Es más claro el rojo o el azul? No lo sé.» Nigel, las frases de Nigel grabadas a fuego en la memoria.

Todos escogen el mismo camino. Todos los hombres se van. El lunes, barriendo las habitaciones, la escoba sacó un botón de Ibrahima. Sé que es suyo por el color verde; yo no tengo ropa verde. Debe de ser de sus pantalones estampados de camuflaje, de uno de los bolsillos laterales, supongo. Estaba roto, con una muesca como la bacía de don Quijote, y lo guardé en la cómoda, donde están las cosas que me importan: el cuaderno de Nigel, la porcelana con las cenizas de mi padre, los cartuchos del calibre doce. Los hombres se van, y yo me convierto en su albacea. Con Ibrahima no quisimos escenificar despedidas. Se fue de madrugada, como un ratón, para coger la primera alsina que pasa por la curva del cuchillo. Lo oí trastear en la cocina, desatracar la puerta, cerrarla de golpe, pero no quise bajar. Así estaba bien. Sobre la mesa de la cocina dejó un cartón, donde había escrito «gracias» con letra de palo, y la mitad del dinero que había ganado en la casa del humedal.

Días antes de marcharse, me ayudó a recuperar el generador que Rodales tenía en el galpón. Su sombrero de segador, el que nunca se quitaba, permanecía colgado en un clavo de la pared, y sentí una lástima profunda por el viejo, domesticado con sedantes en el limbo frío del patronato. Nos acercamos al molino de noche, como los zorros al gallinero. Las ruedas no giraban con soltura, de manera que nos costó sudores sacarlo de la vieja fábrica, haciendo paradas para descansar los brazos, y acarrearlo luego cerca de un kilómetro, hasta el puente de piedra, a esperar a que el Tomás apareciera con el coche. También nos llevamos los tres bidones vacíos. Entre Ibrahima y Magaña desmontaron la máquina, le quitaron la roña y la pelusa, aceitaron el pistón y la hicieron funcionar, vaya que sí. Los quehaceres son ahora más llevaderos con luz, y el cacharro no gasta tanta gasolina como suponíamos. Dosifico la electricidad. La uso para la bomba del pozo y lo imprescindible. Me ducho con agua fría, y para la lectura he acabado por acostumbrar la vista a la luz del gas. He comenzado a hacer pruebas con el arcón; debe de haber una forma de que no se descongele la comida sin que el generador esté funcionando seguido. Apagar, encender, apagar, encender, hasta encontrar el equilibrio entre horas y frío. Mañana empezaré a hacer conserva de tomate para el invierno.

Empujo la reja, atravieso el patio, entro en la casa, dejo el morral con los panes sobre la mesa. Me lavo la cara en la pila de la cocina y me seco con un trapo. Vuelvo a mi paz y, sin embargo, me desazona un vacío, un hueco en el silencio. Los perros. No han salido a recibirme a la cancela, como de costumbre. Salgo de nuevo al patio. Desando mis pasos hasta la entrada. Rebusco entre las ramas bajas de la higuera. Doy la vuelta entera al perímetro de la casa. Ahora entro. Recorro las habitaciones una por una, abro los armarios, rebusco en la alacena. Tengo miedo. Vuelvo a salir. Capitanaaaaaa. Plutoooooo. Grito sus nombres al aire. Nada. Siento mi pulso atronándome en las sienas. Trasteo en el cobertizo, subo hasta el gallinero y el huerto, donde al fin oigo un gemido y distingo a Pluto detrás de la barda. Me extraña; los perros rara vez se aventuran por ahí, porque mi madre los acostumbró a que zarcearan por la parte delantera de la casa. ¡Pluto! Me

choca que no acuda enseguida, con sus andares de señor elegante. Repito su nombre, y tampoco. Salto la cerca como puedo. Me arañó el brazo. Me arrodillo a su lado. Está sangrando por el hocico y las patas traseras le tiritan con un tembleque nervioso. No tiene fuerzas ni para apartar las moscas. Pluto, Pluto, susurro. Cuando poso mi mano sobre su cráneo menudo hace un conato de mover la cola, pero apenas si puede levantarla. Me mira con sus ojos pequeños y un tanto acuosos. Me tumbo junto a su cuerpo repitiendo su nombre hasta que, con mucho esfuerzo y caricias, logro que se levante. Empezamos a descender el repecho despacio. El cuerpo se le escora hacia el costado izquierdo mientras bajamos. De tanto en tanto pierde el paso, como si estuviese desorientado o no recordara el camino de vuelta a casa. Ahora se desvía renqueante y se detiene junto a una mata de diente de león. Mordisquea para purgarse. Le dejo que coma confiando en su instinto. Pluto vomita enseguida un líquido amarillento. En cuanto logramos atravesar el zaguán, lo acuesto junto al hueco de la chimenea, donde improviso una cama con toallas viejas y trapos de cocina. Me quito la camiseta y la coloco bajo su cabeza para que no extrañe mi olor. ¿Y la Capitana? ¿Dónde está la Capitana?

Viernes

Pluto no sobrevivió a la madrugada.

Anoche le herví un puñado de arroz blanco que no quiso probar. Tampoco el jamón cocido que intenté empujarle entre los dientes. No sabía qué darle ni cómo salvarlo. Arranqué la colcha de mi cama y me tumbé a su lado en el suelo de la cocina, abrazándolo, susurrando su nombre, acompañándolo. No sé cuántas horas pasamos así. De tanto en tanto, el lebrél abría los ojos amarillos de cazador y me miraba pidiéndome que no lo dejara ni me rindiera. En algún momento de la madrugada debí de quedarme dormida, apenas una cabezada, y para cuando desperté Pluto ya había echado el último aliento, con la lengua fuera, hinchada y azul. Me incorporé; sus patas traseras descansaban sobre un charco de mierda con trazas de sangre. Me puse en pie, fui a la trascocina y eché el poco serrín que me quedaba y las hojas de periódico con los crucigramas antiguos. Me bebí un vaso de vino hasta arriba. La rabia me impedía llorar; aún me duelen los mordiscos que me di en las manos. Levanté luego el cuerpo de Pluto a pulso y lo llevé hasta la pila del emparrado. Lo lavé con la pastilla de jabón para la ropa, lo cepillé con los dedos y lo dejé tendido sobre el arriate de las petunias para que lo orea el viento, que había empezado a dar latigazos como solo sabe hacerlo en los días malos. Mientras subía al desván a por un saco, se oía el tableteo de las tejas sobre el envigado con la furia de un piano loco. Bajé. Seguí bebiendo. La boca me pedía vino y algo más fuerte si lo hubiera tenido a mano. Pensé en Ibrahima, en cuánto lo habría necesitado cerca, y lo imaginé sentado en el banco largo, los codos hincados en los muslos, el rostro hundido en las manos abiertas, aún más abatido que yo. Cogí las tijeras y sobre la mesa de la cocina corté las costuras laterales del saco de harina, del trigo que mi padre y toda mi sangre hacia atrás habían cultivado en El Hachuelo y llevado a triturar al viejo molino donde cazaron a Rodales como a un gazapo enfermo.

El día ya había levantado cuando cogí el escardillo y la pala del cobertizo y empecé a cavar la tumba de Pluto bajo el ciruelo de la Emeteria, un túmulo todavía bajo el círculo de sombra pero apartado del tronco un par de pasos para no dañarle las raíces; salieron algunas, apenas hijuelos deshilachados sin los que un árbol tan viejo sabrá sobrevivir. Me llevó casi dos horas hacer un agujero como de metro y medio de profundidad palada tras palada. Me sentí mejor. De alguna manera, el esfuerzo físico atenúa el dolor moral; no entiendo el porqué, cómo se conectan ambos, pero es así. Tengo ampollas en carne viva en la almohadilla de la mano. Lo más duro fue al principio, cuando el filo de la azada tropezó con alguna piedra, pero luego fueron saliendo capas donde la tierra estaba muy suelta y se dejaba trabajar.

Excavar, excavar, excavar, ahondar en la arcilla de la memoria como quien busca un manantial en el último estrato. Los hombres que desenterraron las bolsas de basura de mi padre tuvieron que escarbar la tierra con un formón y un martillo de orejas que el señor Mateu había subido a la

montaña de Torre Baró escondidos en el forro del abrigo. También usaron las manos y las uñas. Mi vecino el carpintero les vigilaba las espaldas mientras los dos hombres removían la greda acuclillados, a la luz de una linterna de petaca que uno de ellos sujetaba entre los dientes. A esos dos hombres los conocía de pasada, de haberlos visto en el bar de la gallega, y tan solo sabía de oídas que trabajaban en la fábrica de coches, que era la fábrica buena. Pensar en el pasado es un engaño; lo recordado sucede de continuo en la cabeza y no cesa de transformarse, pero ahora, en este preciso instante, lo recuerdo exactamente así: llamaron a la puerta y, cuando mi madre abrió, aparecieron apretujados en el rellano estrecho el señor Mateu y esos dos hombres con sendos macutos cruzados sobre el pecho. Hacía dos días del entierro de mi padre y mi hermano Gabi aún no había aparecido. Mi madre los hizo pasar al comedor creyendo que le traían noticias de él. Ya había oscurecido, pero todavía no habíamos empezado ni a pensar en la cena. El vecino carpintero le habló a mi madre en voz baja, casi al oído, y luego se acercó a mí, que estaba sentada a la mesa, se arrodilló, me cogió el brazo con su garra mutilada de pájaro y, mirándome muy seria y fijamente, me habló. «Ángela, ¿te acuerdas de cuando tu padre te llevó al castillo de Torre Baró? Dime, ¿te acuerdas?» Asentí con la cabeza. «Recuerdas que enterrasteis unas bolsas de plástico, ¿verdad? Eres una niña lista y sabrás encontrarlas. Vamos, tienes que ayudarnos.» Entonces no me orientaba demasiado bien, pero confiaba en mi instinto, en el plano que dibujé en mi cabeza y en la memoria del oído: de aquella excursión con mi padre recordaba sobre todo el zumbido, la fritura de los miles de amperios que bailaban en los cables de la torre de alta tensión. Mi madre le pidió al señor Mateu que tuviéramos cuidado y que regresáramos cuanto antes.

Dejamos atrás las últimas casitas del barrio y, mientras atravesábamos la tierra de nadie del descampado, nos cruzábamos con obreros que bajaban del apeadero, de los trenes que los traían de las fábricas de la periferia, hombres envueltos en niebla y cansancio que parecían caminar dormidos como sonámbulos. Rebasamos la chabola del chatarrero y su patio, atestado de colchones de lana, botellas, lámparas, tuberías de plomo viejo, y seguimos montaña arriba hasta la torre de alta tensión. Allí, a los pies del arbusto, donde les indiqué, los dos hombres se pusieron a escarbar. Olía a orines y lana mojada, y el frío húmedo atravesaba la ropa con tanta insidia que mi trenca azul parecía hecha de papel cebolla. Aunque el señor Mateu estaba muy nervioso, no tardaron en dar con ellos y desenterrarlos, los tres paquetes envueltos en bolsas de basura, una de las cuales se rajó al sacarla y vomitó parte de los papeles que contenía. Me agaché a coger uno; era una octavilla que llamaba a la huelga por la readmisión de los obreros despedidos de la fábrica de coches. Las recogimos enseguida entre los cuatro y las embutimos en los petates. No sé si fue entonces, en ese momento, o bien tiempo después, en la continua rumiatura de la cabeza, cuando me pregunté por qué custodiaba mi padre unos papeles tan peligrosos en aquellos años si a él no lo quisieron en la fábrica de coches y lo habían echado del horno de la porcelana. Debí de ser después, probablemente, pero el motivo de enterrar las octavillas sí lo sabía o, por lo menos, lo intuía. ¿Le había suplicado mi madre que sacara las bolsas de la casa? ¿Sabía en qué andaba su hombre?, ¿hasta dónde estaba metido? Los había oído discutir a menudo, broncas de las que entresacaba retazos, miradas, alguna frase con sentido, «no te fies, te van a meter en una zalagarda», «te dejarán con el culo al aire», «tanta política, y luego qué», «¿tampoco sales hoy a buscar trabajo?», pero ignoro hasta dónde supo mi madre ni si temió alguna vez que mi padre hiciera lo que hizo. Nadie conoce del todo a nadie. El señor Mateu se despidió de los dos hombres a la altura del macizo de las chumberas, y se los tragó la oscuridad. Nosotros seguimos ladera abajo. El carpintero me devolvió a casa con los zapatos llenos de barro.

Cuando terminé de cavar la tumba de Pluto, eché cal viva en lo hondo para ahuyentar a los insectos y evitar que las alimañas desenterraran el cadáver de noche atraídas por el olor. Volví a la cocina. Me bebí otro vaso de vino. Cogí el sudario de arpillera y con él envolví el cuerpo ya frío del lebrél, dejando la cabeza fuera. Lo deposité en el hueco, y con las tijeras con que había destripado el saco me corté el pelo mechón a mechón, toda la cabellera, hasta la última guedeja, para enterrarla con él. A Pluto le gustaba mi cabello, jugar con mis greñas. A continuación, eché la tierra a puñados y la maraña de pelo sobre su cuerpo. Fue entonces cuando arranqué a llorar. Pensé en Ibrahima. Si aún hubiese estado aquí, si no se hubiera marchado a la fruta, habría recitado sus salmos con la cara y las palmas de las manos mirando hacia el cielo, y con el paso de los días le habría tallado una estacada con varas de olivo para cercar el túmulo. Yo no sé rezar.

Me metí bajo la ducha. Me lavé la cabeza trasquilada y el cuerpo. Brazos, axilas, sexo, piernas. Tierra, mierda, sudor, mocos. Me puse un pantalón y una camiseta limpios y salí a rastrear los alrededores de la casa. Me llegué hasta las carrascas del sendero. Volví sobre mis pasos. Me adentré en el baldío del patrón, y nada. Quería confirmar mi certeza, si es que eso es posible. Después de dar varias vueltas, fue entre el cobertizo y la cerca donde encontré lo que andaba buscando, el rastro de la muerte: dos pegujones de carne cruda, negruzca ya, dos cebos con matarratas, de los que diseminan por los montes para envenenar a las raposas y a los lobos. También a mis perros.

Me están echando el cerco. ¿Qué te han hecho, Capitana? Estés donde estés, aguanta. Ha llegado el momento de la única verdad.

Desde que he sepultado al lebrél ha salido de mí un yo que es más yo que nunca. De un impulso ciego, subí a la cámara tragándome los peldaños de dos en dos. Abrí el viejo arcón de nogal, aparté la manta y la contemplé ahí dormida: la vieja escopeta. A partir de ahora, la recortada y yo sabremos ser un solo cuerpo. Doble gatillo, doble cañón. Ejecuto un mandato, el primero. Obedezco una orden muy clara que aún no sé de dónde procede: voy a por las mellizas. ¿No habéis tenido bastante, Jaldonas? Vuestra gente nos robó las tierras de El Hachuelo, nos obligasteis a largarnos de aquí, habéis talado los almendros de la linde, me cortáis la luz, me queréis quitar la casa, y ahora ¿mi Capitana? El agujero en el pecho se me ensancha cuando pienso en la suerte que haya podido correr la perra, y sé que ahora sería capaz de matar. ¿Dónde te has metido, Capitana? ¿Qué te han hecho a ti? Ten paciencia. Estoy aquí, recuperando el resuello, sentada bajo la encina, con la Sarasqueta apoyada en el tronco. He venido a buscarte.

No atinaría a cargar la vieja Sarasqueta con los ojos vendados, pero el tacto también tiene memoria y ahora los cartuchos se cuelan en su agujero dóciles como la mantequilla; tengo los dedos y el pulpejo de las manos llenos de mataduras que no duelen. He vaciado en el morral los cartuchos de la cómoda, las tres cajas, y aquí estoy, a dos pasos de Las Breñas, con el arma a punto. La carrera me agotó, pero ya estoy lista. Me incorporo. Me sacudo la tierra y la hojarasca del trasero. Cojo la escopeta con las dos manos y echo a andar hacia la propiedad por el sendero de polvo. Sería más cómodo si tuviera una tira de cuero para llevarla en bandolera. Salvo los últimos metros hasta el patio de la casa grande. Es mucho más grande de lo que había imaginado.

Voy a estrenarme para que las Jaldonas se enteren de que he llegado. Apoyo la culata en el hueco de la cadera y disparo. El retroceso casi me hace perder el equilibrio. Segundo tiro al cielo. El estruendo reverbera en mis tímpanos y en el aire caliginoso del mediodía. Los vencejos han levantado el vuelo en bandada. Cerrojo atrás. Saco las dos vainas. Humean, pero las yemas de los dedos ya no sienten. Dos cartuchos más. Clic. Me gusta cómo suena el resorte. Un chasquido

exacto, seco, sin vacilaciones. El olor picante de la pólvora me excita. Las órdenes, que no sé de dónde vienen, dicen ahora que apunte hacia el portalón de la casa, y así lo hago. ¡Salid, Jaldonas! Abro bien las piernas, la izquierda hacia atrás, firme y dura como un pie de cabra. Disparo hacia la puerta. Bum. Los huesos duros aguantan el tirón, pero no acierto: los perdigones percuten en el muro y arrancan un trozo de caliche. Si tuviera un punto donde apoyar la escopeta, lo haría mejor. Segunda intentona. Ahora sí, blanco. Grito al aire:

—¡No os escondáis, sinvergüenzas! ¿Por qué habéis envenenado a mis perros?

Cojo con la mano izquierda el cañón caliente y picado de herrumbre en la punta, y cuando me dispongo a doblarlo para meter dos cartuchos más, alguien me agarra por detrás con la furia de un cepo. No puedo moverme. La escopeta y yo en un solo estrujón de acero.

—¡Quieta, Ángela, quieta!

Es el capataz. De espaldas no puedo verle la cara, pero reconozco su voz, sus brazos de fajador, sus manos, las uñas con el luto del campo.

—¡Suéltame!

—Dame la escopeta, te lo pido por favor —me susurra al oído—. Dámela, anda, o será mucho peor. Tienes todas las de perder.

Desisto. No tengo la fuerza para combatir con este hombre. Me rindo. Le entrego la Sarasqueta. Me doy la vuelta. Dionisio me mira como un padre cansado. La cerradura del ojo se le achica.

—¿Estás loca?

—Son ellas las que quieren volverme loca.

Se oye ahora ruido dentro de la casa, un descorrer de aldabas y cerrojos. Debían de estar espíandome por alguna ventana, y ahora, cuando se sienten a salvo, salen dos hombres de ciudad, de los que calzan mocasines. Enseguida, detrás de ellos, las mellizas. Ahora que me han desarmado, sí se atreven a encararse.

—¿Dónde está mi Capitana?

Trato de acercarme a ellas, pero Dionisio me lo impide sujetándome del brazo. Me está haciendo daño.

Míralas, parecen dos copias rubias y amargadas de Bette Davis. Altas, reseca, indistinguibles si no fuera porque una de ellas lleva el pelo recogido en un moño bajo y la otra una gargantilla de perlas con pendientes a juego. Se mantienen a distancia, a unos cinco pasos, custodiadas por sus mastines de ciudad. Las perlas traen mala suerte o llanto, decía mi madre.

—Si te marchas ahora mismo por donde has venido, no interpondremos denuncia —dice uno de los hombres. ¿Será el abogado o el tipo de la pasta?—. Lárgate, y aquí no ha pasado nada.

—Primero, devolvedme a mi perra.

—¿Qué perra? —dice la de las perlas. Se le nota el buen pedigrí en las manos lacias, en cómo las mueve.

La otra Jaldona, la del moño, se cubre el vientre con un brazo, como protegiéndose, y se lleva la otra mano a la boca para tapársela. Me mira de arriba abajo, de la cabeza trasquilada a los zapatones de mi madre.

—¿De qué te ríes, imbécil? —digo, y Dionisio vuelve a sujetarme contra su cuerpo. Huele a macho cansado. Tiene el cañón de mi escopeta bien agarrado.

El hombre de leyes o quienquiera que sea se acerca a la de las perlas y le susurra algo al oído.

—¿Qué pretendéis?, ¿que me ahorque, como vuestro hermano Julián? Otro suicidio. ¿No dicen que vienen de dos en dos? ¿Es eso lo que queréis?

—Tú has tenido la culpa —dice la melliza del moño, ya sin rastro de risa.

—Vamos a cerrar el asunto de tu casa por los juzgados —interviene el abogado o quien leches sea—. La tierra ya no te pertenece y el inmueble amenaza ruina. Y que sepas que ya hemos solicitado un informe psiquiátrico.

Qué hijos de puta, qué bien estudiada tenían la jugada. «Está loca, loca perdida, no puede valerse por sí sola; es un peligro.» A las mujeres siempre nos atacan por ahí, por el flanco de las entrañas. Trago saliva. Digo:

—No lo vais a tener fácil —me miro los pies—. Os lo aseguro.

—Recapacita y coge el dinero, mujer —ahora habla la Jaldona de las perlas—. Si te pones a mirar, estarías mucho mejor en el patronato. Allí estarías cuidada. Tendrías más calidad de vida.

—Sois una mierda. Vuestro veneno os pudrirá la sangre.

Escupo sobre la tierra que pisan y sobre sus palabras. Echo a andar de regreso hacia El Hachuelo apretando las muelas. No habré recorrido ni cien metros cuando me doy la vuelta: Dionisio, en la punta del camino, me vigila los pasos, con mi escopeta cogida del cañón y la culata apoyada en el suelo.

Sábado, domingo

Me he rapado con la maquinilla de esquilas a los perros. La cabeza entera. El cráneo liso como una sandía. Ahora el pelo crecerá parejo.

Cuando mengüe el calor, subiré al cerro. Necesito caminar delante de mi sombra.

Campos agostados sin una gota de lluvia. Hubo un año de sequía tan atroz, contaba mi madre, que las espigas eran todo barbas, sin grano apenas, y la Emeteria, desesperada en medio del trigal, pegaba tiros al cielo con la escopeta para desgarrar alguna nube pasajera. La escopeta que me han arrebatado. Cuando la pobreza entró en El Hachuelo, las mujeres de la casa tuvieron que ganarse unos cuartos lavando y vareando los colchones de lana en el río. Eso decía mi madre.

¿Puede uno morir de soledad?

Tengo que recuperar fuerzas. Ayer, cuando volví del encontronazo en Las Breñas, maté una gallina como habría degollado a la gemela de las perlas. Un corte resuelto en el cuello, zas. La até por las patas y la colgué boca abajo de una rama del ciruelo para desangrarla. Ploc, ploc, ploc. La noche entera oreándose. Pluto, enterrado a los pies. ¿Cuánto tarda un cuerpo en descomponerse bajo tierra? Ahora escaldo la gallina, la desplumo, chamusco los cañones en la llama del fogón. Si estuviera aquí la Capitana, le echaría el buche y la molleja; también el hígado. La echo de menos a todas horas. Ya no tropiezo con ella al saltar de la cama. Ya no se arrima pidiendo caricias. Ya no bate la cola detrás de mí cuando atravieso el patio hacia el tendedero con el lebrillo lleno de ropa mojada. Tampoco me acompañará en las caminatas. Nada, ni rastro de ella.

La lluvia en Londres suele ser mansa pero contumaz. Se hizo una gotera en una claraboya del techo. La palangana de peltre debajo. Ploc, ploc, ploc. Me acuerdo de haber arrancado moho de los zócalos con una rasqueta. Cuando su familia dejó de mandarle las libras mensuales éramos más pobres, pero Nigel sintió fugazmente que estaba haciendo progresos. «Cuando Van Gogh pintaba, podías oír el crujir de la hierba.» Las frases de Nigel, el curtidor. Al principio del principio, cuando todavía me pagaba en metálico por cada sesión, Nigel me echó del estudio una vez porque el domingo anterior había ido a tomar el sol al par que y se me habían quemado los pómulos y la frente. Ya no era el mismo tono de piel, la misma mezcla, la misma luz. Nigel no

pintó a nadie más durante los tres primeros años. «Desnúdate, quieta, ábrete, ábrete.» Angie entre narcisos amarillos, Angie como Ofelia, metida en la bañera con el pelo suelto, Angie posando con una pierna de cordero. La devoramos al tercer día, asada en el horno con puré de manzana.

«Angie, I still love you. Remember all those nights we cried. All the dreams were held so close seemed to all go up in smoke.» Todo se eleva como el humo.

El ruido del generador. Voy acostumbrándome. Llevo calculado que un litro de gasolina equivale más o menos a dos horas de electricidad.

En la pared del desván, de punta a punta, he copiado con lechada de cal, letra por letra y con caligrafía de palo, el arranque del último libro que me prestó el cura: «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera». Me gusta mucho. En cambio, yo no fui consciente de que había llegado a la aldea precisamente para saber quién era mi padre. Mi madre nunca me contó nada. También he dibujado el rostro de mi padre en la pared con el lápiz de los crucigramas.

Un nudo de ahorcado clásico tiene siete vueltas, pero admite tantos giros como uno quiera. Siempre en número impar porque, de otro modo, no puedes sujetarlo. El viejo usó el cordón de los visillos. ¿Cuántas vueltas le daría?

Depositamos amor en los seres, en las cosas, en los lugares, y luego no sabes qué hacer con el que se te queda entre las manos sin usar. Se te queman las palmas.

Hoy hace exactamente cuarenta años, nueve meses y veintitrés días que tengo once años. No me dejaron ver el cadáver ni me llevaron al entierro. Mi madre me mintió. Esa es la verdad. Mi madre, la que hablaba de los muertos como si estuvieran vivos.

Vuelvo a abrir la libreta de Nigel al azar. Leo la primera anotación, allí donde se detienen mis ojos: «Pensar en la naturaleza de los colores puede volverte loco. La diferencia entre el negro y un violeta oscuro es similar a la diferencia entre el sonido de un bombo y el sonido del timbal. ¿Cuántos colores tiene el Támesis? ¿Cómo se pinta el agua? Es luz en movimiento y no tiene un color estático».

No sé si soy todavía la misma mujer que me acompaña desde el principio.

Son las cinco de la tarde. El tiempo se ha vuelto pequeño, pequeño, como si se hubiese encogido. Son los hábitos lo que da sentido a los días. El aseo, cocinar, leer, restregar los pantalones en el lavadero, hervir los tarros de tomate, sellarlos, los paseos, el gallinero, regar las hortensias y las dalias, baldear la arenilla del patio para refrescarlo, recoger lo que haya dado el

huerto. Los calabacines están en sazón. Es una planta muy agradecida la del calabacín; se prodiga a cambio de lo poco que pide. Ahora, en la chicharrera de la tarde, las hojas se secan. También andan amodorrados la parra, el baldío de los Jaldones y la misma higuera, que suele aguantar indemne los estragos del verano. La libertad era esto. Pongo la radio. Salta Eric Burdon a media canción, *Don't Let Me Be Misunderstood*. Pruebo el guiso; ya está listo, la carne blanda en su jugo. Aceite, cebolla, laurel y tiempo. El pan del cura está como una piedra, pero no hay otro. Tuesto una rebanada en la sartén; mojaré el resto para las gallinas. Apago el fuego. Me sirvo un plato con colmo. Me siento a la mesa.

«*Please, don't let me be misunderstood.*» No me malinterpretes. La vida debería aspirar a la sencillez y, sin embargo, se enreda en malentendidos, en frases no dichas, en equívocos resueltos a destiempo. ¿Me confundí? ¿Estuve ciega? A veces me pregunto si Nigel me amó tanto como yo a él, pero ese pensamiento no conduce a parte alguna y me lastima. Prefiero creer que sí. Solo el amor del que fui capaz me mantiene en pie; vivo en su estela. ¿Por qué me marché? ¿Por qué hui de Londres? Porque me habría arrastrado con él a lo más profundo del río. Ahora ya no importa; ahora todo está bien. Aquí encontré mi sitio para recordarle.

Llaman a la puerta con los nudillos. ¿Quién será? Me levanto. Vuelven a llamar con determinación.

—¿Quién es?

—Soy yo, el Arcadio. Y mi hermana.

¿El Pellejero? Sí, es él. Lo he reconocido por la voz. ¿Qué se le habrá perdido por aquí?

—Ya va.

Entreabro la puerta. Asomo medio cuerpo.

—Lo siento, Marota —Arcadio, el Pellejero, balbucea sin apartar la mirada de mi cabeza pelona—. No sabes tú lo que yo siento que haya sido en mi casa.

—¿Qué ha pasado?

Abro la puerta de par en par.

—¿Y tu hermana?, dile que pase. ¿No dices que viene contigo?

Miro hacia la cancela, pero desde aquí no distingo la cabeza de la viuda. Invito a entrar al Pellejero gesticulando con el brazo, pero él deniega insistente con la cabeza.

—La Herminia se ha quedado ahí detrás. Con la carretilla... No sabíamos de qué manera avisarte, sin teléfono como estás.

¿La carretilla? El Arcadio baja la vista y se mira la punta de las botas. Las greñas sucias se le juntan con la barba. Huele a choto.

—¿Qué pasa?

—Tu perra —hace una pausa; se acaricia la cara con ambas manos—. Ha aparecido en mi casa.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, lo que hemos tardado en llegar —el Pellejero desvía otra vez la mirada—. Me la he encontrado flotando en la alberca.

¿Mi Capitana, ahogada? Mi mestiza sabía nadar.

Me tiro hacia la cancela, con el Arcadio detrás de mí. Abro la reja y ahí está: muerta, las patas dobladas y encogidas sobre el pecho para que su cuerpo coja en la tolva de la carretilla. Me hincó de rodillas sobre la tierra. La viuda da dos pasos hacia atrás, cabizbaja; ha venido andando desde el humedal con chancletas de goma.

Acaricio la frente de la perra. Está helada. Tiene un velo blanquecino en los ojos, la panza hinchada, como a punto de parir una camada de las grandes, y una costra en el belfo de lo que

parece sangre reseca. La viuda se me acerca. Su mano acaricia mi nuca pelona. Me sacudo; no quiero que me toque.

—¿Quién ha sido, Arcadio?

Le miro. Él me mira. Sostenemos el pulso en el silencio. Los ojos como pavesas bajo el sol de la tarde.

—Si me entero de que has tenido algo que ver, te juro que te mato aunque sea lo último que haga en la vida.

La voz que sale de mí no tiene dudas.

—¿Tú crees que habría venido tirando de ella desde el marjal? —el Arcadio ladea la cabeza y señala con el pulgar el sendero a sus espaldas, por donde han venido trajinando con la carretilla sobre las roderas y las piedras.

Eso es lo que no comprendo. La casa del humedal queda a dos buenos kilómetros de aquí, y la Capitana nunca se alejaba tanto.

La Herminia junta las manos a la altura del pecho y se muerde el labio inferior. Me incorporo. Miro de nuevo a la Capitana, las almohadillas de sus patas.

—¿Ha sido un encarguito de las mellizas, Arcadio? Si sabes algo, dímelo.

El Pellejero cierra los ojos y se encoge de hombros.

—Al que haya sido le reventaré la cabeza. Al Dionisio o a quien sea.

—¿El Dionisio? —el Arcadio dibuja una sonrisa cínica y mellada. Hoy tiene las encías muy rojas—. Al Dionisio también se lo han llevado por delante. Lo han echado de la finca. Anoche lo aviaron de Las Breñas.

Las Jaldonas ya no lo necesitan. No nos necesitan a ninguno de los figurantes. Qué mala sangre.

—¿Y qué dice la gente en la aldea? —pregunto mirando a la viuda, más sociable que su hermano—. ¿Nadie se inmuta? ¿Nadie va a mover un dedo? Os van a llenar la sierra de autocares.

—Por lo que yo sé, la gente está a verlas venir, con el miedo en el cuerpo —contesta la Herminia. Un haz de sol bajo le ciega los ojos; se los protege con el pliegue del brazo—. Nadie se fía de las mellizas, pero no hacen nada. Son muy pocos los que dicen que la venta será buena para la aldea, que entrará dinero, que tal vez atraiga juventud.

El Arcadio suelta una risotada con la cabeza hacia atrás. Lleva los pantalones ajustados a la cintura con un cordel.

—¿De qué te ríes, simple? Es lo que dice la gente —la Herminia cruza los brazos bajo el pecho.

—Ellas solo quieren un dinero: el suyo —tercia el hermano. Luego me mira y dice—: Esas cosas pasan —habla como si la muerte de mis perros hubiera sido un accidente.

—El cebo estaba en mi parcela, Arcadio.

—No le des más vueltas... Se conoce que el pobre animal quiso beber, se arrimó y se ahogó en el depósito.

Supongo que debo creerle. La cogieron, se la llevaron lejos para matarla y se escapó. O mucho más probable, la Capitana engulló la carnada con matarratas, menos cantidad que el lebrele, echó a andar, se desorientó y, sedienta y moribunda, se cayó en la alberca. El depósito donde Ibrahima estuvo limpiando la toba.

Ya no puedo llorar, ni quiero. ¿Mi Capitana, también ahogada?

—Hazme un favor, Arcadio.

—Lo que quieras, Ángela. Dispón.

—Llévame hasta el cobertizo.

El Pellejero se escupe en las manos, se las restriega una contra la otra, coge las manijas de la carretilla y la empuja. Atravesamos el patio y el recodo del pozo. Enfilamos la costanilla que lleva al corral y al huerto. Voy abriendo paso a la comitiva fúnebre, que cierra la Herminia con su bata de tirantes azul marino. El chirrido de la rueda. Nuestros pasos desgastados. El zumbido de las avispas en el rosal. Empujo la puerta de la zahúrda. Abro el arcón congelador. Para dejar espacio, apilo en un rincón los paquetes de judías que puse a congelar hace un par de días. Salgo a la luz. Agarro a la Capitana por las patas delanteras; apoyo su cabeza contra mi pecho.

—Échame una mano, Arcadio.

El Pellejero obedece. Coge a la perra por la cola y los cuartos traseros.

—Ten cuidado —le advierto.

Empujo la puerta con un golpe de cadera.

—¿La vas a meter en el congelador?

—Claro. Hace demasiado calor.

La viuda se lleva una mano a la boca. Me mira con espanto desde el vano de la puerta, recortada en el contraluz. Le doy miedo.

Observo a la Capitana durante un par de segundos bajo la luz azul del hielo. Aquí estarás bien, mi reina. Cierro la tapa despacio, sin dejar de mirarla.

—Lo siento mucho, Ángela —la Herminia intenta abrazarme. La dejo sin ganas.

—Ya está, ya está —dice el Pellejero—. Anda, vamos tirando para casa.

Se lo agradezco. Solo quiero que se marchen.

¿Mi Capitana, también ahogada?

«Nigel Tanner. Treinta y nueve años, artista, cinco pies con once pulgadas. Varón caucásico bien nutrido. Cabello fino, trigueño con alguna cana dispersa. Ojos azul grises. Barba incipiente. Robusto, constitución musculosa. Dientes naturales. Empastes, una corona. Camiseta blanca, cárdigan gris con manchas de pintura, abrigo de paño azul marino, pantalones de pana del mismo color. Calcetines verdes, botas de cordones negras. Pulsera de cuero trenzado en la muñeca izquierda.»

Yo amaba hasta el olor de su ropa.

El informe de la policía del Támesis continuaba diciendo que al principio habían confundido el cuerpo con un amasijo de trapos y ramas. Un transeúnte avistó un bulto en la orilla sur, por el barrio de Rotherhithe, flotando en las aguas del muelle de la Sal, y avisó a la patrulla. Nigel se había atado los tobillos con cinta de embalar de color carmelita, no muy juntos —necesitó dar algunos pasos antes de lanzarse al agua— pero sí con intención, dando varias vueltas cruzadas para hacer la ligadura más resistente. El último aire que respiró debía de oler a verdín y alquitrán.

¿Cuántas veces he pensado en el suicidio de Nigel? ¿En cuántas ocasiones lo he reconstruido? ¿A qué hora lo decidió? ¿Por qué escogió ahogarse? ¿Consideró el nivel de las mareas? ¿O fue la muerte la que improvisó? Casi puedo verle consultar en el periódico la hora del agua alta. ¿Salió de madrugada? Tal vez bebió a morro un último trago de whisky Jameson para envalentonarse o entrar en calor. Se abrochó el abrigo, cuyos bolsillos había llenado de monedas, cascotes de hormigón, piedras, grava, tuercas, tornillos oxidados, cuanto cupo del lastre que había atesorado en sus caminatas por el barrio y más allá, fragmentos de la ciudad que la Thatcher nos había robado. Salió por la puerta de atrás, la que daba a la ducha y al jardín comido de malas hierbas, donde venía a morir una vía del tren. Echó a caminar por los cercados y traspatios siguiendo los

raíles roídos de herrumbre. Caía una lluvia fina o estaba a punto de hacerlo, estoy segura. La lluvia menuda de Londres. Llegó al callejón, vadeó las tapias grises y los tinglados con las ventanas cegadas hasta alcanzar los muros de contención, los astilleros abandonados, las dársenas vacías. ¿Qué rincón eligió? Tal vez bajó las viejas escaleras de Wapping, los peldaños que el reflujo iba descubriendo, hasta la plancha de estaño del agua, sin pensarlo ni detenerse, como quien se mete entre las sábanas a descansar. O quizá remontó el curso del río hasta el puente de la Torre o aún más lejos, ciudad adentro, para lanzarse al agua desde lo alto. No importa. ¿O sí? La policía dijo que muchos suicidas escogían el puente de Waterloo. No debe de ser una muerte dulce. Si no te mata el golpe desde las alturas, el instinto obliga a los pulmones a esforzarse por el aire, a seguir hinchando el fuelle en la desesperación, como las branquias de un pez arrojado en la orilla. ¿Duele ahogarse? ¿Causa dolor la disolución? El agua copia el molde de lo que la contiene, agua con forma de bronquios y estómago. Boca abajo, como un tronco a la deriva, el río lo meció corriente abajo y él se dejó acunar en el abrazo de hielo. El fin de la búsqueda, el final de la desesperación del artista. Seis o siete minutos fueron suficientes para que el frío le detuviera la maquinaria del corazón.

Fue su amigo Paul quien me avisó con una llamada al pub. Los dos acompañamos a la hermana de Nigel y a los policías a abrir el estudio. Nadie tenía una copia de la llave. En cuanto reventaron la puerta metálica, nos asaltó el hedor a carne podrida. Arcadas, la nariz bajo el jersey; hasta los agentes tuvieron que usar un pañuelo. Nigel había comprado en el mercado medio cordero, que ya estaba descompuesto y lleno de moscardas. En eso debía de andar, en observar la podredumbre, los estadios que atraviesa el cuerpo antes de la disolución: tierno, duro, seco, poroso, agrietado, arrugado, pútrido. Y, sobre todo, los colores que la descomposición arranca a la carne: el púrpura, los azules, las vetas verdes. El estudio olía a una mezcla dulzona de muerte y trementina. Sobre el mármol de la cocina encontré una mezcla de óleo aún aprovechable que había hecho en un plato sopero. Fue entonces cuando robé la libreta. No lo pensé demasiado; en un movimiento rápido, la escondí debajo del jersey. Nadie se dio cuenta.

Emboco la alameda a la entrada de la aldea con el morral lleno de piedras que he ido recogiendo por el camino. Actúo movida por un resorte, como si obedeciera órdenes que no sé de dónde vienen. Avanzo bajo la sombra caliente moteada por flechas de luz. Llego a la plaza del Salitre, bebo un trago de agua en la fuente y grito:

—¿Cuánto os han pagado las Jaldonas?

La determinación de mi propia voz me asusta un poco.

—¿Quién de vosotros ha envenenado a mis perros? ¡Salid, salid de vuestras madrigueras! ¿Qué culpa tenían ellos?

En la calle Mayor me cruzo con el Adriano, el que lleva la panadería a medias con su hermano.

—Eh, tú, ¿sabes quién ha matado a mi Capitana? ¿Quién puso las carnadas, lo sabes?

El panadero se detiene. Se encoge de hombros. Levanto la mano, le arrojo una piedra que impacta en su brazo. Echa a correr despavorido. Ahora mira hacia atrás, se trastabilla, se mete en el primer zaguán que encuentra abierto. Grito de nuevo:

—¿Es que no os dais cuenta? Os están robando la aldea en vuestras propias narices? Casitas adosadas y turistas, ya lo veréis, ya. ¡Cobardes! Las Jaldonas os están utilizando como trastos viejos.

Avanzo. Tuerzo por la calle Alpechín. Visillos corridos, una persiana metálica que se

desploma, golpes de postigos a medida que avanzo. Ya no cuchichean. Ya no me miran los pies ni los zapatos. Ya no oigo sus risas ni su infamia. Ahí viene la Marota, la loca de El Hachuelo. No estoy borracha; todavía no. Me he cortado las greñas, ¿lo habéis visto? Sé que alguno me está mirando desde los mechinales del desván. He bajado a haceros una visita, ¿estáis contentos? Alcanzo la plaza de la iglesia, desierta a esta hora.

—¡Teodora, sal! —grito.

Arrojo una piedra contra el balcón de la sacristana. Fallo. Lo intento de nuevo. Acierto esta vez y cae una lluvia de cristales sobre el empedrado.

—¡Embustera, saca la cabeza! Tus chismes han echado al cura.

Enfilo la calle del Tomás. El agua no me ha quitado la sed que arrastro. Detrás de la cortinilla metálica, la puerta está cerrada. Llamo con la aldaba. Metal contra metal. Un golpe, dos, tres. No se oye un susurro en la aldea, tan solo los aldabonazos en el silencio.

—¡Abre, Tomás, soy yo!

Una patada contra la madera. Ahora una coz. Golpeo mejor con el tacón del zapato. Un chirrido metálico encima de mi cabeza.

—Chisssss, ¡no grites!

Es el Tomás. Me habla desde el balcón, con las manos aferradas a la barandilla de hierro, la vista enfocada hacia el final del callejón, por si acaso se acerca alguien.

—¡Ábreme!

—Ya bajo —me hace señas con las palmas de las manos, como si yo estuviera andando y quisiera cerrarme el paso—. Tranquila. Sobre todo, tranquila.

Apoyo el brazo sobre el muro, y sobre el brazo la frente. Tengo la boca más seca que la estopa. Oigo el porrazo de la tranca contra las baldosas del suelo. Cerrojos y pestillos descorridos. El mordisco de la llave. Y Tomás, que me agarra del brazo y me mete para dentro.

—¿Se puede saber qué te pasa?

De él me fio. Le sigo en la oscuridad. El Tomás no ha prendido las luces del bar. Reconozco el olor familiar a humedad y cerveza desbravada. Los ladridos de la perra de Rodales salen a mi encuentro.

—Curra, bonita, ven aquí. Algún desgraciado ha matado a tu madre.

Me arrodillo. La acaricio. La perra me lame las manos y la cara. Me husmea. La abrazo.

—Pero ¿qué demonios te has hecho?

El Tomás ha encendido los fluorescentes y me mira de hito en hito. El cráneo pelado y brillante, supongo. No sé qué pintas tengo. Hace días que no me miro la cara huesuda en el espejo.

—Me han envenenado a los perros.

Me incorporo. Desde el vano de la puerta del fondo, la madre del Tomás me observa apoyada en un bastón. Hacía años que no la veía. No sale de casa ni baja al bar cuando hay tertulia. Está muy anciana, blanquísima, escuálida como una raspa. No sé si al oír hablar de veneno o al contemplar mi estampa, la mujer se santigua y se arrebujá en la toquilla que se ha echado sobre los hombros a pesar de la calorina. Los viejos siempre tienen frío.

—Ven aquí y tómate esto.

Me acerco a la barra con la perra pegada a las pantorrillas. El Tomás me ha servido cuatro dedos de Jotabé en un vaso de tubo. Sin hielo. Me hace bien el trago. Me quita las telarañas de los ojos.

—Tomás, esas Jaldonas arruinarán el pueblo si las dejáis —digo sentándome en un taburete, frente a él.

El Tomás resopla. Juega a alisarse la coleta. Se acaricia el entrecejo.

—Niños, ¿tenéis hambre? —pregunta la madre de Tomás.

—No, muchas gracias, señora.

—El puchero está caliente —la mujer habla subiendo ya las escaleras, renqueante.

—Luego voy, madre.

El Tomás me mira y dice:

—Ya veremos. Lo que importa ahora es que te tranquilices. Tómate el whisky y te subo a casa con el coche, dando un paseo.

El Tomás sabe que tengo razón. Ellos también tendrán que pelear.

—La Curra se viene conmigo —digo—. ¿Puedo?

—¿La perra? Quédatela. Es tuya.

Lunes

Esta mañana, a eso de las siete, me encontraba junto a la cerca cortando dalias cuando me llamó la atención, por la hora temprana, el cochazo negro que pasó por delante, camino de Las Breñas. Al cabo de un buen rato le siguió una patrulla de la guardia civil. Cogió zumbando el sendero del encinar. Y luego, otro carro de los caros, de los que no suelen verse por la aldea. Son las once y todavía no ha bajado ninguno, ni los civiles ni el coche negro.

Están preciosas las dalias que sobreviven al ardor. De un color púrpura intenso, con las puntas de los pétalos malva y el botón amarillo azafrán. Abro la tapa del congelador. Contemplo a la Capitana. Está reposando, dormida, como si la vida siguiese intacta y estuviésemos a punto de subir trotando al cerro como tantas otras veces. Ya se le está haciendo escarcha en las pestañas y en los pelos del morro. El invento funciona. Parece que el cuerpo aguanta congelado aunque el generador haya estado apagado toda la noche. Meto las dalias en el arcón, alrededor de su cuerpo, arrojándola. Tendrá flores mientras las haya; y cuando falten, le haré ramos de laurel y olivo. La Curra, su hija repudiada, no se despegaba de mi lado, y ahora alza las patas queriendo olisquear el contenido del congelador. Traía garrapatas del molino. En el lomo, en el cuello, entre los dedos. Las de las orejas debió de quitárselas el Tomás. Le he puesto el collar de cuero de su madre. Le tuve que ajustar la hebilla en dos agujeros menos. Es mucho más flaca que la Capitana, más endeble. Más asustadiza.

De madrugada oigo murmullos, los ecos de cuanto se habló entre estas paredes, estos muros viejos que me salvaron la vida y que los míos estuvieron a punto de perder. A los Marotos les gustaban demasiado los naipes, las mujeres, el vino. Las casas tienen memoria. A veces, los muertos se ríen.

La Emeteria dice que, después de tanta sequía, se nos vendrá encima un invierno de los malos. Se helarán el río y el fruto de los olivos. Si ya no está Dionisio, no sé en qué tajo me querrán esta vez para recoger las aceitunas que saltan fuera de los mantos con el vareo. Luego, después de la seca, nos anegarán las lluvias, dice. Vendrán de golpe las tormentas que los cielos ahora escamotean. Cuando llueve, el humedal se enseñorea y las tierras de alrededor se empantanán. Oí contar al Pellejero en el bar del Tomás que en una ocasión, después de tres días seguidos de tempestad, se le hundió un borrico en el marjal. No hubo forma de sacarlo, aun cuando Magaña y no recuerdo quién más se llegaron hasta la casa para ayudarlo con una mula y dos sogas. Se lo tragó el barro.

Salgo al patio. Todavía no da el sol de pleno. Me siento a la sombra del ciruelo con la libreta de Nigel en el regazo. Ojeo los esbozos; de cuando en cuando, echo un vistazo a la cancela y la vereda de los chaparros. No bajan los coches todavía; allí arriba está pasando algo. Leo párrafos escritos con pulcritud de pluma estilográfica: «En el cuadro *David con la cabeza de Goliath* (lo vi con Paul en la Galería Borghese de Roma), Caravaggio se pinta a sí mismo como la cabeza decapitada que el héroe sujeta por la cabellera. La boca entreabierta, los dientes negros, las ojeras, la desesperación cincelada en el entrecejo... Cuando un artista se autorretrata, vierte exactamente lo que piensa de sí mismo». Un día, poco antes de escaparme, descubrí un autorretrato de Nigel en el estudio, cubierto por una sábana con manchurroneos de óleo, oculto por otras telas sin acabar y vuelto contra la pared. Me asusté de lo que vi.

Ayer, después de que el Tomás me trajera de vuelta a casa, comí un poco del guiso de gallina, me acosté un rato, me masturbé, leí. Me pasé la tarde entera en la cama dejando que el tiempo y mi cabeza se desovillaran a su antojo. Ya no he vuelto a sangrar por ahí abajo. Hoy no saldré de casa; estoy con los sentidos alerta.

Cuidado. Dos camionetas de color gris metalizado se detienen frente a la casa. De la primera baja un hombre vestido con pantalón y cazadora azul marino; parece un uniforme. Lleva unos papeles en la mano. Mierda. ¿Serán los del desahucio? Mira a través de la reja de la cancela. Comprueba que está abierta. La empuja. La Curra arranca a ladrar al intruso cuando me incorporo y me aproximo a la entrada. El hombre se detiene en seco. Cuarenta y pocos años. Me observa a intervalos y con recelo. Mira los papeles, la fachada, como si estuviese buscando un número o una referencia, y de nuevo mi cara.

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

Ahora que estoy cerca, leo las letras estampadas en la carrocería: son dos vehículos del juzgado, servicio forense. Respiro casi aliviada.

—¿Es esta la casa de Las Breñas, señora?

Me llama señora y automáticamente aprieto los puños. Se me cierran solos.

—No es aquí, pero van ustedes bien.

Atravieso la cancela con el hombre y la perra detrás de mí. Alargo el brazo. Señalo el sendero que bordea el baldío.

—¿Ve usted esos chaparros?

—Sí.

El funcionario del juzgado mira hacia donde le indico con una mano en visera.

—Desde aquí no se aprecia bien, pero en cuanto alcance las encinas distinguirá una vereda que se abre a la derecha —el uniformado asiente—. Tire por ahí, todo recto hacia arriba, sin desviarse. A unos dos kilómetros y medio encontrará la casa. El camino es malo, pero no tiene pérdida. Tenga cuidado con los bajos de la furgoneta.

El hombre dobla los papeles y hace señas con ellos a los ocupantes de la segunda camioneta. Más arriba, más arriba.

—Gracias. Y disculpe las molestias.

La próxima vendrán a por mí. Lo pienso pero me callo.

—Pero ¿qué ha pasado? —me atrevo a preguntar.

El hombre arquea las cejas y dice mirándome:

—Un muerto.

—¿En Las Breñas? ¿Quién?

—No sé más, señora —dice subiéndose a la camioneta—. A nosotros solo nos han dicho que vayamos a recoger el cadáver.

Los dos vehículos se alejan por el sendero levantando una nube de polvo. ¿Un muerto? ¿Otro? ¿Se habrán enterado en la aldea? No lo creo. Cojo el morral y la gorra de Ibrahima, lleno una botella de agua y me echo al camino. Vamos, Curra. ¿Qué ha podido suceder? Las mellizas traen consigo la destrucción.

Llego a los chaparros y, no bien emboco la vereda, aparece un coche en sentido contrario. Me detengo. Es la guardia civil. Me planto en mitad de la senda, con un pie en cada rodera, los brazos en cruz, como un espantapájaros. Los agito en el aire, como haría un náufrago en una isla desierta al avistar un barco. Aminoran la marcha. Tocan el claxon varias veces. Sujeto a la perra por el collar para retenerla. Quieta aquí. Me hago a un lado. Pasan de largo. No. Detienen el vehículo unos metros más adelante, en un recodo del camino donde hay sombra. Bajan los ocupantes, los dos guardias civiles.

—Eh, tú, ¿adónde vas? —me pregunta el más viejo, un tipo barrigón, canoso, algo mayor que yo.

Se acercan.

—Tú eres la de El Hachuelo, ¿no?

Asiento. Los reconozco y ellos me reconocen a mí, de la larga noche en el cuartelillo de El Salobral, cuando tuvimos que esperar a que llegara el juez para descolgar a Julián del nogal. El mayor me sonrío. Tiene una mirada afable.

—Ya te cuidarás tú bien de montar lío.

—Yo solo procuro defenderme.

—No subas —dice—. Cuanta menos gente allí arriba, mejor. Ya están despejando.

—Pero ¿qué ha pasado? Los del juzgado me han dicho que hay un muerto.

El joven se lleva las manos a la cara. Cierra los ojos y se limpia el sudor. Parece agotado. No habrá cumplido los treinta.

—¿Tú conocías al capataz de la finca? —el cabo saca un paquete de rubio y me ofrece. Le acepto un cigarrillo. El joven no fuma.

—¿Al Dionisio? Claro que lo conozco. ¿No lo habían despedido?

Me da lumbre. Hago cabaña con las dos manos.

—¿Qué ha pasado?

—Esta mañana, el tal Dionisio irrumpió en la casa con la recortada, se metió el cañón en la boca y se disparó delante de los propietarios. Los señores estaban desayunando en el comedor.

Pero ¿qué has hecho, Dionisio? Mierda. Mi escopeta.

—Un estropicio, vamos —prosigue el guardia más joven—. Sangre hasta en las paredes.

Veo la cara labrada de soles del capataz. Veo al hombre que no podía sostenerme la mirada cuando arrancó los almendros. Veo el sobre de color garbanzo encima de la mesa de la cocina.

—Vete con tiento —dice el mayor de los civiles. Da una calada honda al cigarrillo y se queda mirando el camino por donde han bajado—. Ya ves tú cómo acaban las cosas.

Sé que está pensando en cada uno de los minutos que tuvimos que aguardar en el calvero del

cerro a que llegaran el juez y su comitiva. El frío del amanecer. Los cigarrillos fumados en la espera. Lo que hablamos. De estos campos, de la estela de suicidios, de los Jaldones, quién lo iba a decir, tan ricos ellos. El cadáver de don Julián, suspendido en el nogal. Las manos de color vinoso.

—Al lado del cadáver del capataz hemos encontrado una copia de la escritura de la casa y el plano de la finca —dice el joven.

¿Qué les estaría reclamando Dionisio a las mellizas?

El mayor, el cabo, le coge por el hombro y dice:

—Anda, tira, que ya estamos hablando demasiado.

El mar

Mi cerebro es ahora pura luz.

Me acompañan la Curra y todos mis muertos. La Emeteria, con el vestido negro y el rodete de pelo blanco sujeto con horquillas en la nuca; mi hermano Gabi, que sonrío con todos los dientes todavía y la fuerza de los diecisiete años; mi padre, con la camisa abotonada hasta arriba, hasta el último botón del cuello que la cuerda del visillo abrazó, la camisa blanca, impoluta, como si fuera domingo y estuviera a punto de bajar al bar de la gallega; mi madre, con los brazos extendidos al fin para abrazarme, las manos rojas de lavar; la Capitana y el lebrel, la musculatura llena, los ojos radiantes de vida; Nigel, el cabello mojado, el cárdigan con manchas de pintura también empapado, las bocamangas hasta los nudillos, hasta las manos azules que sujetan una taza de té para entrar en calor, embebido en su búsqueda; también Dionisio, el capataz, con el paladar aún intacto, en las mañanas frías, camino de los tajos para la varea del olivo; y Julián, con una sonrisa tímida, como cuando tocaba el claxon del Land Rover al pasar frente a mi casa, en la cuenta atrás de la muerte que se fabricó a medida.

Ya ha pasado una semana desde que hice lo que hice, y todavía no me han atrapado. Llevo desde entonces caminando sin parar, apenas lo justo para descansar, echar una cabezada, escondida en alguna arboleda, a cobijo de una choza en los campos, frotarme los pies para aliviar el dolor de los talones, comer un bocado para recuperar fuerzas. La Curra se aviene a todo.

Cocí todos los huevos que habían puesto las gallinas antes de marcharme y eché cuanto comida cupo en el morral y en otra bolsa, latas de atún, almendras e higos secos, dos tabletas de chocolate, una tripa de chorizo, un tarro de garbanzos cocidos, y luego lo que he podido ir robando en los huertos cuando anochece. ¿Me cazarán? ¿Descubrirán que fui yo? Poco me importa ya. Solo obedecí al impulso que me pedía vengar a mis perros, hacer justicia con la Emeteria y la memoria de mi padre y expiar los sueños malbaratados de Dionisio. ¿Qué te prometió Julián? Imagino que el patrón habría querido que te hicieses viejo en Las Breñas, en tu choza junto al huerto, acariciarte en sueños y a escondidas del mundo. Querían usurparte la dignidad, Dionisio, pero yo me he encargado de terminar el trabajo que tú comenzaste.

Aún no había amanecido, abrí la verja del gallinero y aventé a las aves para que corrieran, aunque no se alejaron demasiado. Luego me asecé, desayuné fuerte —carne, patatas fritas, dos tomates abiertos—, hice mi cama y coloqué una dalia debajo de mi almohada, en la que había sido la cama de la Emeteria. Preparé el hato para el viaje, me despedí del cuerpo helado de la Capitana, desenchufé el congelador y cogí todo lo que necesitaba del cobertizo: los guantes de podar, el hacha, dos latas de gasolina, un mazo de periódicos viejos.

Aproveché los troncos que habíamos apilado en la fachada posterior, un buen montón de leña, más alto que yo, casi un palmo. Luego saqué la ramuja de los almendros que Ibra me había ayudado a meter en el cobertizo y la repartí bien por el perímetro de la casa. Ha hecho tanto calor en las últimas semanas, el sol ha agostado la madera de tal forma que apenas me hizo falta usar el

hacha, porque las ramas se partían con facilidad, con un ruido de nueces. Prendí la pira y eché a andar con la segunda lata de gasolina por el camino hacia Las Breñas. La Curra me seguía. Cuando eché la vista atrás, las llamas lamían ya los postigos del piso superior. Con qué rabia y obstinación ardieron los almendros de la linde, la sangre y la humillación convertidas en fuego vivo. El viento que tanto sobrecogía a mi padre jugó a mí favor extendiendo el incendio. Reanudé la marcha pensando en cuanto se abrasaba detrás de mí, el arca de nogal, la cómoda, las cenizas de mi padre, la libreta de Nigel, el cañizo del huerto, los botes con la conserva de tomate, mi ropa, la parra, el ciruelo de la Emeteria. Salí con lo puesto: los vaqueros más nuevos y una camisa azul de manga larga; en el macuto, embuté otro par de bragas, una chaqueta de lana y unos calcetines. Me han venido bien en las noches frías del monte.

Me detuve en un recodo del sendero hacia Las Breñas y preparé otro buen montón de leña con los guantes puestos. Para entonces, el fuego de El Hachuelo ya había alcanzado el baldío del patrón y venía siguiéndonos los pasos. Nunca imaginé que las jaras y el romero ardieran tan rápido ni que oliera tan bien, a miel y a sahumero, el humo que desprendían. Tuve que darme prisa. Vertí el bidón de gasolina sobre la támara reseca y la hojarasca, repartiendo el chorro por los cuatro costados, evitando que las salpicaduras me alcanzaran la ropa. Hice un torzal con un par de periódicos viejos. Encendí el mechero, prendí la tea, la arrojé contra la pila y di dos zancadas hacia atrás. Las llamas se levantaron de inmediato con un estallido azul. La Curra echó a correr antes que yo.

Trotamos río arriba. Cuando me detuve a la altura de una vieja carbonera, perteneciente aún a la finca de los Jaldones, y me di la vuelta, la hoguera se había tragado los chaparros enanos y ya lamía la corteza de los pinos que rodean la casa grande de Las Breñas. Nadie nos vio; estoy casi segura. Pensé en las mellizas. ¿Seguirían durmiendo en sus camas confortables? ¿Por dónde escaparían? Las imaginé en camisones blancos, los cabellos en llamas. Seguí corriendo. No puedo recordar cuánto tardamos en llegar a los pies del cerro, pero tuve que detenerme allí a recuperar el resuello; la Curra volvió sobre sus pasos y se pegó a mis piernas. Miré de nuevo hacia atrás y, entonces sí, contemplé la casa de los señores en llamas. Amarillo cegador, naranja brillante, miel, rojo sangre, negro tinta. Las llamas son hipnóticas.

Dando un inmenso rodeo, para no pisar la aldea y alejarme tanto como pude de la carretera comarcal, emprendí el camino hacia el sur. El rumor del incendio a mis espaldas devoraba todos los sonidos del monte. Era el rugido de una bestia, un murmullo constante y ciego, y dentro de él pequeños crepitares más agudos, como lamentos, de los tallos, de hojas inflamadas, de bellotas que reventaban en el calor, de ascuas feroces, de ramuja calcinada. Ardían las cabezas secas de los cardos. Los rastrojos se iluminaban con un brillo casi blanco. Las jaras escupían semillas y resina hecha brasa. Las ráfagas de viento arrastraban pavesas como luciérnagas. De vez en cuando, me detenía a contemplar las llamas y me abrazaba la certeza de que volverá a brotar la vida en esos campos cubiertos ahora por una ceniza blanca y fecunda. Una columna de humo ascendía desde mi casa hacia el cielo del amanecer, un humo muy denso. El fuego es la verdad.

Después de siete días caminando, ahora contemplo el mar desde un altozano, recostada en el tronco de un acebuche, el mar que todo lo cura, bañado de una luz naranja a esta hora del atardecer. Las dunas descienden hasta la playa desierta entre matojos de barrón y manzanilla borde. Sopla una brisa que sabe a sal y regaliz. Desde aquí arriba, aquel bulto parece el casco de una barca vieja boca abajo. En cuanto anochezca, la Curra y yo descenderemos a dormir a su cobijo. No sé si me atraparán, pero ya no importa. Sé que vendrán más primaveras.



«*Me están echando el cerco, y no es el viento.*»

Tras una juventud de excesos, Angie vive retirada —casi atrincherada— en una aldea recóndita del sur. Para los vecinos es la loca que se deja ver en compañía de sus perros. Su existencia transcurre en el viejo caserón familiar, en un cruce continuado de dos tiempos: el presente y el pasado. Tan solo tiene a sus fantasmas y el recuerdo del amor vivido con un artista inglés en el Londres olvidado de Margaret

Thatcher.

El hallazgo del cuerpo ahorcado del terrateniente más poderoso de la comarca lleva a Angie a desenterrar viejos secretos familiares y a descubrir el hilo fatal de muerte, incompreensión y silencio que une a todos en la comarca. ¿Es el aislamiento? ¿Son los nogales, que secretan una sustancia venenosa? ¿O acaso la melancolía de los húngaros, que llegaron hace siglos con sus baúles y violines? Angie sabe que, cuando lo has perdido todo, no hay nada que puedan arrebatarte.

La forastera es un *western* contemporáneo en el territorio áspero de una España olvidada. Un relato estremecedor y emocionante sobre la libertad y la capacidad de resistencia del ser humano.

Sobre Olga Merino

Olga Merino nació en Barcelona en 1965. Estudió Ciencias de la Información y un máster de especialización en Historia y Literatura Latinoamericanas en el Reino Unido. Ha residido en Londres y Moscú, donde fue corresponsal durante cinco años para *El Periódico de Catalunya*, y vivió la transición del régimen soviético a la economía de mercado. En 1999 publicó su primera novela, *Cenizas Rojas*, con gran éxito de crítica, y en 2004 *Espuelas de papel*. En 2006 obtuvo el *Premio Vargas Llosa NH* por el cuento *Las normas son las normas*. Sus novelas han sido traducidas al italiano, neerlandés e inglés.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Olga Merino López

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona© 2020, Carlos Gumpert, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Michele Tardivo / Eyeem /Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3846-7

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La forastera](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[El nogal](#)

[La ahogada del pozo](#)

[Las mellizas](#)

[El bar del Tomás](#)

[La vieja fábrica de harina](#)

[El espíritu de la Emeteria](#)

[Una ciénaga de tiempo encharcado](#)

[Teodora, la sacristana](#)

[Un sobre de color garbanzo](#)

[El patronato de los viejos](#)

[Los almendros de la linde](#)

[Carne y oscuridad](#)

[La perra Curra](#)

[La romería de los panes](#)

[Viernes](#)

[Sábado, domingo](#)

[Lunes](#)

[El mar](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Olga Merino](#)

[Créditos](#)